

SAGA NUEVOS COMIENZOS

ENTRE DUNAS Y PALMERAS



RO GÁLVEZ

Entre Dunas y Palmeras
Serie Nuevos Comienzos II

Ro Gálvez

Entre dunas y palmeras

Derechos reservados ©2024, respecto a la primera edición en español, por:
©Ro Gálvez

Maqueta: Sandra Moya

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *Copyright*.

*Para las personas que son ventanas que se abren
cuando las puertas se cierran.*

Contenido

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[No te pierdas la primera parte de Nuevos Comienzos](#)

[Otros libros de la autora](#)

[Biografía](#)

Capítulo 1

Lorena

—¡Por fin! Ya estás aquí. ¡Pensé que no llegarías a tiempo! —dije feliz de ver a mi hermana Marta.

—¡Yo también me alegro de verte, Lorena! —respondió y nos abrazamos con cariño.

—Pasa, no te quedes en la puerta. —Cogí una de sus maletas para ayudarla con su equipaje y nos adentramos en el salón.

—¡Guau! —exclamó Marta al ver las vistas desde la planta treinta y cinco del piso que me había facilitado la empresa para la que iba a trabajar.

Situado en Dubai Marina, una de las mejores zonas de la ciudad conocida como el “nuevo Dubái”, las enormes ventanas del apartamento permitían ver el paisaje de hileras de lujosos rascacielos y la vida del puerto deportivo.

—¡A que es alucinante! Pues verás cuando caiga el sol, es aún más espectacular. Anoche, cuando llegué, no podía dejar de mirar por la ventana. Entre el cansancio y la impresión todavía no he deshecho las maletas —dije acelerada y sin poder parar de sonreír—. ¡Qué bien que has venido a ayudarme, hermana!

—Estoy encantada de estar aquí. Tenía que elegir entre el gris plomizo inglés, donde estará James todo este mes de octubre con una exposición, o venirme al eterno verano de este Emirato a echar una mano en la mudanza a mi hermana pequeña, a quien no creo que le haga falta, pero a la que apenas veo y extraño.

Volví a abrazarla. Necesitaba verla. Le había pedido ayuda para instalarme en Dubái, aunque era una excusa para tenerla cerca. Nos llevábamos ocho años. Éramos de generaciones distintas, y su forma de ser mucho más responsable que la mía, hacía que algunas veces no coincidiéramos en cómo ver las cosas. A pesar de ser tan diferentes, era crucial en mi vida y siempre podía contar con ella. Por eso allí estaba, a más de siete mil kilómetros y de siete horas de vuelo de España, porque sabía, sin tener que preguntarme, que me hacía falta.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo vas? —Se descalzó y se dejó caer en el enorme sofá blanco del salón con cara de cansada.

—Pues, la verdad es que ando apurada de tiempo. Por eso estaba deseando que llegases, para poder ir sin prisas el primer día. No tengo ni idea de cómo moverme por esta enorme ciudad.

—¿Hoy trabajas? ¡Si llegaste ayer! ¿No tienes días por mudanza? Además, es domingo.

—¡Ay, hermana! Esto no es España, con sus convenios y su Estatuto de los Trabajadores, ni su semana es como la occidental. Aquí la semana empieza el domingo y el fin de semana es viernes y sábado. ¿Te lo puedes creer?

»Me ofrecieron conectarme por videoconferencia a la reunión de esta mañana, pero tengo que descargarme una VPN, un software de seguridad o algo así, no tengo mucha idea, así que prefiero acudir en persona. Además, no me parece que la primera vez que vea a mi futuro cliente sea a través de una pantalla estando en la misma ciudad. He leído que valoran mucho el cara a cara.

—Veo que has estudiado.

—He mirado algunas indicaciones que me envió el estudio. No mucho, la verdad. Esta cultura es

nueva para mí. Si bien, me han dicho que están habituados a tratar con extranjeros, y más les vale, porque la mayoría de la población de esta ciudad está compuesta por expatriados.

—¿A qué hora tienes esa reunión? —preguntó mi hermana al tiempo que vi cómo trasteaba con su móvil. Conociéndola, ya estaría buscando información en internet de cómo comportarme en una reunión.

—En una hora, así que te voy a dejar aquí. Explora el apartamento, quédate con la habitación que prefieras, puedes elegir. Si quieres, no me importa que me deshagas el equipaje. Puedes, incluso, bajar y hacer una pequeña compra para ir llenando la nevera, más que nada para que no te aburras, mujer. —Mi comentario hizo que dejara de mirar la pantalla del teléfono para dirigir su vista hacia mí entre perpleja y divertida.

—¡Claro, para que no me aburra!

—¡Si habrás pasado el vuelo durmiendo! Es lo bueno de los viajes nocturnos, que llegas fresca.

—¿Fresca? Aquí la fresca eres tú —contestó sin poder dejar de negar con la cabeza mientras reía.

—Eso ya lo sabemos las dos, no es ninguna novedad —dije guiñándole.

Vi cómo me miraba. Al cabo de unos segundos su sonrisa se veló y la preocupación apareció en sus ojos. Aunque yo trataba de ser la de siempre, al parecer no lo había logrado del todo.

—¿Cómo estás? —preguntó con tacto.

—Voy a estar bien... y mucho mejor ahora que estás aquí conmigo.

Me senté a su lado y le di otro abrazo. Ella sabía mejor que yo que la necesitaba. Estaba confusa y más sensible de lo normal en mí, así que traté de reponerme.

—¿Quieres que hablemos? —me preguntó en cuanto nos separamos.

—No te preocupes, tendremos tanto tiempo que voy a aburrirte.

—Contigo es imposible aburrirse nunca, Lorena —dijo mi hermana divertida y ese momento raro quedó atrás.

—Bueno me marchó. Voy a pedir un Uber. Luego te llamo. Por cierto, ¿te has puesto tarjeta de datos en el móvil?

—Sí, llámame por WhatsApp.

—Solo mensajes escritos, los audios y videollamadas de WhatsApp están prohibidos. Tampoco podemos usar FaceTime —le advertí.

—¿En serio? ¿Y qué usan entonces?

—Ni idea, averígualo, hermana. Solo me ha dado tiempo para ver parte de lo que está prohibido. Ya está en camino el coche. Deséame suerte.

—¡Suerte!

—¡Hablamos! —Grité mientras salía por la puerta del piso.

∞∞∞∞

Había sido un acierto pedir a Marta que me acompañase estos primeros días. Yo era una mujer resolutiva y decidida, pero a veces era mejor no hacerlo todo sola. A pesar de que no era mi primera vez trabajando en un país extranjero, me reconfortaba tener conmigo a mi hermana. Como arquitecta, había desarrollado proyectos en estudios de mi país, España, también en Londres y Australia, mi destino previo a Dubái, donde me mudé siguiendo a mi pareja, también arquitecto, a causa de la crisis inmobiliaria de 2008.

Conocí a David en la universidad. Empezamos como compañeros con ciertos *derechos*,

aunque sin exclusividad, lo que me permitió disfrutar de esa época, divertirme y darme cuenta de que él era distinto. Cuando accedimos al mundo laboral nos separamos. Yo me fui a Londres y él se quedó en España. Siempre que regresaba a ver a la familia por vacaciones hacía por quedar con él y mantuvimos nuestra relación de *más que amigos*».

El día que me cansé de Londres y volví a casa, experimentada profesional y personalmente, él me ayudó a entrar en su estudio y me mudé a vivir con él. De compartir su apartamento y su cama, pasamos a comprar, diseñar y reformar nuestro propio piso y, casi sin darme cuenta, terminamos por compartir la vida, amigos, familias y, al final, nuestro destino, cuando yo acepté vender nuestra casa y probar suerte en las Antípodas.

Esperábamos cumplir el sueño australiano de trabajar seis meses y viajar y disfrutar a tope los otros seis meses del año. Entre una cosa y otra, nunca lo hicimos.

Los dos primeros años nos teníamos que hacer un hueco y no fue fácil. Después, en 2010, mi hermana me necesitó y mi prioridad fue ella. En los tres años que pasé entre España y Australia para apoyar a Marta, David se había llenado del espíritu surfero y cambió nuestro piso del Newtown por otro en Bondi. Me gustó el cambio, estar más cerca de la playa y nuestros cortos viajes a descubrir nuevas zonas con buenas olas. Sin embargo, poco a poco, la edad hizo que nos fuéramos aburguesando —no voy a culparle solo a él— y a los treinta y cinco estábamos mudándonos a una casita en Northern Suburbs, también cerca del mar, pero a más de una hora de la ciudad y con una hipoteca que ya no haría posible eso de solo trabajar seis meses. Al final, había terminado con la vida acomodada que tanto había detestado en mi rebelde juventud, y además en la otra cara del planeta, alejada de mi cultura y, de lo más importante, mi familia.

En cuanto le dije a mi hermana que habíamos roto y que me mudaba, no había dudado en plantarse en Dubái, en lugar de estar con su adorado James —con el que vivía en una permanente luna de miel—, porque temería que me hubiese dado uno de mis *arrebatos* —que era como ella llamaba a mis cambios de aires—. Como el que tuve hacía unos tres años, cuando me presenté en su casa de campo en Sevilla tras dejar a David, y que acabó conmigo de vuelta a Australia para darnos otra nueva oportunidad.

Esta vez era diferente. Nuestra relación no funcionaba y, por fin, él también era consciente de ello. Sabía que en esta ocasión no vendría a buscarme. Por un lado, me alegraba y me aliviaba; por otro, no dejaba de darme pena distanciarme de la persona con la que había compartido toda mi juventud y nuestra ruptura, aunque deseada, me hacía estar algo perdida. Me sentía rara. Algo en mí había cambiado y no sabía ni qué ni por qué. En poco cumpliría cuarenta años y esa línea temporal se me antojaba como una señal que marcaba un tiempo nuevo, que me gritaba que tenía que estabilizarme y centrarme, y para eso necesitaba a mi hermana conmigo aquí, en Dubái, que era solo un paso para llevarme a mi nuevo futuro.

Capítulo 2

Sahib

—*As-Salam Alaikum*, Fadi —saludé a mi secretario que me esperaba a la salida del ascensor de la planta de mi oficina, lo que no presagiaba nada bueno.

—*Wa-Alaikum-as-Salam* —respondió mientras me seguía hasta mi despacho, imaginé que tratando de ver cómo se enfrentaba a aquello que tenía que decirme.

—Fadi, di ya lo que sea. —Me paré y me giré para mirarlo.

—Su padre ha anunciado su presencia en la reunión del inicio de la semana —dijo serio y escaneó mi indumentaria de arriba abajo.

—Sacaré una kandura y una kufiya de los que tengo en el despacho, tranquilo. —Solía vestir de forma occidental, detalle que molestaba bastante a mi padre, junto con otros muchos más. Por eso, tenía siempre listas, impolutas y planchadas a la perfección, varias sayas blancas sin cuello y pañuelos para cubrir mi cabeza, bien sujetos con el tradicional agal. —¿Algo más? —pregunté en dirección a mi despacho.

—Ha llegado la... persona que ha enviado el estudio de arquitectura para el proyecto del nuevo edificio de oficinas.

—Hazla pasar —dije al abrir la puerta del despacho.

—He creído oportuno que le esperase dentro.

De pie, junto a la silla de mi escritorio, mirando por la ventana, imaginé que contemplando el Burj Khalifa, había una mujer. Al oírnos se volvió y me quedé paralizado. Era alta, y subida sobre sus tacones negros podría alcanzar los 1,80 cm. A pesar de que se había vestido de forma discreta con un impecable traje de chaqueta gris, con la falda convenientemente por debajo de las rodillas y con la blusa cerrada hasta el último botón, sus curvas serpenteaban mostrando una formidable y voluptuosa silueta. Su cabello, una densa melena morena, larga y ondulada, descansaba por debajo de sus senos, haciendo juego con unos enormes ojos castaños enmarcados en unas pestañas infinitas. Aunque todo en ella destilaba sensualidad, mis ojos se quedaron colgados en su boca; unos labios carnosos y redondeados que invitaban a besarla. Era perfecta.

—*As-Salam Alaikum* —salió de esa boca que no podía dejar de mirar.

—*Wa-Alaikum-as-Salam*. Aunque con unos buenos días o *marhaba*, para mí es suficiente. —Sonreí sin dejar de mirarla y sin dar un paso.

—En una hora llegará su padre para la reunión —me recordó Fadi para devolverme a la realidad antes de inclinar la cabeza a modo de despedida y cerrar la puerta.

—Soy Loren Álvarez —dijo mientras se acercaba y extendía su mano.

No me atreví a tocarla. Si su sola presencia me había impactado, no llegaba a imaginar qué sentiría si su piel rozase la mía... Alcé mis manos ante ella y di un paso atrás.

—Disculpeme, creo que hay un error. —Fue lo único que conseguí decir ante su mirada de confusión al no estrechar su mano.

Me dirigí a mi sillón para refugiarme tras mi mesa y obtener una posición más alejada de esa mujer que acababa de mover el suelo bajo mis pies.

—¿Un error? ¿Usted es Sahib Alqasimi?

—Sí, pero... —Una nueva pregunta me interrumpió.

—¿Ha contratado los servicios del Estudio NY Projects para el edificio de las nuevas oficinas de su empresa?

—Sí, pero...

—¿No tenía una reunión con el arquitecto designado para el proyecto esta mañana?

—Sí, pero...

—¿Pero, qué? —Su mirada se había tornado felina y dirigió sus pasos hasta mi mesa donde yo permanecía de pie.

—Usted es... una mujer —dije al tiempo que por fin tomaba asiento.

—¿Cómo? —preguntó desubicada. Del asombro inicial sus cejas bajaron para fruncir el ceño.

—Yo esperaba a un Loren más como... un Lawrence, no como una Lorraine —traté de explicarme.

—Mi nombre es Lorena —«ya estamos, la maldita confusión con mi nombre otra vez» masculló en español—, Lorraine es francés, el mío es español y desde que trabajé en Londres, por los problemas para pronunciarlo, decidí que fuese Loren... Pero, ¿qué más da?, no creía que mi sexo fuese un problema —replicó al tiempo que apoyaba las manos sobre la mesa y me miraba fijamente.

Oírla hablar en español, tenerla tan cerca, más la palabra sexo en su boca, fue casi una tortura. ¿*Qué me pasaba con esa mujer?* No entendía nada.

—Señorita... Álvarez —logré decir—, no dudo ni de su cualificación ni de su capacidad, lo que ocurre es que mi padre...

—¿Su padre? ¿Qué tiene usted, quince años? —dijo sarcástica y se sentó frente a mí sin dejar de clavar sus ojos en los míos.

—Él es el dueño del holding empresarial y es quien establece las normas.

—Yo he firmado un contrato con usted. Espere.

Se agachó para sacar unos documentos de su maletín, que estaba apoyado en el suelo, y yo, arrastrado por un instinto que desconocía, aproveché para alzarme un poco en el asiento y divisar cómo la curva de su espalda bajaba hasta su glúteo *¡Ya Allah!* Me incorporé, sorprendido de mi comportamiento —inusual en mí—, mientras ella dejaba sobre la mesa el contrato, que yo era consciente había firmado.

—Es cierto. —Reconocí, ya que sabía que era un hecho consumado—. Es un contratiempo y la resarciremos.

—¿Un contratiempo? ¿Resarcirme? ¡No, no, de eso nada! Me he mudado a esta ciudad, he dejado mi anterior empleo para hacer este trabajo, es lo que necesito para... —dejó de hablar, cogió su maletín, se puso en pie y acercó su dedo para señalarme antes de decir: —¡Me va a dar ese proyecto!

—Por su bien, no señale aquí a nadie de ese modo. Se considera ofensivo —dije más para prevenirla que amonestarla y sin darme cuenta toqué su mano para bajarla.

Fue un simple roce, ese que hacía unos segundos había tratado de evitar, no exento de descortesía y falta de educación, y como había intuido me produjo una especie de descarga, un cosquilleo que recorrió mi cuerpo y me hizo estremecer. Ella debió de notarlo porque me miró confundida.

—Revisaré el contrato y tendrá noticias mías —dije para tratar de aparentar normalidad.

—¡No me lo puedo creer! Mucha modernidad, mucha ciudad del futuro, y seguís como cuando vivíais en jaimas y criando cabras —musitó en español sin dejar de sonreír sarcástica.

—¿Perdón? No la he entendido. —Aparenté desconocer su idioma y traté de evitar soltar una carcajada ante su ocurrencia y su descaro. Quería retenerla. Contemplarla un poco más.

—Nada, nada —dijo muy digna, creciéndose sobre sí misma.

—¡Que tenga un buen día! —dije a mi pesar.

Di por terminada nuestra conversación con la típica frase británica y la invité, con un gesto, a abandonar mi oficina porque no sabía cuánto tiempo más podría mantener la compostura ante aquella mujer.

Se giró, no sin antes mirarme con cierto desprecio que hizo que algo se rompiera dentro de mí, para marcharse. Me sabía mal disgustarla de ese modo. No la conocía, y podía entender que mi cuerpo hubiese reaccionado así ante una mujer espléndida, pero que me afectase de aquel modo era extraño. Sonreí triste y agaché la cabeza. Solo oí, y toda la planta con seguridad, cómo cerraba de un portazo.

Me dejé caer en mi silla perplejo, no solo por mi error al haber contratado a una arquitecta, sino por el impacto que me había causado esa mujer y por cómo me iba a complicar el día.

A partir de ese momento, la mañana no haría más que empeorar. La reunión, como todas las que presidía mi padre, sería otra vez una sucesión de justificaciones sobre el porqué de cada una de mis decisiones. Nunca estaba satisfecho con la gestión de esta parte de la empresa que yo administraba.

Nuestro negocio, como el de muchos dubaitíes, comenzó siendo el petróleo y el gas, si bien se había ido diversificando en el sector inmobiliario y el turístico, sabiendo que el origen de nuestra fortuna era perecedero. Cada uno de sus seis hijos llevábamos alguna rama del holding que él presidía de forma férrea e intransigente, o al menos así era conmigo.

Yo era el más joven de todos, nacido de un matrimonio acordado para unir sus negocios con algunos de los de mi abuelo materno, y, por muchas y ninguna razón del todo clara, no conseguía hacer nada que le hiciera sentir el orgullo que veía en sus ojos con sus otros hijos. Llevaba la parte de la administración y contabilidad del holding: revisión de contratos, inversiones, acuerdos, bancos..., por ello mi padre consintió que estudiara primero en un internado en Suiza y más tarde en la Judge Business School de Cambridge para prepararme en el mundo de los negocios y las leyes internacionales.

Aunque me interesaba mi trabajo, mi pasión era la arquitectura, y más viendo las maravillas que cada día iba creando el perfil urbano de mi ciudad. Aun así, mi padre ni me dejó formarme en la escuela de arquitectura, ni ser partícipe de la rama inmobiliaria o turística de nuestro grupo empresarial.

Ahora, por primera vez, iba a poder decidir acerca de un edificio para instalar las nuevas oficinas, ya que nuestra expansión y nuestro crecimiento requerían de más espacio, y acababa de fastidiarlo con la elección del arquitecto.

La obra de Loren, o más bien Lorena, era impactante, nueva, arriesgada... La forma de jugar con los volúmenes y el movimiento, el ensamblaje de elementos, la fluidez... ¡Me había sorprendido tanto que conectara con lo que yo quería! Era como si viese en sus diseños mis ideas y supe de inmediato que era la persona idónea para diseñar juntos, por fin, mi edificio soñado.

Esa urgencia hizo que no estuviese pendiente de los detalles y obviara uno de los más importantes: mi padre no toleraba a mujeres en cargos relevantes o que implicaran un trato directo con él o alguno de sus hijos. Por supuesto, había mujeres trabajando en nuestra empresa, pero todas en tareas que no requerían de nuestra presencia, y este no iba a ser el caso.

Para ganar tiempo, mentiría en la reunión. Le diría que aún no me había decidido por ningún estudio de arquitectura para el nuevo edificio, con lo que volvería a darle argumentos a mi padre para cuestionar mi gestión y para dudar de mis capacidades. Yo ya contaba con su rechazo, al haberme decantado por una empresa americana, si bien pensaba salvarlo con base en

lo espectacular del proyecto, lo que no esperaba era que la persona responsable del estudio fuese una mujer... y menos una como Lorena. Sería mejor que no supiese de su existencia, ya que podría perder la oportunidad que tanto tiempo había esperado.

Capítulo 3

Lorena

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron y dejé de sentir todas las miradas puestas en mí, tras el portazo y mi salida con la cabeza bien alta de la oficina, noté que me costaba horrores respirar. Entre la indignación y la opresión del endemoniado traje que cubría casi todo mi cuerpo, me empezó a faltar el aire. Con urgencia, me deshice de la chaqueta, me subí algo la falda y comencé a desabrochar los botones de la camisa hasta que me sentí algo más liberada.

Una vez superado el sofocón, mi mente volvió al rechazo que acababa de recibir, no porque mi trabajo no fuese bueno, sino por el hecho de ser mujer. No me lo podía creer.

Esto no se iba a quedar así. No, claro que no. En cuanto llegase a casa llamaría al estudio de Nueva York. No pensaba renunciar con facilidad ni conformarme con una indemnización. Se suponía que multitud de mujeres trabajaban a diario en diversos puestos en Dubái, y que, manteniendo ciertas reglas en la indumentaria y en el comportamiento, no había problemas. Entonces, ¿qué demonios pasaba conmigo?, ¿por qué yo no podía?

Las puertas se abrieron y un señor mayor, ataviado con la ropa propia de los emires y seguido de dos enormes guardaespaldas, me miró con una desaprobación que transmitía, más que rechazo, verdadera indignación.

Yo aún estaba apoyada en la pared del ascensor, abanicándome el escote abierto con el contrato y mostrando mis rodillas con la falda arremangada. Traté de disculparme, pero el hombre me dio la espalda y comenzó a soltar improperios en árabe a voz en grito. A los pocos segundos, en los que conseguí bajar la falda y traté de taparme con la chaqueta, los de seguridad estaban en la puerta para acompañarme a la salida. ¡Dios, qué bochorno más grande!

La forma en que volvió a mirarme me dio escalofríos. Al momento reconocí algo en sus ojos. Eran idénticos a los de la persona con la que acababa de tener la reunión. Ese señor debía ser el padre que no toleraba a las mujeres en su empresa. No me cabía duda.

¡Menudo favor me había hecho a mí misma! En cuanto supiese que era yo, la exhibicionista del ascensor, la que pugnaba por mantener su contrato de arquitecta, lo iba a tener todavía más complicado. Pero no me iba a amedrentar. Lucharía, porque, a pesar de que era solo un proyecto, y yo ya había concursado sin ganar muchas veces a lo largo de mi carrera y también me habían retirado o sustituido con distintas excusas, algunas de ellas no creíbles, jamás me habían dicho a la cara que no era digna de un trabajo por ser mujer, y no lo iba a tolerar.

Decidí coger el metro de vuelta desde las Emirates Towers, que estaban cercanas a la zona financiera y al entorno del Burj Khalifa, el imponente edificio de más de ochocientos metros de altura, para regresar a la Marina.

Durante las trece paradas del recorrido exterior fui divisando parte de la ciudad. Dubái se extendía desde Deira —la parte original y primigenia pegada a la desembocadura de la ría—, paralela al mar y a lo largo de unos setenta kilómetros, creando diversos núcleos o zonas sobre las que se desarrollaban las construcciones. Yo salía de una de ellas, el Downtown, después cruzaría Jumeirah y sus alrededores, con el insigne Burj Al Arab —el hotel en forma de vela al que se le atribuían siete estrellas por su gran lujo— y el primer grupo de islas en forma de

palmera, Palm Jumeirah, para llegar a mi destino, la Marina.

Esta ciudad llevaba años creciendo. La crisis de 2008 paralizó algunos proyectos, como el de Palm Jebel Ali, el otro grupo de islas también en forma de palmera, ahora reactivado. En el horizonte había planes y pretensiones, como la de la ciudad flotante, el Downtown Circle, que parecían sacadas de películas de ciencia ficción. Todo ello hacía que trabajar en Dubái fuese el sueño de cualquier arquitecto, pero yo no estaba allí por eso. Ese empleo estaba muy bien pagado y yo necesitaba ese dinero.

Me había costado bastante decidirme a aceptar este puesto, porque, a pesar de la explosión de creatividad y desarrollo arquitectónico y de ingeniería que había, no se podía estar ajeno ni al despropósito que suponía a nivel medioambiental, con un uso excesivo de los recursos naturales, ni a los supuestos abusos sobre las condiciones de trabajo de los empleados de la construcción. Así que, una vez superadas mis reticencias, y convencerme de que si no lo hacía yo, lo haría otro, no iba a dejar que un absurdo e irracional detalle, como mi condición de mujer, me dejase fuera y perdiese esta oportunidad.

∞∞∞∞

Cuando entré en el apartamento, mi hermana estaba teniendo una videollamada con su marido. Llevaban juntos unos tres años, y eran las segundas nupcias para ambos, pero parecía que solo hacía unos pocos meses que se conocían, ya que seguían con la misma intensidad de los comienzos.

Yo no lo comprendía. Nunca había tenido una relación de ese tipo, tan romántica. Entendía la pasión del principio, la de las reconciliaciones, la de las ausencias..., todas ellas se resolvían en la cama y tenían su momento, dando paso luego a una normalidad exenta de emoción pero confortable. Sin embargo, esos dos todavía se miraban de una forma que traspasaba la pantalla del iPad, a través del que estaban teniendo la videollamada.

Mi hermana seguía radiante de felicidad. ¡Señor!, si hasta parecía más joven que yo y nos llevábamos unos añitos. Tal vez eso era el amor de verdad y yo no lo había conocido. Pero no quería pararme a pensar ahora en ello, y menos después de la mañana que llevaba. ¡Ni hablar!

—¡Hola, cuñado! —le saludé.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó mi hermana sorprendida, que no me había oído ni entrar. «Lo que yo decía, embobadita perdida con el inglés».

—¿No os habré cortado el rollo y estabais a punto de hacer sexting?

—¡Lorena, por Dios! —me recriminó mi hermana.

—¡Y por la difunta Reina! —añadí yo divertida.

—¡My God! —empezó a reír mi cuñado—. ¿Qué tal tu reunión? Me estaba diciendo Marta que ibas a conocer a tu cliente.

—¡Un desastre total! —contesté frustrada.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —quiso saber mi hermana.

—Pues resulta, que el muy cretino dice que es política de la empresa no trabajar con mujeres.

—¡Eso no es posible! —intervino James extrañado—. Dubái cambió sus leyes y ha seguido avanzando en igualdad a pasos agigantados, debido principalmente a que el 80 % de su población es extranjera. Yo, en mi época de la gestora, haré varios años, trataba allí con una colega que llevaba fondos de inversión y ella nunca me hizo referencia a ningún tipo de problema.

—¡Pues, es lo que me ha dicho el cliente! Política de empresa. Que me indemnizarán.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó mi hermana con prudencia.

—Pelear, por supuesto.

—¿Y te merece la pena? Acabas de llegar, lo mismo puedes volver a tu antiguo trabajo o ver en qué otros proyectos puedes encajar en este nuevo estudio.

—Tú, como siempre, tan conformista, hermana. ¡De verdad, hija...!

—Verás, trabajar donde no te quieren...

—¡Pero si me quieren! Si fliparon con mis diseños e insistieron en que fuese yo y no otro arquitecto; por eso me ha fichado el estudio de Nueva York, porque solicitaron a quien los había elaborado, y esa no es otra persona que yo.

—Ya, pero... —insistía Marta.

—¡Ni peros ni nada! Hemos firmado un contrato y voy a hacer que lo cumplan —dije alterada. Algunas veces la condescendencia de mi hermana me desesperaba.

Mi cuñado, que ya nos conocía, no decía nada y se limitaba a mirarnos desde la pantalla.

—¡Dile tú algo, James! —le pidió ayuda Marta.

Tras un tenso silencio y un suspiro por parte de su marido, este se animó a hablar.

—Tengo un conocido dubaití, es íntimo del hermano de Michael, mi mejor amigo. ¿No sé si recuerdas a Michael, Lorena?

—Sí. ¿Sigue golfeando con la abogada rubia de Jerez?

—Veo que sí, que lo recuerdas —dijo con cierta ironía—. En fin, uno de los compañeros de estudios y mejores amigos de su hermano George, que también coincidió con nosotros en la universidad, en cursos inferiores, estudió leyes internacionales en Inglaterra y vive en Dubái. Puedo tratar de contactarlo y pedirle que te aconseje sobre qué debes hacer. Es cierto que hay mucha más apertura en los Emiratos, pero no sé hasta dónde, y qué mejor que un autóctono, y con conocimiento jurídico, para asesorarte. ¿Cómo lo ves?

—Vale, sí —respondí no muy convencida, pero tampoco quería ser descortés.

—Me pongo en marcha para tratar de localizarlo y os tengo informadas.

—¿Por cierto, Marta, por dónde estáis haciendo la videoconferencia?

—A través de Zoom. James me ha ayudado a instalar una VPN y va perfecto.

—Gracias, James, estás en todo —dije al levantarme del sofá—. Me voy a la ducha para bajar el sofocón, y os dejo intimidad... —añadí con voz sugerente.

—¡Mira que eres petarda! —dijo mi hermana ya de nuevo con buen humor.

Por fortuna, por mucho que discutiéramos, que era bastante frecuente porque rara vez coincidíamos, al poco tiempo estaba olvidado y regresaba la armonía. Nuestra relación había sido de ese modo desde que tenía memoria y aunque fuésemos tan distintas y viésemos la vida de diferente manera, no sabría qué hacer sin ella. Y en este momento que se avecinaba tormenta, la necesitaba para templarme.

Capítulo 4

Sahib

Como siempre, después de pasar un día con mi padre, la frustración me invadía. Menos mal que eran escasas sus apariciones por mis oficinas, e igualmente exiguos nuestros encuentros familiares, porque su forma de tratarme impactaba en mi autoestima de una forma brutal.

Aunque había sido educado en mayor parte de un modo occidental, trataba de mantener la relación que se esperaba de un hijo hacia un padre en mi cultura. De este modo, la obediencia y la aceptación de todo aquello que proponía se consideraba mi deber. Aun así, me resultaba imposible dejar de darle mi opinión, de ofrecer alternativas, que él entendía como cuestionamientos a su autoridad. Lo consideraba una falta de respeto, una afrenta, cuando yo lo único que pretendía era mejorar la empresa.

No había logrado que lo comprendiese y a estas alturas, y con mis hermanos que jamás le contrariaban, él había asumido que yo me había alejado de las tradiciones y nuestra forma de entender el mundo. Me toleraba por ser su hijo, además de accionista al heredar las participaciones de mi abuelo, pero sin atisbar el respeto que yo veía hacia mis hermanos y sin valorar mis esfuerzos; más bien solía lamentarlos.

Él hacía responsable a mi abuelo, quien insistió en una educación internacional para su único nieto. Fue quien me apoyó y me defendió, como familia y como accionista, en las decisiones empresariales frente a mi padre, de quien sí sentí el orgullo y la admiración del hombre en el que me había convertido. Para mi pesar, hacía unos meses que Alá lo había llamado al Paraíso y ahora estaba solo ante la desaprobación de mi padre.



Llegué a casa con el peso de la decepción sobre mis hombros, y ya no solo por la actitud de mi padre, a eso, por desgracia, casi estaba habituado, sino por la rabia de no poder contratar a la arquitecta.

No me la quitaba de la cabeza, me había impactado su presencia, tanto o más que su enorme talento. Sus diseños me habían fascinado, estaba casi obsesionado, y no se me ocurría cómo hacer para que trabajásemos juntos.

«Estaba claro que no era una mujer fácil, de otro modo me habría decepcionado», pensé sin poder dejar escapar una sonrisa.

Había dicho que no estaba dispuesta a aceptar una indemnización, pero, al final, todo el mundo tenía un precio y el dinero, cuando era mucho, era demasiado tentador. Ya veríamos.

Seguía pensando cómo resolver aquel problema para poder, no solo contar con su visión arquitectónica, sino para volver a verla, cuando me entró una llamada con el prefijo de Inglaterra.

—Hola.

—Buenas noches, Sahib, soy James Henderson.

—¡James! ¡Qué bueno oírte! ¿Qué tal estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Como siempre, ¡no como tú!

—Entiendo que George te tiene al día —dijo James divertido.

George y yo habíamos crecido juntos en el internado en Suiza y luego habíamos compartido nuestra etapa universitaria. Manteníamos el contacto, ya que para mí era más familia que cualquiera de mis hermanos, y eran frecuentes nuestras llamadas, de ahí que conociera bien la historia de James, quien era el mejor amigo de su hermano Michael.

—Hablamos mucho... y dice que te has reinventado.

—La verdad es que mi vida ha cambiado algo desde la última vez que nos vimos.

—¿Algo? Según George eres otro.

Mi amigo aseguraba que, además de cambio profesional y de residencia, del habitual serio y taciturno James poco quedaba, ya que, gracias a la influencia de su actual mujer, era un hombre nuevo.

—Puede ser —contestó con un deje de satisfacción en su voz, pero sin querer entrar en detalles.

—Me alegro por ti, James. Cuéntame, a qué debo tu llamada.

—Sahib, necesito pedirte un favor. Tú me dices, sin compromiso alguno, si puedes ayudarme o me indicas qué acciones podemos tomar.

—Por supuesto que te ayudo, si está en mi mano. ¿Qué necesitas?

—La hermana de mi mujer es arquitecta y ha sido contratada por un estudio de Nueva York para atender a un cliente concreto ahí, en Dubái. Al presentarse ante el cliente, esta mañana, es cuando ha sido consciente de que es una mujer y ha alegado que por ello no puede desempeñar la labor para la que ha sido contratada.

—¡No puede ser! —se me escapó.

—Sí, Sahib. Y me parece que ese rechazo es contrario a las leyes de tu país. Hace tiempo que hay paridad laboral en los Emiratos.

—¡Por supuesto! —contesté sin dejar de creer que Lorena era familia de James, porque no podía ser casualidad que en el mismo día en Dubái a otra arquitecta de un estudio de Nueva York le hubiese pasado lo mismo—. ¿Qué quieres que haga? —conseguí decir aún sin salir del asombro.

—Necesito que me aconsejes qué hacer. Ella iba a llamar a Nueva York y solicitar asesoramiento jurídico, para ver en qué situación se encuentra en función de lo que establezca su contrato, pero le he dicho que se esperase a que hablase contigo.

—¿Le has dicho quién soy?

—No, solo que eres un conocido, el mejor amigo de George, el hermano de Michael, ¿por?

—No, no..., es por no comprometerme con lo que te diga. Sabes que al final Dubái no es tan grande, porque los autóctonos somos pocos y todos nos conocemos. No quiero causar enemistades a mi familia, ya sabes la importancia del respeto en mi cultura, y esas cosas nuestras... —Me serví de nuestras diferencias para mantenerme en el anonimato.

—Sí, sí, comprendo. No te preocupes, no he dado tu nombre y seré discreto —dijo James con la seriedad con la que lo recordaba.

—Para empezar, yo creo que habría que tratar de resolverlo sin llamar a los abogados. Siempre se podrá recurrir a ellos, en caso de que no llegue a un acuerdo satisfactorio, y...

—Perdona que te interrumpa, Sahib, pero no conoces a Lorena, ella... no es una persona con la que sea fácil negociar. —Era ella, ahora ya no me cabía ninguna duda. Y sí, sabía que no iba a ser sencillo.

—James, ¿qué te parece si la llamo de tu parte y trato de aconsejarla en cómo debe actuar teniendo en cuenta nuestras costumbres? Lo mismo, cuando sepa de quién se trata, puedo mediar.

—¿Harías eso?

—Por supuesto, James, somos amigos, no solo conocidos. —Y era cierto, pero sobre todo estaba deseando volver a hablar con ella, y él me estaba dando una oportunidad única.

—No sabes cómo te lo agradezco. ¿Te envío su teléfono?

—Perfecto. Le escribiré para ver cuándo podemos hablar.

—Si es posible, en cuanto yo cuelgue. La paciencia no es una de sus virtudes.

—Tranquilo, así lo haré.

—Gracias, Sahib.

—No hay por qué darlas. Seguimos en contacto.

—Hasta pronto.

A los pocos segundos de colgar el contacto de Lorena estaba en mi teléfono. Ahora tenía que pensar bien cómo jugar mis cartas. La providencia, el destino o la suerte, daba igual cómo llamarlo, me daba una oportunidad para ver dónde me llevaba la fuerte atracción que había sentido por ella esa mañana. Si sabía llevar la mano podía ganar, y el premio, estar cerca de Lorena, bien merecía correr el riesgo de perder.

Capítulo 5

Lorena

Volví a leer el mensaje, extrañada de que estuviese escrito en español. Me había sorprendido no recibirlo en inglés. Era conocido de mi cuñado, de su época de estudiante en Inglaterra, y hubiese sido lo más normal que usara el inglés, ya que además era la lengua habitual entre los expatriados y trabajadores extranjeros en Dubái; sin embargo, el texto estaba en mi idioma materno y no en la lengua de Shakespeare. Puede que James le hubiese dicho mi nacionalidad y hubiese utilizado un traductor, aunque no lo parecía, puesto que no se veían los errores típicos de estas aplicaciones.

Fuera como fuese, mi cuñado había conseguido que alguien de allí me echase un cable para ver cómo arreglaba la situación. Así que, sin demorarlo más, le escribí.

[Hola, soy Lorena, la cuñada de James. Antes que nada, gracias por ofrecerte a ayudarme. ¿Te viene bien hablar ahora? Si es tarde, podemos dejarlo para mañana. Un saludo.]

No quería parecer desesperada, pero era preferible dejar ese asunto resuelto cuanto antes. Por un lado, no llevaba bien sentirme ninguneada por ser mujer y me inquietaba cómo podía afectar a mi situación laboral. Y por otro, tampoco me apetecía comentar mis asuntos con un desconocido, pero James se había preocupado y había molestado a su amigo. De modo que cuanto antes lo hiciera mejor.

[Hola, Lorena. No hay problema, te llamo ahora y me cuentas con más detalle qué te ha pasado, ¿te parece?]

[Sí, perfecto. Gracias.]

Mi teléfono empezó a sonar por la entrada de una llamada. La acepté.

—Buenas noches, Lorena —dijo una voz muy masculina en un español con un cierto acento que no llegaba a identificar.

—Buenas noches. ¿Cómo es que hablas español? —pregunté curiosa.

—Hablo varios idiomas —contestó quitándole importancia—, pensé que, al estar lejos de tu país y si has tenido problemas, estarías más cómoda y puede que te sintieses mejor si nos relacionábamos en español.

—Pues... La verdad es que sí. Te lo agradezco, en serio. —Su amabilidad me tranquilizó.

—Cuéntame qué te ha pasado, James me ha anticipado algo, pero me gustaría conocer toda la historia.

—¿Desde el principio? —pregunté mostrando mis pocas ganas.

—Sí, desde cómo has llegado a Dubái.

—A ver... yo necesitaba un cambio de aires y un antiguo compañero del estudio de Sídney, con el que reactivé el contacto en la pandemia, me propuso enviar algunos de mis trabajos al estudio en el que trabajaba en Nueva York. Durante el confinamiento me dediqué a crear libremente, dibujaba para mí, sin presiones de clientes o de otros compañeros, sin limitarme a un espacio determinado, era como soñar despierta... Perdón, algunas veces mi pasión me desvía.

—Tranquila, no pasa nada.

—En fin, le hice caso y los envié. Un cliente potencial del estudio se interesó en ellos, de modo que me contrataron para trabajar para él. El futuro proyecto era en Dubái y, como te he comentado que necesitaba un cambio, me pareció una buena idea. Firmé con el despacho y ellos a su vez con el cliente donde se especificaba, por petición expresa por parte de este, que el diseño y la ejecución se llevarían a cabo por la persona que los había realizado, o sea por mí.

»¿Cuál ha sido mi sorpresa, al ser rechazada por el hecho de ser mujer, cuando han hecho que el estudio me contrate expresamente! —dije alterada, ya que cada vez que lo recordaba perdía la calma.

—De acuerdo. Trata de explicarme mejor cómo ha sido ese rechazo. —Su tono sereno contrastaba con mi nerviosismo y, por alguna extraña razón, en lugar de molestarme, que habría sido lo propio en mí, me apaciguaba.

—Ha habido una confusión con mi nombre. —Suspiré—. El cliente esperaba a un Loren, masculino, no a una Lorena.

—Loren es unisex en inglés. De ahí ha podido venir el error.

—Sí, eso lo comprendo, pero aquí lo que importa son mis diseños, no mi sexo —dije indignada.

—¿Cuál ha sido el motivo que te han expuesto? —preguntó en el mismo tono sosegado.

—La persona con la que he tenido la entrevista ha alegado que es política de su empresa.

—¿Puedes decirme el nombre de la persona con la que has tenido la reunión o el nombre de la empresa?

—Espera, te lo miro en el contrato —dije para no equivocarme y aproveché esos segundos para tratar de recuperar la calma—. Sahib Alqasimi, de Alqasimi Enterprise.

—Lo conozco —dijo al instante muy seguro.

—¿En serio?

—No somos tantos autóctonos, y casi todos formamos parte de grupos familiares bastante grandes y la mayoría emparentados.

—¿Y qué puedes decirme?

—El problema no es Sahib, es su padre...

—Eso es lo que me achacó, creí que era una excusa —le interrumpí.

—No lo era, seguro que no. Su padre es muy tradicional y es sabido que no comulga con la apertura que se está produciendo en los Emiratos.

—¿Qué me aconsejas? —Por extraño que me resultara, quería saber su opinión. No tenía muchas esperanzas en esa llamada, casi la había hecho obligada para no decepcionar a mi cuñado, y por ende, a mi hermana, pero su voz y su forma pausada de hablar y su curiosa pronunciación me transmitían confianza.

—Yo podría hablar con Sahib, pero, por lo que le he entendido a James, eres de las que te gusta resolver tus propios asuntos, cosa que no solo respeto, sino que admiro. Así que, yo trataría de volver a hablar con él, mejor fuera de las oficinas, y hallar una manera de poder trabajar juntos de una forma satisfactoria para ambas partes.

—Puedo intentarlo, no pierdo nada, y siempre me queda recurrir a la vía judicial.

—Claro, en función del resultado de la reunión decides qué hacer. Puedes volver a llamarme si lo necesitas, para este tema o para cualquier otra cosa. Eres familia de un amigo, así que cuenta conmigo para lo que precises.

—Muchas gracias... —En ese momento fui consciente de que no sabía su nombre. Esperé a que él me lo dijese tras mi silencio, pero no lo hizo.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —preguntó con amabilidad.

—¿Tendrías un teléfono de Sahib, un móvil? El contacto que tengo es el de la oficina.

—Te lo paso ahora en un mensaje. ¿Alguna otra cuestión, Lorena?

—Nada, darte de nuevo las gracias —contesté con sinceridad.

—Tenme informado. Me agradecerá saber que estás bien.

—¡Una cosa más!

—Dime.

—¿Cómo te llamas? No sé tu nombre...

—Mis amigos extranjeros me llaman cariñosamente jeque —dijo divertido—, es más fácil de pronunciar y recordar.

Estaba claro que no iba a decirme su nombre. No importaba, ya se lo preguntaría a James.

—Pues muchas gracias por tu ayuda, *jeque*.

—Un placer —dijo antes de colgar.

A los pocos segundos, en un mensaje, recibía el teléfono del señor Sahib Bin Jafar Alqasimi.

Necesitaba descansar antes de volver a enfrentarme a ese hombre exasperante. Entre los malos ratos del día y el jet lag no estaba lo suficientemente fresca para poder mantener una conversación que, seguro, sería complicada.

Capítulo 6

Sahib

Había amanecido pendiente de los móviles, y con un cierto nerviosismo ante su llamada. En mis planes estaba usar el teléfono personal para mis llamadas como el amable amigo de James, el jeque, y el de la empresa para todo lo relacionado con el proyecto como Sahib.

¿Cuándo había sido la última vez que una mujer había despertado algo así en mí? Tenía que remontarme casi a mi adolescencia, a mis primeros enamoramientos y esgarces juveniles, pero, aun así, no recordaba ninguna con la fuerza y la intensidad de la atracción que me había provocado Lorena; tanto que era incapaz de quitármela de la cabeza.

Hasta la fecha mi relación más duradera con una mujer era con la que compartía mi vida, con *ella*. Había tenido acercamientos y experiencias con otras, pero solían fracasar porque o era demasiado árabe para las extranjeras que frecuenté en mi país, o mi manera occidental de ver muchas cuestiones no encajaba para las dubaitíes. Mi educación entre dos culturas tan dispares, entre dos mundos en muchos aspectos opuestos, hacía que no lo tuviese fácil. Aunque la realidad es que puede que tampoco hubiese conocido a la persona adecuada que me hiciera plantearme modificar o adaptar mi estilo de vida, por lo menos hasta ahora...

Su mensaje llegó cuando acababa de entrar en mis oficinas. Esperé a estar tranquilo en mi despacho después de ver con Fadi la agenda del día. La semana se presentaba intensa, con reuniones y compromisos inaplazables. Hasta el viernes, que comenzaba nuestro descanso semanal, no iba a tener tiempo de quedar con Lorena, salvo que fuese por la noche. Cenar con ella era una idea muy tentadora; sin embargo, no sabía si le parecería apropiado. Que decidiese ella.

[Buenos días, Miss Álvarez, me parece oportuno vernos y volver a tratar el tema del contrato. Tengo la semana muy ocupada. Podemos quedar la siguiente o cenar en estos días. Hágame saber qué prefiere.]

Su respuesta no se hizo esperar.

[Buenos días, por mí, cuanto antes.]

[¿Esta noche, en The London Project a las siete?]

[Perfecto, allí nos vemos Mr. Alquasimi.]

Había elegido un restaurante internacional situado en Bluewaters Island, cerca de Dubai Marina. Tenía una terraza con unas vistas impactantes que como arquitecta le podrían interesar. Era un lugar desenfadado y bastante concurrido. Mi idea era quitar seriedad al encuentro. Aunque estaba seguro de que sería algo tenso, esperaba lograr distender el ambiente y disfrutar de su compañía.

Había despertado mi interés. Quería conocerla tanto en su faceta profesional, ver en quién se inspiraba, con qué estilos se sentía más identificada, saber de sus proyectos..., y, cómo no, acercarme a ella como mujer, para lograr entender qué había en ella que despertaba mis sentidos, que me había hecho reaccionar de esa forma tan instintiva ante su presencia.

Estaba en casa tras la jornada, preparándome para salir, cuando recibí un mensaje de Lorena a mi móvil personal.

[Hola, jeque. Una preguntita suelta. ¿Para salir a cenar, puedo vestir de modo occidental sin ningún tipo de restricción? He leído que es así, pero ya no me fio de lo que encuentro en internet.]

[Buenas noches, a los extranjeros y los turistas no les afectan nuestras reglas en cuanto a la forma de vestir. En las zonas de ocio no hay diferencia con cualquier otro país, donde igualmente todo depende de donde vayas. No te vestirías igual para salir a cenar a un restaurante con tus padres que para salir a bailar, ¿verdad?]

[Bien tirado, jeque.]

Reí. Era divertida y espontánea. Cada segundo me atraía más.

[¿A dónde vais, Lorena?]

[A cenar a The London Project.]

[Ahí no tienes problemas, sé tú misma.]

[No sabes lo que has dicho jeque.]

[¿Debo temer por Sahib?]

[Harías bien en hacerlo, no vas desencaminado. Te dejo que voy a llegar tarde.]

[Cuéntame el resultado de tu reunión con Sahib, has despertado mi curiosidad.]

[A la curiosidad se la comió el gato. Bye.]

Una sonrisa se había instalado en mi cara y no era capaz de deshacerme de ella. Estaba impaciente por llegar a la cena y más ahora que sabía que iba preparada para hacerme sufrir. No sabía qué esperar de Lorena, no se parecía a ninguna mujer que hubiese conocido antes.

Capítulo 7

Lorena

Me había arreglado a conciencia. En nuestra primera reunión percibí cómo me miraba. Estaba acostumbrada a causar ese efecto en los hombres y, pese a que en la actualidad, con todo el nuevo pensamiento feminista, me tendría que indignar, no podía dejar de sentirme poderosa por la turbación que causaba en la mayoría de ellos.

Yo sabía lo que valía y de lo que era capaz. Era mucho más que una cara y un cuerpo bonito, pero no por ello iba a pedir perdón por los dones que había recibido en el reparto genético, y de los que podía hacer uso cuando yo, y solo yo, estimaba conveniente.

El mundo había sido de los hombres durante toda la historia, y el país donde me encontraba me recordaba que en la mayoría del planeta seguía siendo así. De modo que, para mí, en la lucha por alcanzar lo que entendía me correspondía, era lícito recurrir a las viejas armas de seducción para lograr mis objetivos, esos que venían marcados por mí y que no estaban supeditados a ninguno de ellos.



La zona donde se ubicaba el restaurante no estaba demasiado lejos de mi piso, lo que permitía ir caminando por el paseo marítimo de Marina Beach. Al recorrer la pasarela de madera, cercana a la arena y flanqueada por numerosas terrazas y quioscos, la vista se iba hacia la noria de Dubái, Ain Dubai —que, cómo no, era la más alta del mundo— y hacia el grupo de estructuras iluminadas que cambiaban de color, los *super trees* —para mí, más que árboles gigantes, parecían sombrillas de playa con la lona vuelta por el viento; a pesar de ello, tenía que reconocer que llamaban la atención.

Tras cruzar un puente peatonal se accedía a una de las islas artificiales creadas en la ciudad. El sol se había puesto hacía una hora escasa y la imagen de los edificios ya iluminados no dejaba de ser fascinante. Me seguía impactando la capacidad del hombre para crear las construcciones más sorprendentes, y cómo ello se exponía de forma sublime en Dubái.

La entrada al restaurante, donde las paredes y el techo estaban cubiertos de flores artificiales de multitud de colores, anticipaba un ambiente cosmopolita. Una vez dentro, una suave música *chill out* y una cuidada decoración te envolvían en un entorno internacional, tanto, que si no mirabas las espectaculares vistas de los rascacielos de la playa de Jumeirah, te hacía olvidar que estabas en un país árabe. Al ir pasando por las mesas, los platos y bebidas reafirmaban esa sensación, ya que unas ostras, un tartar de atún y hasta una pata de pulpo, además de la más que siempre presente hamburguesa, se servían con naturalidad.

En cuanto me vio acercarme, se levantó de la silla. Me esperaba en una mesa situada en la amplia terraza con vistas a uno de los tantos skylines de la ciudad.

Era alto y esbello, pero fuerte. Una barba oscura, cuidada y recortada a la perfección, cubría su mandíbula, ensanchando su cara más bien larga, al igual que su nariz, esa que era tan propia del pueblo árabe, y que le daba un cierto aire exótico que se incrementaba gracias a la

viveza de unos enormes ojos verdosos cubiertos por unas densas y largas pestañas. Su piel morena resaltaba sobre una camisa blanca de cuello italiano, y sus caderas se ajustaban a la perfección en un pantalón vaquero azul oscuro. Era bastante atractivo, ¡qué pena que fuese un pelele de papá! Perdía todo el *sex-appeal*.

Sus ojos me recorrieron con pausa y observaron cada detalle sin poder evitarlo. Me había puesto a propósito un ajustado y escotado vestido color naranja, que se despegaba tras bajar por las caderas, adquiriendo vuelo hasta los tobillos, pero que, gracias a dos estratégicas aberturas, dejaban ver casi la totalidad de mis piernas al caminar. El pelo recogido en un moño deshecho, dejaba mi cuello a la vista, lo que prolongaba visualmente mi generoso escote, donde descansaba un collar de piedras de colores en forma de red. Sonreí satisfecha del brillo y el deseo que veía en sus ojos. «¡Tocado!», pensé.

Al llegar a la mesa, le deseé buenas noches sin ofrecerle mi mano. Una leve inclinación de cabeza fue mi saludo antes de decirle que cenaría con mi hermana como mi representante legal.

Me aparté para dejar a la vista a Marta, quien, debido a mi altura, más las sandalias de tacón y mis curvas, había permanecido oculta tras de mí. Ella era más baja y delgada, rubia y clara, nada que ver conmigo. Éramos como el día y la noche. Imaginaba que, de los genes nórdicos, que había averiguado que teníamos con un análisis genético, ella se había quedado con los rasgos caucásicos que le conferían elegancia y estilo, y yo con la altura y la fuerza vikinga.

—¿Cómo? —le oí decir mientras yo seguí mi camino hasta una mesa contigua que había reservado y desde donde lo observaría de frente.

«¡Hundido!», pensé satisfecha ante la expresión de decepción en su cara.

Vi cómo Marta, tan educada y profesional —ella sabía de leyes y se había curtido en numerosas reuniones en el banco para el que trabajó—, le daba la mano, se presentaba y se sentaba ante su asombro.



La cena fue bastante bien. La brisa del mar, las vistas, la comida y las dos carísimas copas de vino —aquí cargaban bien de impuestos al alcohol—, más el espectáculo que se desarrolló ante mis ojos, me hicieron sonreír la mayor parte del tiempo.

No había dejado de buscar mi mirada siempre que la conversación con mi hermana se lo permitía, ya que, imaginaba, no querría ser descortés con ella. Era difícil no querer agradar a Marta, dulce y educada, era la persona más empática y razonable que conocía. Le había dado instrucciones bastante claras y esperaba que no se saliese del guion, aunque si lo hacía la culpa sería solo mía por ponerla en esa tesitura.

¡Lo que me había costado convencerla! Al final había accedido a cambio de cierto margen de maniobrabilidad en las negociaciones. No estaba del todo convencida de haber hecho lo correcto, pero solo por ver la cara que había puesto el árabe, cuando lo había dejado en la mesa con ella, había merecido la pena.

Vi que se levantaban, él le estrechaba la mano y Marta asentía complacida. Parecía que había acuerdo. Esta vez me miró con mayor detenimiento, sonrió, inclinó la cabeza a modo de saludo, se dio la vuelta y se marchó.

No sabía por qué, pero me quedé con ganas de que se hubiese acercado y me hubiese dicho algo. ¡La que le habría montado yo de estar en su lugar!

«Una pena. Mucha fachada, pero nada de carácter», pensé.

Capítulo 8

Sahib

No pude dejar de sonreír durante todo el trayecto de vuelta a casa. Definitivamente, esa mujer me atraía, no solo era guapa y brillante, sino que además era descarada, divertida e intrigante. Iba a suponer todo un reto acercarme a ella, y ese desafío hacía que fuese aún más deseable.

Mi casa estaba situada en la isla artificial en forma de palmera, Palm Jumeirah. A pesar de mis gustos arquitectónicos, era la típica construcción tradicional de la zona. Al estar ubicada en el extremo de una de las hojas de la palmera, en las que se distribuía la isla, disponía de una extensa playa de aguas dóciles y un enorme jardín del que *ella* se enamoró y que fue determinante para que la comprara, ya que rara vez no le había dado lo que deseaba.

En cuanto llegué, me puse a redactar el documento en el que se establecerían las condiciones de nuestra futura relación laboral, para anexar al contrato que ya había firmado con el estudio de Nueva York. Su hermana había insistido en que todo quedase por escrito, que de otra manera Lorena no aceptaría. Exigente y precavida. Sonreí de nuevo al recordarla.

Casi había terminado cuando sonó la entrada de un mensaje en mi móvil personal. Esperaba que fuese ella con la intención de comentar algo al jeque, pero, para mi decepción, era James, para darme las gracias por atender a su cuñada. Le contesté con un escueto mensaje que finalizaba deseándole buenas noches, dando por terminada la conversación.

Me había decepcionado que el mensaje no fuese de Lorena y me malhumoró un poco. Apagué el ordenador algo desganado. Mañana lo finalizaría.

No conseguía quitármela de la cabeza, quería saber qué pensaba. Como no me gustaba acostarme con temas pendientes que pudieran enturbiar mi descanso, le escribí en mi papel del jeque, a pesar de la hora.

[Buenas noches, ¿estás despierta?]

[Buenas noches, aquí, sin pegar ojo. Las ocho horas de diferencia horaria con Sídney aún me tienen toda trastocada. Me muero de sueño cuando tengo que estar despierta, y ahora, que debería dormir, no puedo.]

[¿Has resuelto tu situación?]

[Creo que sí. Estoy a la espera de que me envíe por email todos los pormenores de nuestra relación laboral. Ya te diré cuando vea el documento.]

[¿Y qué tal la cena con Sahib?]

Quería saber algo sobre lo que pensaba de mí.

[Mi hermana dice que es educado y atento. A mí me parece un poco insulso.]

¿Yo insulso? Jamás pensé que podría parecer simple o insustancial. Me habían calificado de muchas formas en mi vida, pero nunca de ser insulso. Quería preguntarle por qué opinaba eso de mí, pero tenía que mantener un perfil discreto, por más que me costara.

[¿Tu hermana?]

Le pregunté haciéndome el sorprendido.

[Ella es abogada y es quien ha negociado con Sahib, mientras yo disfrutaba de una espléndida cena y del espectáculo.]

[No recuerdo que haya espectáculo en el London Project.]

[Te garantizo, jeque, que yo he tenido uno divertidísimo.]

No sabía cómo continuar la conversación. Ella se lo había pasado en grande. Sabía que me había desconcertado tras su aparición. Se había puesto atractiva para mí —estaba seguro de ello, su forma de mirarme y contonearse—, para luego dejarme con su hermana, no dejaba lugar a dudas. ¡Encima me veía insulso!

Me alegraba de no haber terminado de redactar las condiciones y de habérselas remitido, porque me daba la oportunidad de cambiar varias cosas.

Si quería jugar, íbamos a jugar.

[Me alegro de que hayas disfrutado y de que esté en vía de solucionarse tu problema laboral. Que descanses, Lorena. Para lo que necesites, sigo a tu disposición.]

[Gracias a ti. Trataré de descansar. Un beso.]

¿Un beso? Yo, como Sahib, no le había dado una buena impresión, pero como el jeque le agradaba, tanto como para ser amable y afectuosa. Un punto para el jeque y cero para Sahib. Estaba deseando ver cómo evolucionaba el marcador. El juego había empezado.

Capítulo 9

Lorena

¿Trabajar desde su casa? De las condiciones que se establecían para mantener la ejecución del proyecto, la que más me había sorprendido era aquella. Le había pedido vernos lo menos posible, solo lo imprescindible, por eso me extrañó el lugar que había propuesto.

No me parecía mal, ya que lo había organizado para que no coincidiéramos. Él saldría antes de que yo llegara y regresaría cuando mi horario laboral finalizara. Toda la comunicación sería vía correo o telefónica. Yo dejaría mi trabajo a la vista en su despacho para que él lo supervisara y añadiese las indicaciones que considerase oportunas.

Colaboraríamos en el diseño del edificio, pero sin estar juntos en la misma habitación. Eso era capaz de hacerlo. Nunca había tenido problemas para trabajar sola, en lugar de con un equipo, pero era cierto que nunca lo había hecho sin supervisión, así que su visto bueno diario no sería muy diferente a lo que estaba habituada.

El horario era aceptable. Me informaba de que trabajaría bajo la nueva jornada laboral, implantada en los Emiratos a principios de ese año 2022, para adaptarse al mercado internacional. Era de solo cuatro días, de lunes a jueves y de media jornada el viernes. En las oficinas de la empresa se mantenía el horario tradicional —de domingo a jueves—, ya que las empresas privadas no necesitaban de ningún permiso para establecer sus horarios, y su padre no tenía intención de claudicar ante otra medida occidentalizada más. Entendía que, para mí, este sería el más lógico.

Adaptaría mi horario, pues en Dubái se empezaba a las siete y media y yo lo haría a las nueve —para que el servicio de limpieza pudiese dejar todo listo antes de mi llegada—, y saldría a las cinco en lugar de a las tres y media. Si quería, esos detalles eran susceptibles de modificación. Podía usar la cocina y todo lo que había en ella cuando quisiera hacer alguna pausa, además estaba a mi disposición si quería comer allí.

La ubicación de mi futuro lugar de trabajo estaba bastante cerca del apartamento, a apenas unos minutos por carretera, y aunque podía llegar sin problema en taxi o Uber, la empresa ponía a mi disposición un coche —solo tenía que elegir el color del modelo de la selección que en breve recibiría a mi email y en unos días estaría en el garaje de mi edificio esperándome—. De momento, preferí seguir usando el transporte público, ya lo pensaría con más detenimiento, tampoco me apasionaba conducir si podían llevarme.

—¿Qué, te decides a aceptar o sigues dándole vueltas? —preguntó Marta, que volvía de hacer unos largos en la piscina, situada en la planta cuarenta y cinco, desde donde las vistas eran espectaculares.

—Voy a aceptar, no pienso dejar pasar esta oportunidad para mi carrera y para mi bolsillo. Pero no sé si añadir algunos cambios o nuevas peticiones.

—El acuerdo que te ha planteado es más que correcto.

—Eres la abogada del diablo. ¡Que soy tu hermana! Tú tienes que hacer lo que yo te pida.

—Yo, haré lo que considere bueno para ti y, siempre, dentro de lo ético y lo razonable. Además, ¿qué más quieres, si ha aceptado que no os veáis ni lo imprescindible? Cosa que no entiendo. Es

educado, agradable, y hasta divertido, no obviando que es bastante atractivo.

—¿Atractivo? ¿Dónde le ves el atractivo?

—¿Me lo estás preguntando en serio, Lorena?

—Es otro rico presuntuoso con buenos modales y estudios, no te confundas, Marta.

—Pues no me dio esa impresión anoche, la verdad.

—¡Ay, hermana, qué fácil se te engatusa!

—Lo que tú digas. Voy a quitarme el bañador y a darme una ducha. No le des más vueltas y acepta de una vez para que podamos salir a dar una vuelta —dijo dirigiéndose a su dormitorio.

Tenía razón. Aunque no iba a dársela ni a reconocérsela, pero la tenía. Contesté al email con un escueto *ok*. En menos de un minuto tenía su respuesta en mi correo electrónico, donde me agradecía que hubiese aceptado los nuevos términos de nuestra relación contractual. Me daba libre el resto del día y el siguiente. El jueves estaría todo listo para mi llegada.

Dos días libres sonaban de maravilla. Me fui a buscar a Marta para contárselo y ver qué le apetecía hacer. En octubre seguía haciendo calor, pero sin llegar a las temperaturas extremas de julio y agosto, y daba opción a hacer diferentes planes.

∞∞∞∞∞

Estábamos tumbadas tomando el sol en el *beach club* del hotel que me había recomendado el jeque. Seguía sintiendo curiosidad por saber quién demonios era.

—Oye, Marta, ¿qué sabes tú del amigo de James que me está echando una mano con mi cliente?

—Lo mismo que tú, que es el mejor amigo de George, el hermano de Michael.

—¿Puedes preguntarle algo más sobre él a James? No me ha dicho cómo se llama, solo el apodo por el que le conocían en el internado o en Londres, no recuerdo bien dónde dijo que empezaron a llamarlo así. No sé por qué, pero no se me va de la cabeza, que hay algo raro en el hecho de no decirme cómo se llama. Eso, y que nos comuniquemos en español, me desconcierta.

—Claro, luego cuando hablemos le pregunto. Está siendo muy amable y este sitio que te ha recomendado está genial —dijo mientras cogía su libro para pasar las horas leyendo en la tumbona.

—¿Te vas a poner a leer? —le recriminé.

—Claro, para mí, playa es sinónimo de tumbona y libro. El plan perfecto.

—¡Qué sosa eres, de verdad! Tenemos detrás unas piscinas ideales, zonas de baile y ¡hay alcohol! ¿No quieres darte una vuelta por esa zona y ver qué se cuece? Podemos ir al bar, pedirnos algo, lucir palmito...

—No me seduce nada, pero te acompaño si quieres —dijo con pocas ganas.

—Déjalo, voy yo a pedir algo para las dos y me doy una vuelta.

—No, venga, te acompaño y así voy al baño.

—Voy a llamar a Fran para que venga a vernos y tener una compañía con más entusiasmo.

—¡A Fran le encantaría esto! —dijo con la cara iluminada.

—Le encantaría el abanico de hombres de distintas nacionalidades donde poner el ojo, y no sé si podrá hacer algo más, porque no tengo ni idea de cómo lo harán aquí las parejas que no son heteronormativas para relacionarse.

—Habría que preguntarle al amigo de George antes de invitar a Fran y evitar llamarlo desde una comisaría de policía para que nos saque —comentó mi hermana sin poder evitar reír al imaginar la que podía organizar allí su mejor amigo.

Era hablarle de Fran y se animaba. Él conseguía sacar su lado más divertido y ya solo por eso era digno de mi aprecio, pero la verdad es que yo también adoraba a ese adonis rubio de ojos azules que la hacía reír y que había demostrado ser un amigo de verdad en sus peores momentos.

—Tenemos que hablar con él y organizarlo —dije al tiempo que me levantaba y me ponía el minúsculo pareo a juego con mi bikini color coral que resaltaba mi moreno natural.

—Me encantaría, luego lo llamo para que venga antes de que yo regrese—contestó Marta, ya lista con una camisola sobre su bañador negro, que contrastaba con su blanca piel.

Éramos muy distintas, no solo en nuestro aspecto, sino también en la manera de ser y afrontar la vida, pero, como el yin y el yang, nos complementábamos y nos necesitábamos.

Marta aprovechó para ir a los aseos al tiempo que yo pedía las bebidas en una de las barras del *beach club*. Aquel sitio era alucinante. Desde todos los rincones podías ver el mar, al estar situado a distintas alturas y en modo de terrazas. La decoración era moderna, pero sin ser estridente, ya que tonos blancos, azules y verdes se coordinaban en armonía en los muebles, textiles y objetos decorativos, como la flamante escultura de King Kong en azul de Richard Orlinski. En Dubái nada era poco para destacar.

Busqué a mi hermana con la mirada cuando la localicé hablando con alguien. «¡Qué pequeño es el mundo!, seguro que se ha encontrado con un conocido», pensé y fui a reunirme con ella.

Y sí, sí que lo conocía, mejor dicho, lo conocíamos. Era Sahib. ¿Qué hacía allí? ¿No era lo suficientemente grande esa ciudad como para tener que encontrármelo?

Tosí para llamar la atención al acercarme.

—¡Buenas tardes, Loren! —me saludó con su perfecto inglés británico.

—Sahib —respondí.

—Me alegro de verte, Marta, ha sido un placer. Mi acompañante me espera —dijo mirando hacia una despampanante rubia que acababa de salir de los baños. Con una leve inclinación de cabeza, acompañada de una enorme sonrisa, se marchó.

No pude dejar de observarlo mientras se acercaba a la rubia y le ponía la mano sobre la parte baja de la espalda, que mantuvo todo el trayecto de la subida de la escalera por donde se salía del club. Ella parecía encantada con ese gesto, que según tenía entendido no era apropiado en Dubái, pero como este espacio estaba dentro de las instalaciones del hotel Caesar Palace, aquí no regirían esas normas y podíamos ser totalmente occidentales.

—Lorena, Lorena... —me llamó Marta de forma cantarina.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—Nada, nada...—respondió Marta entre risas, quitándome su bebida de las manos para poner rumbo de vuelta a la playa.

—¿Qué? —Insistí.

—¿Me vas a volver a decir que no es atractivo, Lorena?

—¿Cómo?

—Voy a dejarlo, porque a cabezota no te gana nadie, pero casi tengo que empujarte para que dejaras de mirarlo.

—Es que me ha descolocado verlo aquí. No lo esperaba..., solo ha sido eso, así que no inventes, te lo advierto.

—¡Claro, claro! Lo que tú digas —dijo sin poder aguantar la risa.

—¡Marta, ya!

Capítulo 10

Sahib

No me había podido resistir. Cambié el lugar del almuerzo que tenía agendado con una de las decoradoras con las que estaba viendo proyectos y presupuestos para el nuevo edificio al Two.0, el restaurante del *beach club* que yo, como el jeque, había recomendado a Lorena.

No estaba seguro de si la vería, pero no perdía nada por intentarlo y, al final, la providencia, el destino o la suerte habían estado de mi lado y me habían permitido verla. Unos escasos segundos, en los que no pude recorrer con mis ojos, como hubiera deseado, cada centímetro de su piel y sus curvas, fueron suficientes para cogerla desarmada y comprobar que podía ser vulnerable cuando no estaba preparada.

Me quedé con las ganas de volverme para ver qué cara tenía cuando me acerqué, más de lo que el decoro establecía, a la brillante decoradora de origen alemán, que se había instalado hacía unos años en Dubái, tras casarse con uno de los amigos de mi hermano Nasim.

Él era el único de mis cinco hermanos con el que tenía una relación más cercana. Éramos los hijos del segundo y el tercer matrimonio de nuestro padre, frente a los otros cuatro que procedían de su primera esposa. Al ser además los más jóvenes —nos llevábamos unos escasos dos años— habíamos sido inseparables de niños, pero, a diferencia de mí, su educación no se había forjado en occidente y, aunque conservábamos el cariño intacto, no veíamos la vida de la misma manera. Dediqué el resto del día a trabajar sin descanso. Tener la mente ocupada me ayudaba a no pensar en mi padre y, ahora, también, a alejar de mi cabeza a Lorena. Esa mujer había movido algo dentro de mí y necesitaba descubrir qué era, pero no a costa de arriesgar todo el esfuerzo que llevaba años haciendo para demostrar lo que valía ante mi padre y mis hermanos.



Llegué a casa cansado y con ganas de tirarme en la cama, pero antes quise pasar a verla. Ya no vivíamos juntos, aun así, la seguía teniendo muy cerca. Llevaba algunos días distinta. No decía nada y por más que le preguntara no era capaz de obtener más que «un estoy bien».

La encontré en el jardín, su lugar favorito, ya que era lo más cercano que tenía a su hogar en estas lejanas tierras.

—*As-Salam Alaikum* —dije con suavidad para no asustarla.

—*Wa-Alaikum-as-Salam* —contestó con una sonrisa que iluminó su cara.

—¿Cómo estás hoy?

—Más o menos como ayer.

—Y ayer... ¿cómo te encontrabas?

—Igual que hoy.

—¡Ay! —suspiré sin poder dejar escapar una sonrisa.

—Deja de interrogarme y bésame.

Como siempre, hacía conmigo lo que quería. No podía negarle nada.



Llegó el jueves. A partir de ese día, tendría a Lorena merodeando por mi estudio y por algunas zonas de mi casa. En el contrato habían quedado establecidos los espacios que estaban a su disposición para su uso; la mayoría de ellos en la planta baja. Tampoco es que me importara que viese toda la vivienda, pero así le había dado algo más de formalidad al acuerdo.

Podría haber alquilado una oficina en alguno de los muchos edificios de la ciudad; sin embargo, prefería que estuviese allí. Me había inventado la excusa de que si alguien la veía entrar y salir de mi casa, y llegaba a oídos de mi padre, sería normal que una mujer rondase mi hogar, mucho más que si yo visitase un despacho de forma recurrente, lo que podía levantar sospechas.

La realidad era que quería sentirla cerca, compartir con ella el espacio, el mismo aire, aunque fuese en momentos distintos. No entendía qué me pasaba, ni qué me impulsaba a pensar y comportarme de ese modo con ella, pero sí sabía que no podía resistirme.

Dejé todo listo para su llegada. Me marché con el deseo que todo fuese de su agrado, que el entorno que le ofrecía fuera el idóneo para que creáramos, juntos, mi edificio soñado. Una de las mayores ilusiones de mi vida, colaborar en un proyecto de arquitectura, estaba por fin al alcance de mi mano y esperaba que todo saliese bien. *In sha Allah.*

Capítulo 11

Lorena

El Uber me dejó frente a una casa de estilo tradicional, muy diferente de lo que había imaginado. Yo esperaba un diseño rompedor, algo cúbico, con líneas depuradas o algún juego de volúmenes, pero era una simple casa de dos plantas con tejado a dos aguas. Ni siquiera las ventanas o las puertas se salían de lo estándar de un chalet típico de las afueras de un barrio residencial y lo más exótico eran las palmeras que lo rodeaban todo.

En el mensaje que había recibido esa mañana, Sahib me decía que la puerta estaría abierta. Había dejado un juego de llaves para mí en la entrada, aunque no las necesitaría, pues no solía cerrarla y, en efecto, solo tuve que girar el pomo antes de pasar.

El interior, a diferencia del aspecto exterior, era actual. El espacio abierto fluía desde el salón a la cocina y estaba bañado por el sol, que entraba a raudales a través de inmensos ventanales —que ocupaban toda la pared— y daban paso al jardín.

Dejé mis cosas en la entrada, y no pude evitar acercarme a ese vergel. Las palmeras, que ocupaban casi todo el espacio, dejaban ver entre sus troncos el mar al fondo. Buganvillas, jazmines y damas de noche se enredaban por la fachada trasera de la casa y por los diversos muros. Toda esa vegetación, junto a las tinajas y parterres con geranios y gitanillas del perímetro de la piscina, le daban al conjunto un cierto aire andaluz. Tuve que llamar a Marta.

—¿Sí? —preguntó medio dormida.

—No te lo vas a creer...

—¿Estás bien? —Le había despertado y sonaba preocupada.

—Sí, sí... es que parece que estoy en tu casa. Ha sido brutal. Salvo por el mar en lugar del campo, el jardín de la casa de Sahib es casi igual que el tuyo. Hay palmeras por todas partes.

—¿En serio?

—Perdona, estabas dormida, pero me ha impactado... —dije disculpándome.

—No pasa nada, aprovecho y subo a nadar.

—¿No te parece raro?

—¿Qué, que haya palmeras en Dubái? Te recuerdo que fueron los árabes los que trajeron las palmeras datileras a la península —contestó la sabionda.

—¿Y los geranios y las gitanillas?

—Eso no lo sé, pero puede que tenga un paisajista de origen español y, como casi tenemos el mismo calor aquí que en mi campo de Sevilla, habrá buscado plantas que aguanten las altas temperaturas, como todas las que me has nombrado, ¿es eso posible?

—Puede ser... pero he tenido una sensación, como de estar en casa...

—Eso no es malo.

—Ni bueno —dije dubitativa—. Da igual, te dejo, voy a buscar el despacho.

—Cualquier cosa me llamas. Que tengas un buen día.

—Nos vemos esta tarde —dije antes de colgar.

∞∞∞∞

No me había recuperado del impacto del jardín, cuando me impresioné de nuevo. No fue que me sorprendiera que conjugase las viejas herramientas de mi oficio, la mesa inclinada frente al flexo con las reglas, escalímetros, lápices..., con varios ordenadores, tabletas, impresoras..., que era lo más usual en estos tiempos, fue lo que vi en una de las zonas que componían el enorme espacio en el que se distribuía el que iba a ser mi estudio. Esto sí que era demasiado para asimilar.

Allí, una tras otra, estaban las maquetas de los edificios que había diseñado durante la pandemia. Verlas así, aunque fuese a escala, era impactante. Yo había llevado esas ideas al papel, pero él había ampliado la información, les había otorgado profundidad, consiguiendo una sensación de realidad. Eran maquetas funcionales, no meramente estéticas, lo que me ofrecía una radiografía de cada uno de los proyectos, dándome una visión integral del conjunto arquitectónico. Contar con esta herramienta era una enorme ventaja para desempeñar mi trabajo, no solo me lo facilitaba, ahorrándome tiempo, sino que me permitía volver sobre los diseños para mejorarlos o para que me surgieran nuevas ideas.

Junto a las maquetas había una nota escrita:

Sigo sin saber por cuál decidirme. Todas me parecen idóneas. Elige tú. Sahib.

Necesité salir del despacho para pensar, lo hacía mejor si estaba sumida en cualquier tarea, ya fuese andar, cocinar..., e incluso planchar, pero no era plan de subir a su armario, sacarle las camisas y buscar una tabla. Me volví a adentrar en el jardín y caminé por el sendero que llevaba a la playa.

En esta zona de la isla no había acceso a mar abierto y las olas llegaban con poca fuerza a la orilla. Me descalcé y lamenté no tener ropa de baño, de buena gana me habría sumergido en las aguas templadas del Golfo Pérsico para salir del impacto de ver las maquetas de mis creaciones, pero me contenté con pasear, dejar que el mar lamiese mis pies y escuchar el sonido constante y suave de las olas.

De regreso volví a quedar fascinada ante la desbordante vegetación, tanto que casi no dejaban ver más que el sendero que llevaba de vuelta a la casa. Y entonces tuve claro lo que tenía que hacer para comenzar el nuevo proyecto.

Escribí a Sahib.

[Buenos días. Siguiendo sus indicaciones, para decantarme por uno de los diseños, necesitaría visitar la futura ubicación. Sería fundamental ver el entorno para ayudarme a decidir.]

Me dirigí en tono formal, el día del *beach club* le había tuteado y prefería mantener las distancias. Contestó a los pocos minutos.

[Buenos días. El suelo se encuentra en el Dubai Future District, en la zona donde se ubica el Museo del futuro. Tiene la dirección y las coordenadas en el dossier informativo. Si lo busca en Google Maps, y hace una visual de 360°, puede ver claramente el solar y hacerse una idea. Si prefiere ir en persona, podría llevarla cuando salga de la oficina, pero no sé si saltarnos una de las principales condiciones contractuales, el primer día, sería apropiado.]

No sé por qué lo imaginé sonriendo mientras había escrito la última frase, y me molestó.

[Puedo pedir un Uber, y no tiene que ser fuera de mi horario laboral. Es más adecuado ceñirme a mi jornada para las salidas relacionadas con el proyecto.]

[Preferiría que permaneciera en el estudio.]

[¿Tengo que estar recluida en su casa? ¿Cómo pretende que haga mi trabajo sin salir de aquí?]

[La verdad es que sobre ese tema no hemos establecido nada en el contrato. Tenemos que verlo.]

No me estaba gustando el rumbo de la conversación. No soportaba las restricciones a las que me había dejado arrastrar. ¡Al cuerno el contrato y a volver a establecer reglas! Ya iría viendo día a día.

[No se preocupe, si salgo seré discreta, nadie sabrá que soy su arquitecta. Ya me las arreglaré, como hago siempre. Que tenga un buen día.]

[No me cabe la menor duda de su capacidad y resolución, pero si me acepta un consejo, desde la terraza del museo tendrá las mejores vistas. Que tenga también un buen día.]

¿Aceptar su consejo? ¿Tener un buen día? Ese árabe tenía el don de sacarme de quicio. Pedí un Uber dispuesta a visitar, por mí misma y desde donde yo considerara oportuno, la zona de mi futuro proyecto, aunque lo lamentaría.

Capítulo 12

Sahib

Dejé el móvil sobre la mesa sin poder dejar de sonreír. Seguía sin comprender qué me pasaba con esa mujer. Jamás había experimentado nada igual. No era ni más guapa ni más sensual que otras con las que hubiese estado o se hubiesen cruzado en mi camino.

Tampoco la conocía. No tenía ni idea de qué opinaba o pensaba de nada, salvo lo que había intuido a través de su obra —sus proyectos me habían impresionado hasta el punto de arriesgarme a desoír las normas de mi padre—, que me hablaba de una persona creativa, atrevida, rompedora, brillante..., pero en realidad, no sabía nada de Lorena. Aun así, era incapaz de sacarla de mi cabeza.

Gracias a que Fadi entró con varios documentos que requerían mi firma y con los datos para la siguiente reunión, pude volver a llevar mi mente al trabajo. Apenas tardé unos minutos en volver a pensar en ella cuando me descubrí tratando de encontrar un hueco en mi apretada agenda para poder acercarme a casa con cualquier excusa y verla.

Saberla allí me ilusionaba a la vez que me inquietaba. Le había abierto las puertas de mi hogar y a través de él podría llegar a descubrir aspectos de mi vida que pocos conocían. Hubiese disfrutado al enseñárselo. Pasear con ella por el jardín, compartir el estudio y comentar obras arquitectónicas, analizar juntos las maquetas, tomar decisiones como un equipo...

—¡Sahib! —llamó mi atención Fadi.

—¿Sí?

—¿Qué debo contestarle?

—Perdón, Fadi, tenía la cabeza en otro sitio. ¿Te importa volver a explicarme...?

—Su padre ha llamado. Sigue sin saber a qué estudio y a qué arquitecto le ha dado el proyecto del nuevo edificio. Me ha pedido que le recuerde que prefiere cualquier estudio de la ciudad.

—Yo lo llamo.

Tosió. Solía hacerlo cuando dudaba de si era pertinente hablar.

—Dime lo que sea que estás pensando, Fadi.

—Ayer me dijo lo mismo y ...

—¿Y qué? —pregunté empezando a desesperarme.

—¿No habrá decidido seguir con esa arquitecta que envió el estudio de Estados Unidos? Lo digo porque... — Calló de nuevo.

Lo conocía y algo le estaba generando algún tipo de conflicto de lealtades entre mi padre —que era quien lo había trasladado de su servicio al mío, para que me asesorase y, cómo no, para que me controlara— y yo —que le había demostrado ser, no solo competente, sino justo y generoso con mis empleados, por lo que me admiraba y apreciaba.

—Si tienes que decirme algo, habla, por favor. Sabes que, por mi parte, encontrarás discreción. Pero si consideras que te puede poner en una situación comprometida con mi padre, déjalo. Tarde o temprano siempre muestra sus cartas. Le encanta desvelar cómo te ha ganado en el juego.

Cogió aire varias veces, se sentó y lo que me contó ciertamente no me lo esperaba.

No había pasado ni una hora cuando su mensaje entró en mi teléfono. Había actuado

rápido y yo no había sido capaz de anticiparlo. Aún seguía tratando de asimilarlo cuando él ya había movido ficha.

Mantuve mi agenda y salté de un asunto a otro para mantenerme en una actividad frenética y posponer qué hacer, lo que acabó conmigo exhausto y derrotado sobre el sofá de casa. —¿Un mal día? —preguntó la persona que menos esperaba encontrar allí.

La miré perplejo, tratando de escudriñar en sus gestos el motivo por el que se encontraba apoyada en la encimera de mi cocina, junto a una botella de vino blanco casi vacía, que no recordaba haber comprado.

—¿Te cuento el mío? —dijo con la voz pastosa, que indicaba que había bebido todo lo que faltaba de esa botella, no exenta de ironía—. ¿No dices nada?

Me levanté para acercarme y encarar lo que tuviese que reprocharme, aunque si estábamos en esa situación era porque ella había insistido. Me acerqué tanto que a punto estuvo de dar un paso atrás. Sin embargo, no se movió de su sitio y me mantuvo la mirada con determinación. «Tiene carácter», pensé y, sin ser consciente, sonreí.

—¿Qué te divierte? —preguntó molesta, empujándome para apartarme de ella.

No consiguió moverme un ápice. Lo que sí logré, su contacto y cercanía, es que deseara besarla. Ella debió de verlo en mis ojos porque embistió de nuevo con más fuerza y tuve que echar un pie atrás para poder mantener mi posición y no dejar de mirarla fijamente.

—Maldito seas tú y tus tradiciones degradantes para las mujeres.

—A mí puedes decirme lo que quieras, pero no tolero ese tipo de comentarios sobre mi cultura.

—¡Ha sido humillante! ¡He tenido que mentir! —gritó—. He dicho que soy la asistente del arquitecto. —La rabia que desprendían sus ojos me indicaba, que esa simple e insignificante mentira, para ella, había supuesto mucho más.

—No pensaba hacerlo, pero me veo en la obligación de recordarte que has sido tú la que has querido continuar con este proyecto.

—Te gustaría que hubiese cogido la indemnización y me hubiese largado, ¿no es cierto?

—No sé qué decirte —contesté divertido.

—¿Qué demonios pasa contigo? —preguntó volviendo a tratar de empujarme sin conseguirlo. Frustrada se giró para darme la espalda, pero se lo impedí.

—¿Y si nos sentamos y hablamos? —dije de forma conciliadora volviendo a colocarla frente a mí.

—¿De qué quieres hablar? ¿De cómo me han tratado en el solar? ¿De cómo me ha hecho sentir *tu señor padre* cuando hizo su aparición? ¡Pasé de la burla a la humillación! —gritó a escasos centímetros de mi cara.

—Te ofrecí ir contigo, que vieses el suelo desde Google Maps, incluso desde el Museo del futuro, pero tú...

—¿Es culpa mía querer hacer bien mi trabajo?

—¿Por qué no nos sentamos? Por favor, Lorena. —Le pedí, al tiempo que llevé una de mis manos a su cintura, mientras con la otra le acariciaba su mejilla antes de colocarle un mechón de pelo tras la oreja. Tenía algo que me atraía. Mucho.

Me miró confundida.

Así, tan cerca, podía sentir el vaivén de su pecho respirando de forma agitada; oler su aroma, en el que se intuían unas notas dulces a vainilla; perderme en sus enormes ojos y en esos labios... Salvé los escasos centímetros que nos separaban y la besé.

Su boca se abrió a mí, tras resistirse unos segundos, y fue como lo había imaginado. Ella despertaba sensaciones nuevas que me arrastraban de forma incontrolable. Sus manos buscaron

mi pecho y de repente, con una fuerza que no esperaba, me apartó de ella y esta vez sí consiguió desestabilizarme, tanto que acabé tirado en el suelo desconcertado. Vi cómo cogía su bolso de la encimera, se dirigía a la entrada y se iba dando un sonoro portazo.

Me llevé las manos a las sienes y comencé a frotármelas, en tanto lamentaba mi torpeza. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se me había ocurrido besarla?

Seguía allí sentado en el suelo, sin creer cómo había sido tan imbécil, cómo no había sido capaz de manejar mejor la situación, cómo había sido tan vehemente, cuando *ella* entró.

—No me lo puedo creer —dijo en un tono que jamás le había oído. Era decepción.

—Yo...

—Calla. No me interesa nada de lo que me tengas que decir.

Alcé mi mirada buscando la suya suplicando comprensión.

—Esto no me lo esperaba de ti, Sahib.

Agaché la cabeza avergonzado y vi cómo se marchaba sin darme la ocasión de explicarme.

Capítulo 13

Lorena

—Hola —le dije a Marta, que estaba en la cocina enredada con la cena, cuando entré en el apartamento.

—¡Hola, esto ya casi está! —me saludó de espaldas, mientras movía algo en una sartén.

—No tengo hambre —respondí con más rabia de la que pretendía.

—Pero... —En cuanto se giró y vio mi cara supo que algo no iba bien.

—¡No me preguntes! —le advertí. Lo menos que deseaba era un: «ya te lo dije» de mi hermana.

—¡Lorena! —gritó al tiempo que yo ya iba hacia mi dormitorio y cerraba con el segundo portazo del día.



Tras una larga ducha, donde dejé que el agua se llevase parte de mi frustración, me sentí fatal al recordar que estaba en la mitad de un desierto. Si bien, el agua no era un problema en Dubái, gracias a la desalinización, otro de los impactos medioambientales que generaba esa enorme urbe, la abundancia que se respiraba por todas partes hacía que se te olvidase. No me terminaba de convencer esa ciudad, esa sociedad, y qué decir, mi cliente, Sahib.

No había previsto ese beso. Desde el primer instante supe que sentía algo por mí. No era el primer hombre al que yo sabía que le gustaba, pero la mayoría no pasaba de ahí. Según mi hermana, mi seguridad les imponía y jamás había tenido problemas. No podía negar que me había divertido gracias al efecto que causaba en el género masculino, pero Sahib, a pesar de la tensión y de mi carácter expuesto en toda su dimensión, no había tenido ningún problema para acercarse a mí, yo no lo había intimidado, y la verdad es que hubo un momento que...

—¿Se puede? —preguntó Marta asomándose por una ranura de la puerta entreabierta.

—Claro —contesté dando unas palmaditas sobre la cama para que se sentara junto a mí—. Lo siento, hermana, he tenido un día horrible —le dije en cuanto la tuve cerca.

—¿Quieres contármelo?

—Sí, creo que me vendrá bien. Puede que me ayude a saber qué hacer.

—¿Tan mal ha ido? Esta mañana me dijiste que te sentías como en casa.

—Es cierto, fue poner un pie allí y sentirme cómoda, bienvenida, no sé cómo explicarlo. El jardín, la playa privada, el estudio... Y, no te lo vas a creer, ¡ha hecho construir maquetas de todos los edificios que diseñé y envié a Nueva York!

—¿Todos? —preguntó asombrada.

—Los cinco —sonreí con cierto orgullo al recordar lo que había experimentado al verlos.

—¡Vaya! No entiendo mucho de tu profesión... Eso no es usual, ¿no?

—No, pero el dinero no es ningún problema en esta ciudad —dije, para quitarle importancia, pero lo cierto es que nunca nadie había sentido tanta admiración por mi trabajo como la que había intuido en Sahib.

No eran solo las maquetas, había dibujos, planos, información sobre mis otros diseños... y las anotaciones que había alcanzado a ver dejaban claro cuanto los apreciaba. ¿Era por lo que le había dejado besarme?

—¿Y qué ha pasado entonces? —preguntó Marta trayéndome de nuevo a mi habitación, aunque mis labios volvían a cosquillear tras recordar el contacto con los de Sahib.

—He ido a visitar el suelo donde se proyectará el edificio. Debo elegir cuál de los edificios se construirá, y el entorno es fundamental para ello. Tras divisarlo desde la terraza del Museo del Futuro, al que por cierto tienes que ir, vi que había movimiento en el solar y decidí pasarme.

»Ningún obrero parecía entenderme, y dudo que fuese así, ya que la mayoría era de origen pakistaní, así que sabrían inglés. Me negaron el acceso y pedí hablar con el jefe de obra. Ante el revuelo que estaba causando, apareció alguien que sí me entendía, pero que lo único que me pedía era que me fuese, que no estaba autorizada. Entonces dijo algo en un idioma, que no comprendí, y una veintena de hombres empezaron a reírse.

—¿Qué desagradable, Lorena!

—Espera, aún queda lo peor. Me quedé sin saber si protestar o marcharme, y en ese preciso momento apareció un cochazo enorme. Deseé que fuese Sahib, le había dicho que pensaba pasarme en persona y él me había disuadido de hacerlo...

—Y si te lo dijo, ¿por qué fuiste?

—¿Desde cuándo hago yo lo que me dicen?, y menos solo por ser mujer —protesté.

—Lorena, estás en un país que no es occidental, trabajando en una empresa que no te quiere, ¿por qué te empeñas en desafiarlos?

—Lo sabía, sabía que... —dije decepcionada.

—Perdona, perdona, sigue... Cuéntame, ¿qué pasó cuando llegó Sahib? —preguntó Marta, tratando de disculparse.

—No era Sahib, era su padre, el mismísimo Jafar Alqasimi.

—¿Oh! ¿El que no quiere mujeres en su empresa?

—El mismo. Me invitó a pasar a la oficina prefabricada que hay situada en el solar para que hablásemos más cómodos. Yo me presenté como la asistente del arquitecto del estudio de Nueva York que iba a desarrollar el futuro proyecto. Le expliqué que se estaba retrasando por problemas familiares y traté de justificar mi visita. Alegué que me había enviado para adelantar trabajo. —Cogí aire, al recordar la expresión de su cara, pocas personas, por no decir ninguna, me habían mostrado tanto desprecio en mi vida—. Entonces, levantó su mano para que me callase diciendo que no me había dado permiso para hablar.

—¿Cómo? —preguntó Marta indignada.

—Como lo oyes. Me quedé sin saber qué contestar. Su presencia impone de una forma... —suspiré— no lo sé explicar. Es alto, grande y fuerte, una mole de hombre desagradable, por más que vaya vestido de blanco impoluto y huela a artemisa. Tiene una mirada fría y desprende... maldad, sí, maldad, es lo que sentí.

»Me recordó que conoce las leyes de su país y que, aunque en Dubái los extranjeros somos bienvenidos y tratados con cortesía y respeto, en su empresa manda él y no quiere mujeres en ciertos puestos para los que no nos considera dignas. Y salió dejándome allí sola.

»Mientras me marchaba del solar, la cara de satisfacción de los obreros...—dije sin parar de negar con la cabeza—. Ha sido ultrajante, y ¡qué impotencia!

—¿Te merece la pena? —preguntó con cautela mi hermana.

—Necesito el dinero, Lorena.

—¿Tienes problemas económicos? —preguntó alarmada.

—No, no, no es eso... Es que tengo un proyecto en mente y necesito capital.

—Y ¿por qué no aceptas la indemnización?

—¿Porque es humillante no poder hacer mi trabajo por el mero hecho de ser mujer y que a ese

tipo repugnante no le dé la gana!

—Creo que no necesitas nada de esto, Lorena. Eres buena y...

—¿En serio? Salvo Sahib nadie se ha interesado en mis diseños personales, siempre he trabajado en estudios, en equipos, para otros arquitectos... Voy camino de los cuarenta. —Resoplé—. Quiero estabilidad, asentarme de una maldita vez, y este empleo me daría el dinero y la visibilidad para empezar... otra vez.

—¡Eh, tranquila! —Mi hermana se acercó para darme el abrazo que sabía que necesitaba—. ¿Por eso me has hecho venir?

—Siempre tan lista, ¿no?

—Déjate de tonterías, ¿qué te pasa? —quiso saber preocupada.

—No estoy bien. Tengo que poner mi vida y mi carrera en rumbo. Creí que, sacándole una buena pasta a un rico dubaití y con una obra relevante firmada por mí, podía comenzar de nuevo en España..., cerca de nuestros padres, de ti... Necesito a mi familia.

—Estoy aquí —dijo volviendo a abrazarme—, y sabes que te queremos.

—Lo sé, pero os extraño.

—¿Y qué pasa con David? —Se separó para hacerme la pregunta que llevaba guardada desde que había llegado.

—Esta vez nuestra ruptura es definitiva. Él también sabe que es lo mejor para ambos, aunque nos cueste separarnos. Son muchos años juntos, pero nos hemos convertido en un par de amigos que conviven, y que cada vez tienen menos que ver el uno con el otro.

—¿Estás segura de que ya no estás enamorada de él?

—No sé si lo he estado alguna vez...

De repente la tristeza y la incertidumbre cayeron como un peso sobre mis hombros. Fue algo físico y tan evidente que hasta mi hermana lo sintió. Me atrajo de nuevo hacia ella y me dejé acurrucar por su abrazo.

—Descansa, ha sido un día largo y horrible. Mañana ya pensaremos qué hacer.

Capítulo 14

Sahib

Estuve un buen rato lamentándome frente a la copa de vino que había dejado Lorena. No debía beber, mi religión lo prohibía, pero como en tantas otras cosas, mi poca ortodoxa educación me hacía dejarme llevar por lo que consideraba mejor en cada momento.

Volví a leer el mensaje que mi padre me había enviado esa tarde, y me maldije por no haber tomado mejores decisiones.

[Despide a esa arquitecta ya, o lo haré yo. Tú eliges.]

Debí haber llamado a Lorena en cuanto lo recibí. Ver dónde y, sobre todo, cómo estaba. Pero no pensé que todo se desarrollara con tanta rapidez. Una cosa es que mi padre sospechara, cuando al cruzarse con ella en nuestras oficinas quiso saber quién era y le hubiese puesto vigilancia — como me había confesado Fadi—, y otra que se presentara así en el solar.

Tenía que haber levantado el teléfono para enfrentarme a mi padre. Exigir que la toma de ese tipo de decisiones era cosa mía; si me había dado el proyecto, yo debía manejar los recursos, el personal, los tiempos... Sin embargo, una vez más, me cargué de trabajo para posponerlo o... evitarlo. Con cada nueva discusión mi impotencia crecía y me hacía cuestionarme el papel que yo jugaba en nuestra empresa. Empresa de la que yo también era accionista, al haber heredado la participación de mi abuelo. Aun así, a pesar de tratar de exponer mis criterios, siempre terminaba claudicando a la voluntad del gran Jafar Alqasimi.

Debía haber calmado a Lorena, explicarle mi situación, no enfrentarme a ella y mucho menos besarla... Aunque, en realidad, eso fue lo único bueno de ese día. Haber sentido sus labios, su cuerpo junto al mío, su aroma..., pero no había sido de la forma más correcta. No había sido capaz de contener mis impulsos y eso desencadenó su marcha y la decepción que vi, por primera vez en mi vida, en esos ojos que eran los más importantes para mí.

Decidí ir a buscarla y tratar de arreglarlo. No podía conciliar el sueño si *ella* estaba molesta conmigo. Me acerqué a buscarla y me sorprendió no encontrarla. Estaba visto que ese día nada me iba a salir bien.

Amanecí con un mensaje de Lorena en mi teléfono personal.

[Buenos días, *jeque*. Tengo que decirte que este apodo me parece ridículo, pero mi cuñado no suelta prenda y no sé cuál es tu nombre de verdad. Vuelvo a necesitar tu ayuda. ¿Puedes facilitarme el contacto de un bufete de abogados que pueda asesorarme con mi contrato? Iba a recurrir al despacho jurídico de mi estudio, pero he visto que para cualquier tipo de conflicto nos amparamos en las leyes y tribunales dubaitíes.]

¡Al-hamdu lillāh! No había decidido marcharse. Por lo poco que la conocía sabía que no se iría sin pelear, pero la rabia de la noche anterior me había hecho temer no volver a verla. Aún podía tratar de arreglar las cosas.

[Buenos días, Lorena. Hago unas consultas y te digo. Entiendo por tu petición que no habéis podido llegar a un acuerdo.]

[Es complicado.]

¿Estaba siendo discreta o es que no tenía claro qué pasos dar?

[Tranquila, no necesito explicaciones, aunque si quieres hablar tienes mi número, puedes llamar en cualquier momento.]

[Gracias, lo tendré en cuenta. Cuando hablo contigo me siento mejor.]

[Me alegra oír eso. Te informo cuando tenga algo.]

Otro punto para el jeque, mientras que Sahib, no es que no anotara en el marcador, es que iba en negativo.

∞∞∞∞

Al ser viernes, empezaba mi fin de semana, y como entendí que Lorena no pasaría por allí hasta que hablase con los abogados, podía disfrutar de un día en mi estudio. Quería comprobar si le había dado tiempo a hacer algo.

Después de pasar una hora en mi gimnasio, haciendo pesas y sudando en la elíptica, tras una ducha y con un café en la mano, me dispuse a perderme entre planos y pasar la mañana con el AutoCAD en mi despacho. Mi sorpresa fue enorme cuando al abrir la puerta la vi sentada tras mi mesa.

—Perdón —dije confundido—. No te esperaba aquí.

—Yo aún trabajo aquí, ¿no? —preguntó desafiante.

—¡Por supuesto!

—Entonces, ¿dónde iba a estar un viernes a las diez de la mañana? —preguntó con ironía—. No pensarías que te iba a dar la oportunidad de despedirme por incumplimiento de contrato, como es la falta de asistencia no justificada.

Sí, sí que tenía carácter. No como yo, lamenté.

—Te dejo trabajar, no te molesto.

—¡Qué poca sangre, por Dios! —dijo en español y no pude estar más de acuerdo.

∞∞∞∞

Estaba sentado en la arena, contemplando el mar cuando la vi salir de entre las palmeras. Al verme allí no dudó en seguir, en lugar de darse la vuelta como había previsto. Llevaba con ella un canasto de donde sacó una toalla que extendió cerca de la orilla. Se deshizo de sus sandalias y del vestido, para mostrar su espléndido cuerpo en ropa de baño. No podía dejar de observarla, estaba hipnotizado por sus gestos, sus movimientos y su cuerpo. Se metió en el mar y comenzó a nadar.

Antes de darme cuenta estaba también en el agua y me acercaba a ella. Me puse en el camino de sus brazadas y trató de esquivarme, pero la agarré.

—¿Qué haces? —protestó.

—Necesito que hablemos —dije suplicante.

—Ya hablarás con mi abogado.

—No quiero hablar del contrato, ni del proyecto, ni del intransigente de mi padre que me tiene

bloqueado...

—Tu señor padre impone a cualquiera.

—Eso es cierto, pero yo soy su hijo... —dijo sin poder dejar de reflejar cierta tristeza en mi voz.

—Ese tipo de personas, la mayoría de las veces, con los hijos son mucho peores —dijo comprensiva.

—Nunca hago nada bien, según él —me lamenté.

—¿Qué más te da lo que piense?

—Es mi padre y en mi cultura...—No pude seguir explicándome porque me interrumpió con vehemencia.

—Una cultura que te hace vivir bajo el yugo de otra persona, llámese padre o marido, desde mi punto de vista no merece mi respeto.

—Es complicado...

—Explícate —dijo mientras clavaba sus enormes ojos en los míos.

Me quedé perdido en su mirada y deseé contarle todo de mí. Mi infancia, mi paso por el internando, por Inglaterra, mi vuelta a Dubái..., pero temía delatarme y que en un descuido le desvelara algún dato que la llevase a descubrir que era el jeque. Ante mi silencio bajó su mirada al reloj. Intuí que iba a marcharse y perdería la oportunidad de pedirle perdón.

—Quería disculparme por... lo de anoche.

—Yo tampoco estuve muy acertada.

De nuevo me sostenía la mirada y me quedé atrapado por sus ojos marrones. No tenían un color fuera de lo normal, pero la profundidad y la espesura de sus pestañas me hipnotizaban de un modo que volví a quedarme sin palabras.

—Ha terminado mi tiempo de descanso. Además, yo no me hablo contigo —dijo al darse la vuelta y salir del agua sin mirar atrás ni darme la oportunidad de seguir explicándome.

No pude más que sonreír ante su última ocurrencia. A cada momento cerca de ella, más seguro estaba de que quería conocerla mejor. Esa atracción que sentía debía responder a algo que iba más allá de lo que se podía dilucidar desde la razón. Tal vez ella era mi destino.

Al llegar a la arena, algo más tranquilo, y acercarme a recoger mis cosas, uno de mis teléfonos empezó a sonar, el personal. Era Lorena que llamaba al jeque.

Capítulo 15

Lorena

—De verdad que no os entiendo, te juro que no —le espeté al jeque en cuanto escuché su voz al otro lado.

—Buenos días a ti también, aunque parece que no son buenos —contestó en ese español al que aún no conseguía reconocerle el acento.

—No son buenos para nada. Estoy furiosa, indignada, confundida... ¿sigo?

—¿Por qué no vamos por partes? ¿Te parece? —preguntó consiguiendo al instante que me calmase. Había en su voz algo que me recordaba a la de Sahib, pero, al contrario que en la de este, que me enervaba, en la del jeque había algo que me transmitía confianza y serenidad.

—Déjalo, no debía haberte llamado, pero salvo mi hermana, que opina desde el principio que no debería haber aceptado un trabajo donde no me quieren, eres el único que conoce mi situación. Lo siento.

—No tienes nada de que disculparte, yo me he ofrecido. Además, eres familia de James y para nosotros la familia es lo más importante.

—¿Es por eso por lo que Sahib tolera las normas irracionales de su padre?

—Verás, las normas de Jafar Alqasimi no son irracionales, por más que no las comprendas o compartas, son las de su pueblo, las de su cultura. Y, sí, seguro que Sahib las tolera porque nosotros debemos obediencia a nuestros padres y respeto a nuestros mayores, a diferencia de lo que ocurre en Occidente, donde son cada vez más denostados.

—Que alguien sea mayor o sea tu padre no merece respeto solo por ello. Yo entiendo que es algo que debe labrarse y ganarse —argumenté.

—Eso es así en tu mentalidad occidental, pero no en la nuestra.

—No lo entiendo.

—No se trata de entender, Lorena. Es más bien de aceptar. Respetar.

—¿Y si no puedo?

—Tal vez deberías hacer caso a tu hermana.

Me quedé pensando en su respuesta.

—¿Sigues ahí, Lorena? —preguntó ante mi silencio.

—Gracias otra vez... ¿Cómo te llamas? —Necesitaba saber el nombre de ese hombre que conseguía calmarme y ver la realidad de otra manera.

—¿Por qué no te gusta *jeque*?

—Es ridículo.

—Pues si yo te parezco ridículo, Jafar irracional y Sahib insulso, ¡vaya opinión te estás formando de los dubaités!

—Te pido disculpas, no pretendía ofender.

—Tranquila, estás alterada.

—¿Sabes a qué abogado puedo consultar? —le pregunté cambiando de tema.

—Aún no, pero en cuanto lo sepa te aviso.

—Gracias otra vez.

—No hay por qué darlas. ¿Hay algo más que te preocupe, además de la situación con Sahib?

—Sí, y no, la verdad, pero no quiero molestarte más con mis cosas.

—Te escucho.

Y sin saber por qué, sin pensarlo siquiera, me dejé llevar por esa confianza, esa tranquilidad que me transmitía su calma y le conté mis inquietudes. Le hablé de mi deseo de volver a mi tierra, con los míos, tras mi ruptura con David. Del cansancio de sentirme una extranjera. Le desvelé el motivo por el que había aceptado ese trabajo en Dubái a pesar de todas las discrepancias que me confundían, no solo culturales sino también medioambientales.

No sé cuánto tiempo pasó, pero el mero hecho de que él estuviese al otro lado me produjo un sosiego que no era capaz de explicar.

—Espero que todo mejore y logres aquello que persigues. —Fueron sus únicas palabras y me gustó. Me gustó mucho.

—Gracias por escucharme.

—Seguimos en contacto, Lorena.

—Hasta pronto. —Colgué.

El enfado se había esfumado. No me había dado ningún consejo, ni siquiera su opinión, solo me había deseado lo mejor, lo que me proporcionó la oportunidad de reflexionar desde la calma.

¿Qué quería? ¿Era tan necesario tener a mis espaldas un proyecto como aquel para volver a mi país? Si negociaba una buena indemnización tendría para ir tirando los primeros años si me iba a vivir con mis padres —¡Uf! Qué pereza y bajón volver a casa de mis padres—. No, eso no me seducía. Podría alquilar un piso, que me permitiera vivir en él, además de ser mi estudio. Siempre podía echar mano de LinkedIn y empezar a mover mi portfolio por los distintos estudios que me interesaran por la zona de Andalucía, en la que me gustaría instalarme.

Por otro lado, ¿estaba dispuesta a renunciar a mis planes a causa de un tipo desagradable e intransigente? ¿Yo tenía que perder esta oportunidad porque Sahib no era capaz de imponer su voluntad a su padre? ¿Si me conformaba con la indemnización, no estaba cediendo ante Jafar Alqasimi al igual que lo hacía su hijo? ¿No estaría confirmando que no podía hacer este trabajo por debilidad o falta de capacidad por el hecho de ser mujer?

De repente, fui consciente de que todas esas preguntas no servían para nada sin saber qué tenían que decirme los abogados sobre el contrato que había firmado.

Mi estómago empezó a rugir de hambre y necesitaba estirarme. Las horas habían volado sentada delante de los planos del edificio por el que me había decantado. Era un diseño en el que la construcción se torcía sobre sí misma. Inspirado en el Turning Torso de Calatrava, en Suecia, y en el proyecto de Ágora Garden de Callebaut, en Taiwán. El movimiento y las líneas curvas encajarían con las formas y el vacío elíptico del Museo del futuro. Se complementarían en una arquitectura futurista que se reforzaría al utilizar en su revestimiento placas de acero, al igual que en el museo.

Entré en la zona de la cocina contenta porque, a pesar de los percances, esa mañana había sido muy productiva y estaba más tranquila.

Sobre la encimera me esperaban varios platos tapados junto a una nota de Sahib.

Me he permitido dejarte algo para almorzar y compensar mi comportamiento. Esperaré a que tus abogados me contacten, aunque preferiría que hablásemos. Estoy arriba, por si quieres darnos la oportunidad de tratar de entendernos.

Sahib

Las escaleras daban lugar a un gran espacio que servía de tránsito a las distintas estancias. Su

tamaño y el enorme ventanal que ocupaba la pared del fondo, desde donde se podía contemplar la imagen idílica de las hojas de las palmeras, el mar y a lo lejos Dubái, permitían que fuese otra sala de estar. Un sofá de suelo, con dos *chaise longues* en las esquinas, invitaban al relax, y allí, en una de ellas, se encontraba Sahib.

Vestido con un pantalón largo de pijama en seda azul marino y una camiseta blanca de cuello de pico, que dejaba ver el suave vello que cubría su pecho y el moreno de su piel, leía absorto.

Sus pies descalzos, largos y finos, al igual que sus manos, junto a su cuerpo y su postura equilibrada, le otorgaban esa elegancia esbelta, tan propia y exótica del pueblo árabe, que lo hacían tan atractivo.

Me miró y sonrió agradecido de verme allí.

Me acerqué al ventanal y perdí mi vista desde el mar hasta los enormes edificios.

—Tu ciudad me produce efectos contradictorios —dije algo abstraída—. Al igual que tú —le confesé.

No dijo nada, tampoco se movió y esperó a que yo continuase.

—Por un lado, nadie, te lo puedo asegurar, ha sentido tanta admiración por mi trabajo como tú lo haces. Las maquetas de todos mis diseños son uno de los mayores regalos que he recibido en mi vida. El hecho de querer que yo firme un proyecto como el que me propusiste, no solo me emociona, sino que me da la oportunidad de destacar en este mundo tan complicado, en el que ya había aceptado ser una más de tantos y que solo fuese algo con lo que ganarme la vida. Me has devuelto la pasión y las ganas, al ofrecerme la posibilidad de demostrar lo que soy capaz de crear.

»Pero, por otra parte, es un caramelo envenenado. Tú no eres libre de tomar las decisiones, en cuanto a lo que el edificio se refiere, y puede que en muchos más aspectos de tu vida. Hoy he entendido que no soy quién para juzgar, lo que no impide que lo comparta. Al principio, creí que eras un insulso, un tipo sin agallas que no tenía lo necesario para enfrentarse a su padre. Sin embargo, he comprendido que debes de tener una pesada batalla interior entre lo que quieres y lo que debes.

De repente lo vi todo claro y tomé una decisión.

—No voy a necesitar a ningún abogado, siempre que respetes lo que voy a proponerte —le dije con determinación.

Me giré y pude ver que seguía sentado mirándome. Me acerqué y me acomodé a su lado. Necesitaba ver en sus ojos que cumpliría con lo que iba a pedirle.

—He decidido el edificio que considero más idóneo para el espacio, es el que gira sobre sí mismo en espiral. Quiero que se lleve adelante el proyecto con mi estudio de Nueva York bajo la dirección de mi amigo y compañero Peter Miller. Sé que no tendrá problemas en aceptar y podrá contactar conmigo siempre que lo necesite. Apareceré, junto a él, como la arquitecta, a todos los efectos. Aceptaré una indemnización, con la que no dudo, serás generoso, para rescindir mis servicios... y dejaré Dubái.

Sahib me miraba con una intensidad que a punto estuve de bajar la vista, pero logré mantener mis ojos sobre los suyos.

—No quiero que te vayas.

—Es lo mejor. No tengo ganas de empezar una guerra que sé que no voy a ganar. Además, a mí aquí no se me ha perdido nada.

—¿Y qué hay de mí?

—No te conozco..., Sahib.

—Conóceme. — Suplicó.

Tomó mi cara entre sus manos y supe que me iba a besar.

Capítulo 16

Sahib

Mis labios buscaron los suyos aferrándose a su boca con necesidad. La suavidad del primer contacto enseguida se tornó en una urgencia por transmitirle lo que me hacía sentir y me dejé arrastrar por la pasión. De jugar suavemente con mi lengua acariciando la suya, pasé a explorar cada rincón de su boca con ansia. El roce, pausado y rítmico, de nuestros labios desembocó en un apasionado mordisco que me hizo atrapar su labio inferior, antes de separarme y mirarla.

—Te deseo tanto...—Exhalé. —Te deseo desde el primer instante en que te vi —dije apoyando mi frente sobre la suya y sin soltar su cara de entre mis manos—. No puedo contenerlo, no sé explicarlo...

—El deseo no se explica, se siente —dijo Lorena seductora antes de volver a poner sus sensuales labios sobre los míos.

Para mi fascinación, ella era la que buscaba mi boca y mi lengua sin tregua, e hizo cada beso más profundo, más intenso, más sexual.

—Si seguimos así, no voy a poder parar —me lamenté al separarme de su boca.

—Yo no te he pedido que pares..., es más, no quiero que lo hagas —susurró en mi oído.

No hizo falta nada más. La coloqué sobre mí para poder sentir su cuerpo sobre el mío y nos deshicimos de la ropa con avidez. El roce de su piel, al contacto con la mía, despertaba mis sentidos provocando sensaciones nuevas para mí. Con ella cada gesto, cada beso, cada caricia... adquiría un sentido diferente.

Me dejé arrastrar por la pasión y poco a poco recorrí todos los rincones de su cuerpo que ella me ofrecía. Me recreé en cada uno de ellos. Su boca, donde saboreé y me bebí sus labios carnosos, esos que tanto había deseado, mordiéndolos, atrapándolos con los míos para encontrarme una y otra vez con su lengua en una danza frenética y sin tregua. Su cuello, donde aspiré su dulce aroma a vainilla que envolvió mi camino hasta sus senos, llenos, redondos y perfectos. Su ombligo, antesala de su sexo, que besé jugando con mis labios; que sorbí, soplé y exploré para sentir cómo se estremecía.

Tuve que atrapar sus manos. Las entrelacé y las coloqué sobre su cabeza alejándolas; si seguía sintiendo sus caricias que volaban sobre mi cuerpo, no me iba a poder contener. Quería prolongar ese momento y a la vez detener el tiempo. Luchaba por quedarme así, con ella bajo mi peso y saborear su piel, pero no podía más, necesitaba estar dentro de ella, ya.

—Tengo que ir a por un preservativo —dije casi sin aliento.

—No te muevas —susurró en mi oído antes de atrapar el lóbulo de mi oreja con su boca.

Buscó mi mirada y sonrió enigmática. Sus labios bajaron por mi cuello en un deleite tortuoso que aceleraba aún más el latido de mi corazón. Acarició mi pecho y descendió por mi estómago hasta alcanzar su objetivo. Sentir su boca dándome placer era mucho más de lo que había podido imaginar, tanto que creí morir de deseo y excitación, antes de dejarme ir, y alcanzar el mayor orgasmo de mi vida.

Quedamos exhaustos sobre el sofá, al tiempo que el atardecer llenaba de penumbras la habitación. Después de explorarnos y desahogarnos, habíamos hecho el amor con pausa, a un ritmo lento y profundo, en el que no dejamos de mirarnos con intensidad. Quise demostrarle lo

que significaba para mí, lo que me hacía sentir, lo que yo veía en ella y la estreché con fuerzas queriendo retenerla conmigo.

Aún la tenía abrazada, envolviendo con mi cuerpo el suyo, cuando a lo lejos los edificios se fueron iluminando poco a poco y el silencio lo llenó todo.

—Será mejor que me marche —dijo Lorena rompiendo la magia.

—No tienes por qué irte. Quédate conmigo.

—Es mejor así, no debemos complicarlo.

—No me importa complicarme la vida, si es contigo, Lorena.

—Sahib..., ¿en serio? Si tu padre no te deja contratar a una arquitecta, ¿crees que va a tolerar que tengas una relación, sea del tipo que sea, con una católica, aunque sea una no practicante? —preguntó sin rodeos.

Resoplé impotente, mientras ella abandonaba el sofá y empezaba a buscar su ropa, desperdigada por el suelo. Solo había tenido que mencionar a mi padre para devolverme a la realidad. Mi realidad, aquella que estaba atravesada por cumplir sus expectativas.

La vi ponerse cada una de las prendas, atusarse el pelo y abrocharse las sandalias, sin conseguir hallar alguna forma de retenerla.

—Lorena, espera...

—No, Sahib —me interrumpió—. El lunes pasaré para rematar un par de cosas, antes de dejar el proyecto en manos de Peter. Llamaré al estudio de Nueva York en cuanto llegue a casa y espero que no tarde en incorporarse. Por lo demás... solo nos queda firmar el acuerdo de disolución del contrato y... el cheque.

—¿Puedo verte mañana? —Me negaba a aceptar que esto se acabara aquí, y menos de ese modo tan frío, después de lo que acabábamos de vivir.

—Tengo varias excursiones previstas con mi hermana para el fin de semana.

—Podría acompañaros... —Insistí.

—Vamos a dejarlo aquí, Sahib... El lunes nos despediremos y cada uno seguirá con su vida. Es lo mejor. —Sonrió, se encogió de hombros y se fue sin darme opción a plantearle nada.

Esto no podía terminar así.

Capítulo 17

Lorena

Pasamos el sábado como dos turistas más visitando el desierto. Nunca había paseado entre las inmensas dunas a bordo de un 4X4 haciendo *dunebashing*. Fue emocionante ascender y descender los gigantescos montículos arenosos. Me permitió gritar a todo pulmón y aliviar parte del estrés y la inquietud que se habían instalado en mí después de pasar la tarde con Sahib.

Mi juventud algo libertina y la multiculturalidad de Londres me habían ofrecido un abanico muy diverso de hombres, pero no recordaba a ninguno con el fuego de Sahib ni tampoco experimentar tanta conexión. Si bien, era cierto que de eso hacía muchos años, y mis últimos tiempos con David tampoco eran los mejores para entablar una comparación adecuada. Aun así, no podía negar que él había sido capaz de hacerme sentir algo muy distinto. No comprendía cómo me transmitía tanta fuerza y seguridad cuando después no era capaz de enfrentarse a su padre. Mi mente occidental no lo comprendía. Me confundía y atraía a la vez.

La excursión se completaba con un paseo en camello o quad. Opté por lo segundo, ya que me parecía más seguro que estar sobre un animal con voluntad propia y que, además, tenía fama de morder. Marta decidió ir en el coche hacia el campamento, donde más tarde disfrutaríamos de la puesta de sol y de una cena amenizada con espectáculos de fuego, danza del vientre y el baile *Tanoura*, ese en el que un bailarín ataviado con una larga falda de vuelo gira sobre sí mismo hasta entrar en trance.

De repente, en mi mente apareció con claridad el nombre que debería llevar mi edificio: *Tanoura Building* y necesité compartirlo de inmediato con Sahib. Paré la moto un segundo y cogí mi móvil, que por suerte tenía cobertura.

[Tengo otra condición.]

Apenas tardó en responder.

[Buenas tardes, tú dirás.]

[Quiero que el edificio se llame *Tanoura Building*.]

[Me parece muy apropiado, no solo porque define su estética, sino también porque homenajea a nuestra cultura. Muy bien elegido. Eres sorprendente, Lorena.]

Me asombré al desear habérselo dicho en persona y oír de sus labios que yo era sorprendente. Sin pensar, tomé una foto del desierto con el móvil y se la envié, junto a un breve comentario:

[He descubierto el desierto y me encanta. Te dejo, que voy a perder a mi grupo.]

[¿Qué estás haciendo?]

Le di la vuelta al objetivo de la cámara, amplié el *zoom*, alcé mi brazo y me tomé un selfi donde se me veía con el casco y las protecciones sobre el quad.

[De excursión con un grupo surfeando dunas.]

[Estás preciosa. El desierto te favorece. Deberías dejarme que yo te lo enseñase antes de irte, pero ahora adiós, que no quiero que te pierdas.]

[Por cierto, Peter ha aceptado. Llega el lunes.]

[Perfecto. Será mejor que no te entretengas, no me perdonaría que te pasara algo.]

Percibir, a través de ese simple mensaje, su cariño y su preocupación hizo que se removiese algo dentro de mí, pero no me permití pensarlo. Puse de nuevo en marcha la moto y giré el puño al máximo. Sentir la fuerza del motor y la velocidad me reconectaron con esa parte de mí a la que le gustaban las emociones fuertes. Disfruté de la experiencia con intensidad, ya que presentí que era una despedida de esa Lorena alocada e impulsiva a la que quería dejar atrás en pos de la serenidad y la estabilidad, a las puertas del comienzo de la madurez.

∞∞∞∞

El domingo decidimos pasarlo descansando en la playa tras el ajetreo del día anterior. A Marta le dolía algo la espalda de los saltos del 4X4.

—Al parecer, en algunas cosas se ve que eres mayor que yo —le dije para picarla desde la tumbona contigua a la suya.

—No, la verdad es que lo soy, pero verse no se ve, aunque sí se siente—dijo tras emitir un quejido mientras se movía para alcanzar su té helado.

—¡Menos mal! —reí divertida.

—¿No estás tú de muy buen humor para haber cedido y dejado el proyecto en manos de Peter?

—Es que... tenías razón...

—¡Perdona! ¿Me estás dando la razón? ¿Estás enferma? —preguntó abriendo los ojos incrédula.

—Solo he entendido que era lo mejor.

—Ahora en serio, ¿estás segura?

—Creo que sí. Tuve una conversación que me ayudó a esclarecer mis ideas con el amigo de James, el jeque, ese del que no te quiere decir el nombre, porque no te lo ha dicho, ¿verdad?

—¡Qué va! No se puede ser más formal que un caballero británico y su palabra —dijo con admiración de su marido.

—Hermana, ¿cuándo se te va a pasar el cuelgue?

—Me gustaría que nunca —dijo sonriendo alegre.

—Eres todo un caso. —La dejé por imposible.

—¿No aspiras a encontrar de nuevo el amor, Lorena?

—No creo que pueda enamorarme de ese modo... Yo nunca he sentido eso que veo en ti... De momento, a lo que aspiro es a firmar el lunes y que el cheque sea lo suficientemente sustancial para empezar de nuevo, después ya habrá tiempo para pensar en el amor.

—¿Dónde has pensado instalarte? —preguntó Marta.

—Creo que voy a probar suerte en Marbella.

—¡Mamá y papá se van a volver locos! —exclamó.

—Espero que de alegría —dije.

—De eso, seguro que también. —Rio.

—Hablando de alegría ¿Viene al final Fran? —pregunté.

—Dice que no se lo pierde por nada. Llega el miércoles. Creo que vamos a cerrar tu etapa en

Dubái por todo lo alto, hermana —dijo Marta divertida.

Capítulo 18

Sahib

Había pasado todo el fin de semana evitándome, y ese domingo, en cuanto llegué de trabajar, fui a buscarla. Aunque habíamos hablado sobre lo que vio el día que besaba a Lorena, seguía distante conmigo.

La encontré en el jardín cogiendo jazmines, con los que luego hacía moñas de olor y, si encontraba ramas a propósito, biznagas, como las de su tierra.

—*As-Salam Alaikum* —la saludé.

—*Wa-Alaikum-as-Salam* —respondió.

—Te he echado de menos estas últimas noches. ¿Cómo estás?

—Cansada —respondió a media voz y me preocupé.

—Vamos a sentarnos —dije al tomar con cariño una de sus manos y guiarla hasta el juego de sofás bajo el porche.

Los tenues focos, las luces de la piscina y, al fondo, el reflejo de la noche de Dubái que se colaba entre las hojas de las palmeras, iluminaban el jardín. Los aromas, a jazmín y a dama de noche, perfumaban el ambiente, movidos por un suave viento que refrescaba el aire y que trajo el sonido de la llamada a la oración, procedente de una de las dos mezquitas que había en la isla.

—No te veo rezar —me reprochó.

—Hablo con Alá... a mi manera.

—¿Qué lío te hemos hecho entre todos! ¿Verdad? —Se lamentó.

—Eso ahora no importa. Dime ¿qué te notas? ¿De qué es ese cansancio?

—Del alma —dijo tras soltar su mano de entre las mías para llevársela al pecho.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté con un deje de desesperación.

—¿Qué estás dispuesto a hacer?

—No te entiendo —contesté confundido—. Sabes que por ti... lo que me pidas.

—Deja de verla —dijo seria.

—¿A Lorena? ¿Por qué? —me apresuré a preguntarle.

—Espera, no había terminado de hablar... Deja de verla o deja esta vida. Olvídate de la empresa, de Dubái, de tu padre, de tus hermanos, de tus obligaciones, y hasta de mí.

—¿De ti?

—Tienes que decidir, querido Sahib —me interrumpió y yo la dejé seguir sin objetar nada—. No puedes seguir viviendo entre dos mundos, tan distintos e incompatibles, sin transgredir las reglas de cualquiera de ellos. No se puede sin sufrir. Te lo digo por propia experiencia. —Una sonrisa triste cruzó su hermoso rostro—. Yo en su día tuve que elegir, bien lo sabes. Y no me arrepiento porque conocí el amor, ya que me llevó hasta ti... — Ahora eran sus delicadas manos las que estrechaban las mías con ternura.

Justo en ese instante, uno de mis teléfonos vibró y se iluminó sobre la mesa.

—Míralo, puede ser importante o... puede ser ella. —Lo cogió y me lo pasó—. Piensa en lo que te he dicho. Me retiro a descansar.

»*Ma'assalamah* —susurró despidiéndose, tras levantarse y darme un dulce beso.

Durante unos minutos, dejé reposar mi cabeza sobre el respaldo del sofá y masajee mi

frente con una de mis manos para liberar parte de la tensión. Entre la preocupación que sentía por *ella* y todo lo que me hacía sentir Lorena estaba muy confuso. El móvil volvió a vibrar.

Era Lorena.

[Hola, jeque. Me gustaría invitarte a cenar esta noche para darte las gracias y despedirme. La semana próxima dejo Dubái. Al final, el proyecto lo llevará un compañero y ya no necesitaré ningún abogado.]

Como no había respondido al primero, añadió:

[Puede que sea muy apresurado, tendría que haber avisado con anticipación. Trataré de llamarte antes de marcharme.]

[Buenas noches, la verdad es que un poco precipitado sí que es, y mañana trabajo. Aun así, ¿qué tenías pensado?]

[Esperaba que tú propusieses el plan.]

¿Qué demonios estaba haciendo? Necesitaba pensar. Ganar tiempo. Pero ¿quería que ella supiese que el jeque y yo éramos la misma persona? Se iba a marchar en unos días, dudaba si saberlo la enfurecería y no podría disfrutar de unos últimos momentos juntos o, por el contrario, si veía que yo había estado a su lado desde el principio, conseguiría que me diese una oportunidad y no dejara Dubái.

[¿Podríamos dejarlo para mañana?]

[Claro, sin problema.]

[Mañana te digo la hora y el sitio.]

Cogí mi otro teléfono, el que usaba como Sahib, y le escribí:

[Buenas noches, Lorena. He tenido un día muy complicado y no tengo listo ni el documento ni el cheque. ¿Podrías venir el martes? Lamento el retraso y espero que me disculpes.]

[No hay problema. Mañana llega Peter. Le ayudaré a instalarse y pasaremos por tu casa para que se familiarice con el proyecto. Sería bueno que te acercaras para presentártelo.]

[Es mejor que pase por mis oficinas, así mi padre ya sabrá que el arquitecto de Nueva York está aquí, y le haré saber que su ayudante deja el país, que solo estabas hasta que él llegara.]

[Como prefieras.]

[¿Estás molesta?]

[No, sorprendida de tu capacidad de mover los hilos para contentar a tu padre.]

[Más bien, para que me deje vivir.]

[Ya sabes lo que opino de eso.]

No tenía ni fuerzas ni ganas de volver al tema de mi padre y menos después de la conversación que había tenido con él esa mañana. Por fin lo había llamado para comunicarle en firme mi elección del estudio para llevar a cabo el nuevo edificio de oficinas. Me había costado mucho superar sus reticencias ante el hecho de que fuese una empresa americana y no dubaití — sentía cierta animadversión a todo aquello que rezumase aires occidentales—, pero el prestigio del estudio y que ya hubiese llevado a cabo proyectos de esta envergadura en otras partes del

mundo, más su capacidad para atraer premios de talla internacional, ayudaron a que aceptase.

[Gracias por todo. De nuevo disculpa el retraso.]

[Disculpas aceptadas. Nos vemos el martes.]

[Hasta entonces.]

En verdad había sido un día muy largo. Necesitaba descansar para preparar bien mi estrategia. Había cerrado un juego a dos manos, una como el jeque y otra como Sahib. Esperaba salir victorioso en alguna de ellas. Puse los marcadores de nuevo a cero.

Capítulo 19

Lorena

Recogí a Peter en el aeropuerto y aproveché para comprar los pasajes de vuelta a España. En unos días dejaría Dubái para emprender, otra vez, un nuevo rumbo que esperaba me diese la estabilidad que necesitaba. Quería buscar mi espacio, mi lugar, por mí misma, no arrastrada por una relación de pareja. Si de nuevo aparecía alguien, quería tener mi vida hecha y que esa persona estuviese en sintonía con lo que yo había decidido.

Acerqué a Peter a su hotel para que dejase su equipaje y se refrescara tras el viaje. Había insistido en que nosotras permaneciéramos en el piso de la empresa hasta que nos fuésemos. Le agradecí el gesto, ya que era más fácil de ese modo, sobre todo, teniendo en cuenta que habíamos planificado que Fran, el amigo de mi hermana que llegaba en un par de días, se quedara con nosotras durante su visita. En cuanto nos marchásemos estaría a su disposición para el largo período que tendría que pasar en Dubái. No pude evitar sentir una punzada de rabia al pensarlo, era mi proyecto y yo no lo vería convertirse en realidad. Sin embargo, la decisión ya estaba tomada y no era momento de lamentarse.

Peter había insistido en que subiese con él a la habitación de su hotel. Le había elegido el Vida Dubai Marina & Yacht Club, que estaba cerca del apartamento. No era de los más espectaculares de la ciudad, pero como todo en Dubái, lo normal se acercaba a lo extraordinario en cualquier lugar del planeta.

Estaba contemplando los barcos y perdí mi vista en la típica embarcación turística que recorría toda la Marina hasta desembocar en el mar. El mes de octubre era de los mejores para visitar la ciudad, ya que las temperaturas no eran tan altas, pero sí lo suficiente para disfrutar del sol y la playa, y se notaba en la afluencia de visitantes que, por su aspecto, no podían negar que eran turistas.

Volví a pensar en los pocos dubaitíes que recorrían los paseos, los *beach clubs*, los restaurantes o los centros comerciales, dando la impresión de que ellos eran algo exótico en su propia tierra. Entre el número de expatriados y de turistas, no dejaban de ser una minoría, no por ello menos influyente, ya que, aunque no se viese su presencia, se sentía su poder. Había algo en la ciudad que te gritaba que era de ellos, que tú solo estabas allí de paso.

Oí ruidos en la habitación y pude ver a través del cristal de la terraza que Peter salía del baño. Llevaba una toalla rodeándole la cintura y de su pelo mojado caían gotas que empapaban su torso. Era muy atractivo. Un tipo alto, delgado, pero fibroso, gracias a su afición a las maratones, que entraba de muy buen ver en la cincuentena. Para mi asombro, se quitó la toalla allí mismo y pude contemplar uno de los mejores culos que había visto en mi vida. Rápidamente, devolví mi mirada a la Marina y a los barcos.

—Ya estoy listo —dijo a los pocos minutos al entrar en la terraza.

—¿Qué te parece el hotel?

—Está perfecto, no te preocupes más por eso, ya me instalaré cuando te marches —contestó para tranquilizarme porque me conocía lo suficiente para saber que estaba apurada.

—¿Podemos ir dejando algunas de tus cosas allí? —Insistí.

Había respondido de forma inmediata a mi petición y no había puesto ningún tipo de

cortapisas a dejarlo todo y venirse a Dubái, lo menos que podía hacer era facilitarle su aterrizaje en esa ciudad.

—Déjalo ya, Lorena. Fin del tema.

—Gracias por tu ayuda.

—No, gracias a ti por pensar en mí para llevar a cabo tu diseño.

—Si va a hacerse realidad es porque me animaste a mandar mis dibujos al estudio y estaban allí cuando Sahib los vio, así que eres parte de este logro.

—Lo vamos a hacer genial, porque aun en la distancia, te haré partícipe de todo y espero contar con tu talento.

Sonreí porque, a pesar de que no estuviese presente, se gestaría mi creación y esperaba que fuese un éxito del que pudiese obtener la recompensa de tantos años de sacrificios y esfuerzos.

Tras pasar el resto de la mañana y las horas del mediodía en casa de Sahib, una vez puse al día a Peter, él se fue a las oficinas, donde sí tendría un despacho, al que se enviaría todo el material que habíamos clasificado y preparado entre los dos, y yo me fui a casa a arreglarme para mi cita con el jeque. Me había escrito pidiéndome mi dirección y un coche pasaría a recogerme a las cinco.

Me decidí por un suave y fino vestido largo de tirantes a juego con un guardapolvo en un tono ambarino que hacía resaltar el marrón de mis ojos. Me esmeré en arreglar mi melena y en maquillarme. Y una vez subida en unas altas sandalias doradas me di el visto bueno. Quería estar guapa para el amigo misterioso de James, que tan amable había sido ayudándome y que había despertado mi curiosidad, y la de Marta, quien se quedaba en casa descansando del fin de semana.

—¿No vas tú demasiado guapa? —preguntó curiosa al verme salir de mi habitación.

—¡Nunca se sabe, hermana! —contesté divertida—. Además, tiene algo en su voz, no sé cómo explicártelo... Es atrayente.

—¡Eres todo un caso! —Rio—. Anda, pásalo bien, pero procura ser buena... —No podía evitar ser la hermana mayor.



Dentro de un enorme y lujoso todoterreno negro iba dejando atrás Dubái al filo del atardecer. En unos minutos habíamos salido de la ciudad y nos adentrábamos en el desierto. No dejaba de fascinarme cómo habían conectado toda esa enorme urbe. Una serie laberíntica de autovías te llevaban en minutos de un extremo a otro, a pesar de las distancias, y gracias a que los semáforos eran raras avis que se circunscribían a contados espacios.

Salimos de la carretera y el todoterreno se adentró con agilidad entre las dunas del desierto. De nuevo, me vi sobrecogida por la inmensidad que se mostraba ante mí a través de las ventanillas del coche. El impactante paisaje se perdía a lo lejos sin nada que alterase el cálido mar de arena.

Tras unos kilómetros el vehículo se paró y esperé, sin saber si habíamos llegado, pues no veía más que desierto por ambos lados al estar aislada en la parte trasera por un cristal tintado que me separaba del conductor.

El chofer me abrió la puerta y me ayudó a bajar. Una vez que descendí del coche, contemplé fascinada un pasillo creado con velas sobre la arena que llevaba hasta una jaima beduina, iluminada con antorchas y faroles, decorada con telas bordadas y tapices, generando una

atmósfera de las mil y una noches.

A un lado de la tienda, en pie, sobre unas alfombras extendidas al aire libre en la arena y llenas de almohadones, esperaba el jeque, que en ese instante contemplaba la puesta de sol que comenzaba a divisarse sobre las dunas.

Oí, cómo el coche se marchaba, me quité las sandalias y comencé a andar hacia él. Se volvió y no dejó de mirarme mientras me acercaba. Era alto y esbelto. Ataviado con ropas tradicionales, una túnica blanca hasta los pies y un pañuelo enrollado sobre su cabeza, que cubría parte de su rostro y dejaba solo al descubierto sus ojos, le conferían un aire exótico y atrayente. Su imagen, unida al entorno natural y al que se había creado, con todo lujo de detalles, daban al conjunto una imagen irreal, casi sacada de un cuento.

—Bienvenida —dijo en español tras una leve inclinación de cabeza.

Al alzarla me detuve en sus ojos que era lo único que tenía al descubierto. Lo miré durante unos instantes sopesando lo que había sentido ante ese primer contacto. Pero... esa mirada verde, esas pestañas, esa voz... Todo me hacía sentir que... Tenía que salir de dudas, e iba a hacerlo ya.

Sin que él lo esperara, ni mediar palabra, llevé mi mano hacia el turbante y le quité la parte que cubría su rostro.

Capítulo 20

Sahib

Tenía sus ojos clavados en los míos sin decir nada. Había previsto su rabia cuando descubriera mi juego, y me había preparado para ello, si bien no estaba listo para lo que ocurrió.

—Encantada de conocerte, al fin. —La escuché decir atónito, justo cuando alzaba su mano para saludarme. La cogí y la besé sin dejar de mirarla.

—El placer es mío. —Le seguí el juego—. He pensado que podíamos contemplar el ocaso antes de cenar. ¿Quieres algo de beber?

—Luego, *Jeque*.

Se tumbó sobre la alfombra y se acomodó con varios cojines, en una posición que la dejaba frente al sol, del que casi no quedaba nada en el horizonte.

Me recosté a su lado y permanecemos en silencio hasta que el astro rey desapareció. Los naranjas y rojos dieron paso a los violetas y azules, que en unos minutos serían engullidos por la inmensidad negra del desierto, que no tardaría en cuajarse de estrellas. Un suave viento fresco nos envolvió e hizo crepitar el fuego de las antorchas que nos iluminaban.

—Ha sido precioso —dijo en un susurro leve.

—No más que tú, Lorena.

La contemplé maravillado de tenerla allí conmigo. No quería hacer nada que enturbiara la magia que se había creado en ese instante. Nervioso e inseguro, como no recordaba estar en presencia de ninguna otra mujer, me atreví a acariciar su mejilla y colocar un mechón de su pelo tras la oreja, para despejar su hermoso rostro.

—¿Tienes hambre?

—Muchísima. He tenido un día agotador y apenas he comido nada, pero ya he dejado todo en manos de mi compañero que será quien me sustituya en el proyecto. Con él, Sahib, no tendrá problemas —sonrió con cierta ironía y jugueteó bajando y subiendo las cejas.

—Tengo todo listo en la tienda, aunque si quieres puedo acercarlo aquí.

—No, no es necesario, si ya está preparado vamos dentro, luego podemos volver a salir, ¿no?

—Por supuesto, será todo como tú quieras, Lorena —dije mientras me levantaba y le ofrecía mi mano para ayudarla.

Ella la agarró y, sin soltarla, la gué a través del pasillo de alfombras hasta el interior de la jaima. Dentro nos esperaba una succulenta cena sobre una mesa baja compuesta de platos típicos.

—Espero que sea de tu agrado. Me he tomado la libertad de traer vino blanco. —Miré hacia un par de botellas, que aguardaban en una cubitera con hielo, idénticas a aquella que ella dejó en mi casa.

—¿Cómo lo has sabido? Ese vino es uno de mis favoritos —sonrió maliciosa—, y soy de buen comer..., me gusta *todo*.

Tuve que contener la risa ante su descaro. Estaba claro que pensaba seguir con el juego y yo estaba tan emocionado de tenerla allí y poder disfrutar de su compañía, que no iba a negárselo.

Nos sentamos y tras servirle el vino, le expliqué el menú compuesto de *Fattoush*, una

ensalada de hojas y verduras, *Khuzi*, cordero con arroz y frutos secos muy especiado y, para endulzarnos, dátiles y las famosas tortitas de cardamomo, *Chebad*, acompañadas de queso y miel.

—No sabía que Sahib te hacía trabajar sin descanso para comer. ¡Veremos si es suficiente!

—Seguro, *Jeque*. Todo tiene un aspecto delicioso y huele a las mil maravillas.

Comenzamos a comer sin dejar de mirarnos. Estaba aún más hermosa a la luz de las velas, que a pesar de iluminarla de forma tenue, hacían que brillara su pelo, sus ojos y su piel, que había dejado expuesta tras quitarse una especie de chaqueta fina y larga. Sus hombros, su escote y sus brazos lucían en todo su esplendor gracias a un vestido con unos tirantes tan finos que supuse rompería cuando tratase de quitárselo.

—Bueno, cuéntame, ¿qué planes tienes cuando dejes Dubái? Porque entiendo que al dejar de trabajar para los Alquasimi no tienes intención de quedarte —le pregunté para dejar de seguir imaginando lo que deseaba hacerle.

—Quiero volver a casa. Necesito volver a estar en mi tierra con los míos.

—¿Te sientes perdida? —le pregunté al notar una cierta desolación en su voz.

—Podría decirse... ¿No te pasa a ti algo similar? Sé, por mi cuñado James, que estudiaste en Suiza y después en Inglaterra, ¿no te parece que cuando vives en varios países ya no perteneces a ningún sitio?

—Trato de aferrarme a las personas más que a los lugares. —Me miró sorprendida ante mi respuesta.

—¿Es por eso por lo que Sahib se empeña en agradar a su padre? ¿Para sentir que forma parte de esta cultura, de esta tierra?

—Es muy probable —dije tratando de asimilar lo que acababa de decir—, pero eso se lo tendrías que preguntar mejor a Sahib —contesté retomando el juego que por nada, y menos por mi padre, iba a permitir que se estropeará.

La vi sonreír y llevarse un dátil a la boca. Jugó con él en sus labios al tiempo que no dejaba de mirarme.

Pensé que podría perderme en sus ojos y navegar por ellos sin cansarme, siempre que brillaran como lo hacían en ese momento. Sus pupilas dilatadas me decían que me deseaba.

Podría beberme su boca y no morir de sed, siempre que ella no me negara los besos de sus labios. Su forma de humedecerlos y como se mordía el labio inferior me gritaban que ella ansiaba lo mismo que yo.

Podría hundirme en su cuerpo y perderme sin retorno, si ella me abrazaba como yo anhelaba sentirla, al hacerla mía otra vez.

—¿Estamos solos, verdad? —preguntó.

—Sí —contesté con la esperanza de que significara que todas las señales que percibía iban a hacerse realidad.

—¿Vamos fuera?

De nuevo le ofrecí mi mano que ella tomó y no soltó. Caminamos juntos hasta pararnos sobre la zona alfombrada frente al desierto.

—Es muy hermoso —dijo Lorena al contemplar la inmensidad de la arena bajo las estrellas.

—No más que tú —susurré en su oído abrazándola desde atrás.

Ella dejó caer su peso sobre mi pecho y colocó su cabeza en el hueco de mi cuello. Su aroma a vainilla me envolvió y mis manos la ayudaron a girarse y colocarla frente a mí.

—Lorena, yo... —No sabía qué decirle, solo que necesitaba sentirla y apoyé mi frente sobre la suya al tiempo que la atraía hacia mí.

Tras unos segundos ella se apartó lo suficiente para mirarme antes de decir con ese descaro que me seducía:

—Creo que no te he dado las gracias como te mereces, *Jeque*.

Colocó sus labios sobre los míos y supe que estaba en sus manos.

∞∞∞∞

Desperté el martes sin poder asimilar todo lo que había ocurrido la noche anterior. Una en la que había pasado la mayor parte de la velada haciendo el amor a Lorena sobre la alfombra y bajo la luna del desierto. Nos habíamos dedicado a explorarnos, a acariciarnos, a sentirnos. No hubo preguntas ni reproches, solo deseo, pasión y, por mi parte, amor. Porque aquello que sentía era, sin lugar a dudas, amor.

Necesitaba aclarar la situación con Lorena. Había tratado de hacerlo, sin éxito, en varias ocasiones de regreso a la ciudad. En cada uno de esos intentos su respuesta fue siempre la misma: «no hace falta». Y no conseguí entender si es que me comprendía y me perdonaba, o lo más difícil de asimilar, que no necesitara ningún tipo de explicación, porque era muy posible que no sintiera lo mismo que yo, que me había enamorado perdidamente de ella.

Empezaba a temer que se lo podía haber tomado como un juego divertido del que disfrutar. Un juego, que yo en su momento creí que controlaba con mi doble identidad, pero en el que ahora podía llegar a ser manipulado y, en el que, si así era, tenía muy pocas probabilidades de ganar.

El sonido de la entrada de un mensaje en el móvil me sacó de esos pensamientos. Mi padre me informaba de su presencia por mis oficinas para conocer al nuevo arquitecto y, con toda seguridad, para cerciorarse de que cualquier vínculo con Lorena estuviera liquidado.

Le escribí y le recordé nuestra cita para firmar el contrato y entregarle el cheque. Le pedía que se acercara antes de la hora acordada, ya que me había surgido una reunión imprevista con mi padre. Su respuesta no se hizo esperar.

[Buenos días, Sahib. No podré estar antes de las nueve y media de la mañana. Me acosté muy tarde anoche. Sigo teniendo las llaves, las dejaré en el mismo lugar de la entrada donde las recogí, de modo que no es necesario que me esperes. Déjame señalado dónde debo firmar y el cheque en la mesa de tu estudio.]

No daba crédito. Como si yo no supiese a la hora que la había dejado en su casa... Empecé a negar con la cabeza y sentí cierta desesperación. No me había entendido y me temía que no tenía la intención de hacerlo.

[Lorena, deberíamos hablar, ¿no crees?]

[No es necesario, ya está todo dicho, salvo que la indemnización sea escasa, cosa que no espero, no hay más que decir, ¿no te parece?]

[Tenemos que hablar de nosotros... de lo que vivimos anoche.]

[Creo que me confundes con otra, yo no estuve contigo anoche.]

No iba a ponérmelo fácil. Estaba claro. Si quería jugar íbamos a jugar.

[Tienes razón, me he debido de confundir, porque no pienso que la mujer con la que ayer pasé una de las mejores noches de mi vida sea de las que no afrontan sus actos.]

[¿Ves? Lo que yo decía. No te entretengo más, no hagas esperar a tu papá. Hasta siempre Sahib.]

Tiré el teléfono cabreado sobre la cama y no me digné a contestarle.

∞∞∞∞

Pasé la mañana muy ocupado, pero no lo suficiente para que mi mente no volviese, una y otra vez, a Lorena, sobre todo cuando mi padre alabó a Peter ante la maqueta del *Tanoura Building*. Estaba encantado, no solo con el diseño con el que podíamos competir con el mismo Museo del futuro, ganador del Tikla, sino también con la elección del nombre, que homenajeaba a la cultura árabe, del mismo modo que el museo lo hacía gracias a las inscripciones en nuestro idioma que recorrían toda su superficie.

Peter, pese a sus primeras reticencias, entendió que era mejor no otorgar ningún mérito a Lorena. Si queríamos que el proyecto llegara a su fin, era la única manera. Esa semana quedaríamos con los distintos ingenieros. Había que empezar a hablar de presupuestos con la constructora que dirigía mi hermano Nasim —por fortuna, con el que mejor relación tenía—, para establecer un período aproximado de la realización de la obra. Peter estimaba, al igual que yo había hecho, en unos cuatro años. Con mucha suerte, podríamos comenzar a principios del año entrante, 2023, y estaría finalizado para 2027, aunque mi padre quería que se ejecutara en tres años para hacer coincidir la inauguración con uno de los aniversarios de la empresa.

Hubiese sido maravilloso tener por allí, ya fuesen tres o cuatro años, a Lorena. En ese intervalo ella podría haberme conocido en realidad, le habría mostrado todo mi mundo, y habría tenido tiempo suficiente para enamorarla. Sin embargo, tenía solo hasta el domingo —Peter había comentado algo de que estaba en un hotel y que el domingo, con la marcha de Lorena, se instalaría en el piso que mi empresa le pagaba—, cuatro días por delante para poder hacer algo. ¿Pero, qué?

Capítulo 21

Lorena

El grito de mi hermana cuando se tiró en los brazos de Fran no parecía que saliese de ella, la siempre tan correcta y prudente Marta. Él desataba sus bajos instintos, y para mí, solo por hacer que se divirtiese como una gamberra, era digno de admiración.

Claro que, tan alto, guapo y con una sonrisa enigmática e irresistible, era muy complicado no encandilarse con él. De no ser por su falta de interés en el sexo opuesto, habría sido el hombre ideal para mi hermana tras su divorcio. Si bien, pensándolo mejor, hubiesen parecido los muñequitos de la tarta de la boda, de tan rubitos, blanquitos y perfectos que eran.

¡Qué repelús!

—¡Ay, mis hermanas guapetonas! ¡Qué ilusión! Cabalgamos juntos de nuevo. ¡Que tiemble Dubái! —gritó, cuando por fin mi hermana lo soltó, y nos abrazó a ambas.

—Echa el freno vaquero, que, aunque todo parece normal, no sé yo hasta qué punto no nos vigilan.

—Pero ¿qué dices? No le hagas ni caso a Lorena que, con los problemas que ha tenido en el trabajo, ve restricciones por todas partes; cuando lo único que le ha pasado es que ha dado con un misógino, uno de tantos, que por desgracia siguen existiendo, y no solo aquí, sino en todo el planeta.

—¿Ese asunto ha quedado zanjado, Lorena? —preguntó Fran.

—Tanto que el domingo por la mañana cogemos el vuelo de vuelta contigo a España.

—Pues entonces, tenemos que celebrar tu liberación y tu regreso a la patria, que además es el día de la Hispanidad. ¡Que empiece la fiesta!

—Y paga Lorena, que no veas cuantos ceros tiene el cheque de su indemnización.

—¡Ay, queridita, estas vacaciones prometen! —exclamó Fran con el apelativo que usaba para referirse a Marta.

∞∞∞∞

El día anterior, despedirme del estudio de Sahib y de su casa me costó más de lo que pensaba. Solo había estado allí unos días; aun así, habían sido muy intensos. Me paseé por el jardín y la playa. Me atreví a subir y acaricié el sofá donde, hacía apenas cuatro días, había tenido una de las mejores sesiones de sexo que recordaba. Ahora, tras la noche en el desierto, podía asegurar que aquella tarde no fue algo excepcional. Sahib era un amante experto, atento y dispuesto, que me había hecho disfrutar y con el que había sentido una conexión como con ningún otro hombre antes en mi vida.

Abrí varias puertas y decidí curiosear en su dormitorio. Una pared de cristal, similar a la del distribuidor, ocupaba todo un lateral, permitiendo ver el mar y Dubái desde la cama. Debía ser toda una experiencia amanecer allí.

Aún quedaban unos días antes de irme y no me importaría volver a despedirme de Sahib con esas vistas —sonreí al imaginármelo—. Al mirar con más detalle desde esa altura, descubrí

una especie de vivienda anexa en el jardín, en la que no había reparado con anterioridad porque casi quedaba oculta por la vegetación. Debía ser la casa de invitados. «Allí no faltaba nada», pensé.

Sobre una cómoda descansaban varias fotos antiguas. De entre ellas, resaltaba, por su tamaño y la riqueza del marco, la de una mujer ataviada con un elegante caftán bordado y cubierta con un niqab —que solo dejaba a la vista sus ojos—, sosteniendo a un bebé en brazos. También llamaron mi atención varias instantáneas en las que se podía ver a Sahib con distintas edades. En algunas de las imágenes aparecía acompañado por una mujer que no transmitía el porte y la clase de la de la primera foto, ya que vestía humildes abayas negras y únicamente se cubría el cabello con el hiyab. Una, algo menos antigua, dejaba ver a un orgulloso Sahib recién licenciado en Cambridge junto a un señor —que no era su padre—, donde el cariño y la admiración traspasaban la instantánea. A un lado, en ese mismo marco, descansaba la típica tira de cuatro fotos de los fotomatonés de la época, donde un joven Sahib hacía el ganso con otro chico, que, sin lugar a dudas, por el parecido con su hermano Michael, era George.

Me sentí mal por esa intromisión en su intimidad y bajé apresurada hasta el despacho para hacer, de una vez, lo que había ido a hacer allí.

Sobre la mesa estaba el contrato. Unas pegatinas de color amarillo indicaban dónde debía estampar mi firma. Lo leí por encima y firmé sin percatarme de la cantidad de la indemnización. Si era poca, siempre podía romper el contrato, pero, no sé por qué, sabía que Sahib sería generoso.

Y por supuesto que lo fue, tanto que, al abrir el sobre, sacar el cheque y ver la cantidad, tuve que empezar a abanicarme con él. Trataba de entender de dónde salía esa cifra, cuando un papel salió volando de dentro. Allí estaba el desglose que explicaba el origen de esa burrada de dinero, por lo menos para mí.

Sueldo mensual 30.000 AED —7.500 €
Por los 48 meses previstos del proyecto
 $7.500 \times 48 = 360.000 \text{ €}$
Pago por el diseño de *Tanoura Building* 500.000 €
 $360.000 + 500.000$
TOTAL 860.000 €

Sonreí, porque imaginaba que Sahib había intuido que yo necesitaría saber por qué cobraba esa cantidad. Yo había esperado la indemnización basándome en los meses que dejaba de trabajar y algo por mi diseño, con suerte, treinta mil euros o, a lo sumo, cincuenta mil. En cierto modo, él me había considerado como una arquitecta de prestigio. Era evidente que no era Norman Foster ni Santiago Calatrava. Tampoco mi obra podía compararse con las de ellos o las de, en su día, Zaha Hadid —que cobraban millones—. Sin embargo, había estimado que mi trabajo estaba a una altura muy superior a la de un arquitecto senior. Me había dado la categoría de artista.

Ese hombre me tenía desconcertada. Nunca antes alguien me había admirado de esa manera, y ya no solo por mi capacidad creativa. Había algo en su forma de mirarme, de tocarme... que me hacía sentir especial de un modo que no era capaz de entender.

—¿Queridita, dónde tiene la cabeza Lorena? —preguntó Fran a mi hermana.

—¡Lorena! —me llamó Marta sacándome de mis pensamientos.— Te ha preguntado si

quieres otra cerveza.

—Sí, claro, eso ni se pregunta, Fran —contesté sin conseguir dar el tono festivo que había querido transmitir.

Habíamos decidido pasar la tarde en la piscina infinita de Aura Skypool, la más alta del mundo, suspendida a 200 m en el aire. Ofrecía una visión panorámica del horizonte de Dubái, el golfo pérsico y de la isla Palm Jumeirah. Y fue al mirar hasta allí, donde traté de localizar su casa, su jardín y su playa, en el extremo de la primera hoja de la palmera, cuando mi mente había volado a lo ocurrido el día anterior.

—¿Estás bien? —me preguntó Marta cuando Fran fue a buscar las bebidas.

—¿No sabe que aquí viene el camarero a atendernos? —contesté con una pregunta para no tener que responderle.

—Claro que sí, pero quiere pasearse —dijo divertida entre risas.

—¡Será petardo! —Reí yo también al ver cómo flirteaba con descaro con un extranjero en la barra—. Voy a darme un baño, a ver si me espabilo y os cojo el ritmo—dije para alejarme y seguir sin contarle nada a mi hermana.

No quería saber su opinión sobre mis jaleos con Sahib y el jeque, de quien no le había revelado su verdadera identidad, que seguro no aprobaría.

Capítulo 22

Sahib

No tenía noticias de Lorena desde el cruce de mensajes del martes por la mañana, que terminó, unas horas después, con uno donde me agradecía mi generosidad al valorar su trabajo, al que yo respondí con un escueto: «gracias a ti».

En la empresa todo marchaba mejor que nunca. Al fin, mi padre estaba satisfecho con algo que yo había gestionado, aunque en lugar de disfrutar de ese momento, que tanto tiempo, esfuerzo y sacrificios me había costado, mi mente no paraba de pensar en qué hacer con respecto a Lorena.

Necesitaba hablar con alguien. Pensé en George, él era mi mejor amigo, a quien siempre había confiado mis intimidades, pero esta vez no podría aconsejarme. No se trataba de cualquier mujer, era Lorena, espontánea, descarada, intrigante, con carácter... imprevisible.

De repente, tuve claro quién podría darme algún consejo. El teléfono empezó a dar la señal y tono tras tono, pasaron los segundos y, cuando estaba a punto de colgar, la voz de un James soñoliento contestó.

—¿Hola?

—Perdona, James, te he despertado.

—¿Está todo bien? ¿Le ha pasado algo a Marta? ¿A Lorena? —preguntó angustiado.

—No, no, tranquilo. Ellas están bien, solo quería comentarte unas cosas. Te llamo más tarde, ahí son las seis de la mañana —dije descontando las tres horas de diferencia horaria—. Sigue durmiendo.

—No, ya es buena hora para empezar el día... Así que cuéntame, ¿qué te pasa?

—¿Cómo lograste entenderte con una mujer de una cultura tan distinta a la tuya?

—Pues no sabría decirte, y menos recién despertado. —Rio divertido.

Con certeza James había cambiado. Marta lo había transformado.

—De verdad, lo siento, te llamo luego.

—Sahib, no pasa nada, tranquilo. ¿Qué te ocurre? Puedes confiar en mi discreción.

—Creo que me he enamorado de Lorena —le solté sin rodeos.

El silencio se hizo al otro lado de la línea.

—¿Sigues ahí, James?

—Sí —respondió seguido de un largo suspiro.

—Necesitaba hablarlo con alguien, estás casado con su hermana, y pensé... No sé muy bien qué pensé... No sé qué hacer, ni siquiera si hacer algo.

—Verás, Sahib, son hermanas y, a pesar de que comparten los mismos valores y principios, no tienen nada que ver la una con la otra. Son muy diferentes.

—Sí, es cierto. Cené con Marta para negociar las condiciones laborales de Lorena...

—¿Tú? —Me interrumpió James confundido.

Tras confesar a James que, cuando pidió mi ayuda, no había sido sincero con el papel que tenía en aquella historia, y que había mantenido la doble identidad, hasta el momento del desierto, donde Lorena hizo como si no me conociera, este no supo qué decirme.

—No puedo aconsejarte con Lorena, Sahib. No me atrevo, en realidad.

—¿Qué harías en mi lugar?

—Mi cuñada no es una mujer fácil. Por lo que sé, ha roto varias veces con su anterior pareja, con la que llevaba muchos años, y siendo sincero yo...—Permaneció unos segundos en silencio, imaginé que sopesando sus palabras, hasta que me confesó—. Pienso que no sabe lo que quiere.

—O no lo ha encontrado —repliqué.

—Puede ser... Aun así, Sahib, volviendo a tu primera pregunta, sobre la diferencia cultural; al final, son más cosas las que nos unen que las que nos separan. Si nos centramos en lo que de verdad importa, el amor, el respeto, la comprensión, el apoyo mutuo..., sin olvidar la pasión, el deseo..., cuando hablamos de una relación de pareja, creo que, en esencia, todos los seres humanos buscamos lo mismo.

—Gracias, James.

—No he hecho nada.

—Sí has hecho. Además de escucharme, me has mostrado que no somos tan distintos. Aunque mi mundo no es el tuyo, eso puede cambiar...

—A pesar de que todo es posible, te deseo mucha suerte con Lorena, la vas a necesitar.

—Cuento con eso, forma parte de su encanto.

—Si tú lo dices —dijo con cierta ironía, ante lo que no pude más que empezar a reír—. Ahora en serio, cualquier cosa que necesites cuenta conmigo y mi discreción.

—Gracias y hasta pronto, James.

Colgué más animado, me centraría en el trabajo y por la tarde, que empezaba mi descanso semanal, pensaría cómo hacer para ver a Lorena. De hoy no pasaba que hablásemos.

Capítulo 23

Lorena

El jueves por la noche comenzaba la explosión del fin de semana dubaití. Así que, después de pasar la mañana en el *beach club* del hotel Atlantis, uno de los más famosos de Dubái, por coronar la isla de Palm Jumeirah y por el enorme acuario de su recepción, Fran había organizado una velada de diversión asegurada.

Nuestra primera parada era el restaurante mexicano Tulum. Desde su terraza se podía contemplar el espectáculo de las fuentes del lago Burj, ubicado en el entorno del Dubai Mall y a la sombra del edificio más emblemático de Dubái, el Burj Khalifa. Habíamos quedado allí con Peter y se uniría a nosotros para pasar juntos el fin de semana.

En cuanto los presenté, Fran y Peter conectaron de una forma tan brutal que, cuando Marta se excusó para hablar por teléfono con James, yo me levanté de la mesa y me aparté para contemplar el show de agua, luz y sonido, dándoles algo de intimidad. Apoyada en la baranda de la terraza, disfrutaba de una cerveza mexicana bien fría y ácida, gracias a la lima, y de la música y el juego de las fuentes desde las alturas, cuando Sahib se acomodó a mi lado.

—Buenas noches —dijo chocando su botella con la mía.

—Buenas noches —respondí aturdida ante su presencia.

—Peter me ha invitado a unirme, espero que no sea un problema —Sonrió con calidez.

Por un instante, me quedé atrapada en su mirada, donde el reflejo de las luces aumentaban los tonos verdosos de sus iris y la hacían más luminosa. Conseguí apartar mis ojos de los suyos para recorrer su cuello y el inicio de su pecho, que se perdía en una camisa blanca que se ajustaba a la perfección a sus hombros y que, al estar remangada, mostraba sus fuertes antebrazos dorados. Su tono de piel era precioso y el suave vello que la envolvía le daba una masculinidad atrayente. No podía seguir negando que era muy atractivo y además esa noche estaba condenadamente guapo.

—No, claro que no —dije tras recuperarme del impacto de verlo.

—Es que parece que te has... sorprendido.

—¿Estás bebiendo cerveza! ¿No está prohibido el alcohol en tu religión? —pregunté lo primero que se me pasó por la cabeza para que no notase mi turbación ante su presencia.

—No soy muy ortodoxo. Como ya sabes por James, estudié en Suiza y en Inglaterra, mi educación ha sido bastante occidental.

—No, no lo sabía. —Mentí.

—¿Por qué no mostramos nuestras cartas y hablamos con sinceridad? —me propuso con suavidad.

—¿Sinceridad? —pregunté con sarcasmo—. No me hagas reír, Sahib. ¿O esta noche eres el *jeque*?

—Soy los dos, pero puedo ser quien tú quieras —contestó seductor.

No supe qué responder ante su ofrecimiento. Acababa de dejarme desarmada ante el efecto que provocaba en mí. Alterada y confusa, solo fui capaz decir:

—Será mejor que vayamos con el resto, nos esperan.

Pude ver la decepción en su mirada cuando asintió antes de acompañarme hasta la mesa.



La cena fue deliciosa. Con toda probabilidad, el mejor mexicano donde había comido. Era lo que tenía Dubái, allí podías encontrar de lo bueno lo mejor, aunque la sensación de estar dentro de un enorme parque temático no se me iba.

La conversación fluyó agradable. Dirigida por Fran, me enteré de muchas cosas que desconocía de la vida de Peter y, sobre todo, de la de Sahib. Descubrí que tenía cuarenta y cinco años, que era huérfano de madre, que fue su abuelo el que se encargó de su educación, quien insistió en su formación internacional y en que aprendiera idiomas. Hablaba, además del árabe e inglés, francés, español y algo de alemán.

Sahib se reveló como una buena compañía, educado, atento y divertido. Charló con Peter de su pasión por la arquitectura —su profesión frustrada—, de los últimos premios Pritzker, de las nuevas propuestas para Dubái, y del orgullo de poder construir el *Tanoura Building*. Al mencionar este último, buscó mi mirada y vi la admiración que sentía por mí. Sin embargo, había algo más en el brillo de sus ojos que, además de halagarme, me hizo sentir deseada.

Cohibida por la intensidad de nuestra conexión, bajé la mirada y mi hermana, que me conocía mejor que yo misma, para romper el momento de tensión, alzó su copa y propuso un brindis por el buen desarrollo del proyecto.



El plan continuaba en la sala de fiestas Blue, ubicada en el hotel V era una de las discotecas más alucinantes que había pisado nunca. Esa noche actuaba un cantante nigeriano, Oxlade, y tras oírlo en Spotify, Fran consideró que su ritmo con aires de R&B y Pop africano, era lo más, y no se equivocó. Nos hizo bailar a todos, incluido a Sahib, quien, para mi sorpresa, se movía al ritmo de la música de forma sensual. Desinhibido, bebía y se divertía como cualquiera de nosotros.

Mi hermana me pidió que la acompañara al baño. Y fui consciente de que no me gustaba nada alejarme y dejar allí a Sahib, ya que varias mujeres revoloteaban a su alrededor y trataban de llamar su atención. Me chocó ese pensamiento, pues él no era nada mío, ni yo pretendía que lo fuese. A pesar de ello, tenía que reconocer que no me hacía ninguna gracia imaginarlo bailando con otra que no fuese yo. Con cierta inquietud instalada en el cuerpo y desgana, me fui con Marta con la esperanza de no tardar.

—Fran está encantado con Peter —comentó divertida Marta al entrar en los aseos—. Dice que te diga que ya puedes estar tranquila, que no habrá que ir a buscarlo a la comisaría por escándalo público, que esta noche duerme con él en su hotel.

—¿Dormir? Yo creo que dormir van a dormir poco —dije empezando a reír.

—Y tú, ¿dónde piensas pasar la noche? —me preguntó seria.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Qué te traes con Sahib, Lorena?

—Solo nos estamos divirtiendo, no te he contado nada porque no es importante —dije más para recordármelo a mí misma que para convencer a Marta.

—¿Y él lo sabe?

—¿El qué?

—Lorena, no te hagas la ingenua, y menos conmigo, no te pega nada.

—¿No entiendo a qué viene esto?

—No se puede ir así por la vida, Lorena.

—¿Así cómo?

—Jugando con los sentimientos de los demás.

—No seas melodramática Marta. Solo es sexo.

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿él lo sabe? ¿Sabe que es solo sexo? Porque por la forma en que te mira yo diría...

—¡Vale ya! —la corté—. Deja de criticar todo lo que hago de una vez.

—Haz lo que quieras, como siempre —dijo al entrar en uno de los aseos que había quedado disponible—. No hace falta que me esperes. —La oí decir al cerrar la puerta.

Volvía a ser la Marta de siempre, por más que Fran estuviera allí, no se desprendía de su rol de hermana mayor responsable. ¡Uf! Cuando se ponía así no la soportaba.

Decidida, me fui hacia Fran y le pedí que se asegurara de dejar a mi hermana en el apartamento. Me sonrió cómplice, dejó un beso en mi mejilla y me susurró «un tranquila yo me encargo, tú disfruta».

Me acerqué a Sahib y acomodé mi cuerpo al suyo. Al instante, sus brazos rodearon mi cintura y me dejé llevar por él al ritmo de la música. Nuestros movimientos lentos y seductores nos conectaron. Permanecemos unidos, sin dejar de rozarnos, de mirarnos, de acariciarnos... Mis manos, sobre su nuca, jugaban con su pelo y las suyas, en mis caderas, hacían que nuestros movimientos se sincronizaron en un vaivén tan apasionado, tan íntimo, que le supliqué junto a su oído: «Sácame de aquí».

No hizo falta nada más para verme entre la gente de la mano de Sahib camino hacia la salida, donde me crucé con la mirada de desaprobación de mi hermana.

Capítulo 24

Sahib

En cuanto subimos al coche, Lorena se lanzó sobre mi boca y yo no me pude resistir. Si no hubiese estado en Dubái, con seguridad le habría hecho el amor allí mismo, en el aparcamiento del hotel. Además, tenía que contenerme por otra razón.

Con dificultad me aparté de ella y conseguí arrancar para salir de allí. Durante el trayecto, dejó su mano apoyada sobre mi muslo, en un gesto trivial que denotaba una intimidad y cercanía que yo deseaba, pero que desconocía si compartíamos. Me pasé el acceso que conducía a mi casa y me miró extrañada. Continué en dirección a la Marina y aparqué en la puerta de su edificio.

—No es buena idea. En breve llegará Marta y... he imaginado despertar viendo el amanecer de Dubái desde tu cama —dijo melosa mientras acariciaba mi nuca.

—Yo no subo, eres tú la que te quedas aquí. Me has pedido que te sacara de la discoteca y es lo que he hecho —dijo con tranquilidad.

—No entiendo —dijo desconcertada—. ¿A qué viene esto?

—Me he dado cuenta de que no quiero seguir con este juego y que hasta que no hablemos, entre tú y yo no va a volver a pasar nada.

—¡No me lo puedo creer!

—¿El qué?

—Que te pongas tan digno, cuando eres tú el que has estado jugando conmigo desde el principio —contestó alterada.

—Quería que trabajases para mí. Adoro tu trabajo, es como si hicieras realidad mis ideas. Cuando vi tus dibujos en Nueva York me impactaron tanto... yo había imaginado esos edificios... y allí estaban. Deseaba conocerte, compartir contigo el proceso creativo, realizar mejoras juntos, supervisar el proyecto... ver cómo cobraba vida— dije tratando de explicarme sin perder la calma.

—Ya, pero era una mujer, y no podías.

—Cuando James me llamó pidiendo ayuda, vi la oportunidad de poder hacerlo a espaldas de mi padre. Además, ahora, no solo te admiraba por tu talento, sino también como mujer. Vuelvo a repetirte, que no sé cómo explicarlo... Te deseé desde el primer instante en que te vi, sentí que te conocía, que eras tú... y cada momento a tu lado ha sido...

—Para, para, para... Esto se está complicando. —Me cortó—. No quiero seguir oyéndote, no vaya a ser que termines diciéndome que estás enamorado de mí.

—¿Y si así fuera?

—¡No seas ridículo!

—¡Vaya...!, ahora además de insulso soy ridículo —me lamenté.

—Sin embargo, eres un magnífico amante —dijo sugerente.

—¡Bájate del coche! —le solté con rabia.

Definitivamente, esto no era más que un simple juego para ella y yo no iba a consentirlo por más tiempo.

—¡Que te bajes de una vez de mi coche! —Insistí al ver que no se movía, mientras ella seguía allí desafiante.

Salí dando un portazo y me fui a abrir la puerta del copiloto. Le quité el cinturón, la cogí en brazos y la saqué del coche. Ella se cogió a mi cuello y cuando la deposité en el suelo no se deshacía de su agarre.

—Suéltame —le pedí.

—¿Por qué lo estás complicando? Podemos pasarlo bien...

—¿Y después qué? —le pregunté y vi cómo de inmediato su mirada se tornaba oscura.

—Esa es la pregunta, Sahib —dijo tras soltarme para comenzar a empujarme—. ¿Después qué? —gritó—. ¿Que yo me quede en Dubái? ¿Que me convierta al islam? Porque imagino que tu *santo* padre no tolerará que estés con una infiel. Si no te deja contratarme, imagínate vivir juntos. Luego querrás que sea más discreta, para terminar pidiéndome que me ponga el velo, ya que no querrás contrariarlo...

—¿De qué estás hablando? ¿En qué siglo crees que vivimos?

—No hablo de que no haya parejas mixtas, sé que las hay, las he visto en Inglaterra, en Australia, hasta en tu país. Hablo de tu padre, Sahib. Además, qué sentido tiene todo esto, acabamos de conocernos... Yo tengo planes, un proyecto de vida y no es aquí.

—¿Y conmigo? —dije atrayéndola de nuevo a mí.

—No voy a negar que me gustas. Me encanta lo que me haces sentir, como me admiras, como me deseas... Pero no voy a volver a dejarme llevar por un hombre que condicione dónde estar o qué hacer... Ya he vivido a expensas de los propósitos y los deseos de otra persona. Eso ya lo he tenido y no lo quiero. Ahora necesito decidir yo por mí misma, ¿lo entiendes?

—No, aunque lo respeto.

—Sé que es complicado y que... yo también lo soy. Solo había venido a Dubái a trabajar, a conseguir un reconocimiento y unos ingresos para empezar en mi país, con los míos. Yo no contaba con conocerte... y si fuese en otro momento, en otro lugar... Solo hace unas semanas que he dejado a la persona con la que, de un modo u otro, he pasado toda mi vida y no estoy preparada para empezar una relación.

Bajó su mirada y apoyó su frente sobre mi hombro. La atraje con fuerza y dejé descansar mi cara sobre su pelo donde el dulce olor a vainilla lo inundó todo.

—Quédate, dame tiempo...

—¿Para qué, Sahib? ¿Qué sentido tiene?

—¡Vaya! —dije decepcionado—. Si me preguntas eso creo que es mejor que me marche.

Deshice mi abrazo desencantado. Me alejé para subir a mi coche y marcharme sin mirar atrás. Había esperado que ella hubiese hecho o dicho algo para retenerme, pero no lo hizo.

Llegué a casa tan enfadado que ni siquiera me di cuenta de que *ella* estaba sentada en el sofá.

—¿Una mala noche? —me preguntó cuando vio cómo me tomaba un analgésico.

—Me duele la cabeza, eso es todo.

—Ella no te conviene.

—¿Y quién me conviene? —pregunté con más rencor del que pretendía y *ella* merecía.

—Eso no lo sé. Lo que sí sé, es que una mujer como ella va a cambiar tu vida, te la va a poner del revés.

—¿Y si es eso lo que necesito?

—Eso es algo que tienes que decidir tú, porque yo, con seguridad, ya no estaré aquí.

—¿Qué quieres decir? ¿Me abandonas?

—Esto tiene que acabar Sahib, no puedes seguir así...

—¿Tengo que elegir?

—No se puede tener todo, no se puede...

Capítulo 25

Lorena

Estaba tan cabreada que no conseguía pegar ojo. Me senté en la terraza del apartamento contemplando el skyline para ver si las hermosas vistas me tranquilizaban. Allí seguía cuando llegó Marta.

—Hola —dije provocándole un pequeño sobresalto.

—¡Lorena, qué susto! ¿Qué haces ahí? —preguntó reuniéndose conmigo en la terraza.

—Pensar.

—¿Y Sahib?

—Tenías razón hermanita, como casi siempre...

—¿En qué exactamente? —preguntó seria. Seguía molesta.

—Se está enamorando de mí.

—No sé qué ha pasado entre vosotros, porque no me has contado nada. Aun así, solo viendo cómo te miraba esta noche, estaba clarísimo. Algo habrás tenido que hacer para que así sea, digo yo —me reprochó.

—No te creas, dice que lo que siente por mí se despertó en el momento en que me vio.

—Pues deja que te siga conociendo, lo mismo se le pasa.

—¡Marta! Ya te vale, cómo te cueles...

—Sigue pensando, Lorena —dijo antes de salir para marcharse.

—Espera, por favor... No me gusta que estemos enfadadas.

—A mí tampoco. —Suspiró—. Sin embargo, vas a cumplir cuarenta años, y deberías madurar de una vez. Ser consecuente con tus actos... Pensar más las cosas.

—¿Y él no tiene que ser consecuente? ¿Sabías que Sahib es el amigo de George, quien me ha estado aconsejando por petición de tu James? Él es el *jeque* y ha estado jugando conmigo a dos bandas desde el primer día.

—¿Cómo dices?

—Eso me da igual, ha sido divertido y me lo estaba pasando bien, además, nos vamos en unos días... Pero ahora todo se está complicando.

—¿Por qué?

—Porque él siente algo y yo...

—Tú, ¿qué? —Me animó a continuar mi hermana que había tomado asiento a mi lado.

—Yo no sé qué quiero, Marta. Acabo de terminar con David hace nada, no voy a atarme a otro hombre, por mucho que me guste, y menos con uno con un padre extremista de las costumbres islámicas.

—Visto así...

—Si bien, no puedo negar que lo que me hace sentir... es algo que no sé cómo explicar. Esa mezcla de admiración y deseo no la había vivido nunca. Me gusta cómo él me ve, pero luego soy consciente de todo lo que le rodea, su cultura, su familia... ¡Qué lío tengo, Marta! ¿Por qué es todo tan difícil?

—No lo sé —sonrió con ternura—. Aun así, me gusta pensar que todo pasa por algo y, por lo general, por algo bueno. *Omnia in bonum* como decían los romanos.

—La verdad, es que con todo lo que has pasado tú, te puedes aplicar ese cuento, aunque no sé si yo podré hacerlo algún día.

—Anda, vámonos a la cama que es muy tarde —dijo poniéndose en pie—. Puede que mañana veas las cosas de otra manera, si no será un nuevo día con nuevas oportunidades.

—Lo consultaré con la almohada y espero que tengas razón.

—¿No la tengo siempre? —preguntó con divertida ironía.

Cogió mi mano y juntas nos fuimos al interior, donde me dio un abrazo deseándome buenas noches en la puerta de mi habitación.

—Gracias, Marta.

—Procura descansar.



Me desperté inquieta en plena madrugada. Mi cabeza empezó a rumiar pensamientos en bucle sin parar sobre Sahib. Después de un rato dándole vueltas decidí que lo mejor era escribirle.

[Buenas noches o puede que, cuando lo leas, sean buenos días. Acepta mis disculpas. Lamento mi comportamiento, a pesar de que no me arrepiento de todo mi periplo en Dubái porque ha habido momentos muy buenos, que llevaré siempre conmigo, y algunos de los mejores han sido gracias a ti, además del cheque —mientras lo escribo sonrío, es una broma—. Eres un tipo estupendo, lo digo en serio, pero creo que no es nuestro momento ni tampoco se dan las circunstancias idóneas para que entre nosotros haya algo más que una amistad. De nuevo, te pido perdón y espero que podamos ser amigos.]

[¿Tú tampoco puedes dormir?]

¡Oh! Había respondido al instante de enviar mi mensaje.

[Hola, me acabo de despertar y ya no he conseguido volver a coger el sueño.]

[Es un fastidio.]

No me apetecía chatear de cosas insustanciales, necesitaba saber qué pensaba de lo que le había enviado.

[¿Qué me dices de lo que te he escrito?]

[Como desde que llegaste..., será como tú quieras.]

[¿Y me perdonas?]

[Estamos en paz, tú también tienes cosas que perdonarme.]

[¿Amigos?]

[Si alguna vez nos volvemos a encontrar, sí, seremos amigos. Te deseo todo lo mejor. Adiós, Lorena.]

[Adiós, Sahib, y gracias por todo.]

[Gracias a ti.]

No sabía cómo explicarlo. Me había quitado un peso de encima, estaba más tranquila después de chatear con él. No obstante, su forma tan fría y escueta me había decepcionado y me entristecía.

Confundida como estaba, decidí que lo mejor era darme una ducha y empezar ya el día, a pesar de que fuesen las cinco de la mañana. De todos modos, ya no iba a conseguir volver a pegar ojo. Tras pasar un buen rato bajo el agua, tomar un par de tazas de café, y por más que tratase de entretenerme en mi búsqueda de piso en Marbella, en un portal de viviendas, no conseguía sacar a Sahib de mis pensamientos. Ya fuese como él mismo, con su arrolladora pasión, o como el jeque, con su capacidad de tranquilizarme, unido a su exótico atractivo, no podía negar que me atraía. A pesar de saber que no teníamos futuro, me daba rabia no poder pasar juntos los dos días que me quedaban en Dubái y disfrutar de su compañía. Me resistía a conformarme. ¿Por qué no podíamos pasarlo bien un poco más sin complicaciones?



La puerta de su casa estaba abierta. Entré sin llamar y me fui directa a su dormitorio. Cuando abrí, me sorprendió no encontrarlo allí y que, además, su cama estuviese perfectamente hecha. Bajé y lo busqué por la planta baja tras repasar las estancias de arriba. Miré en su estudio, pero tampoco estaba. Salí a ver si había ido a pasear a la playa, que del mismo modo estaba desierta.

Regresé a la casa decepcionada. Me disponía a esperarlo cuando me di cuenta de que no estaba sola. Había alguien que miraba hacia mí y que aguardaba mi presencia en el salón, y no era Sahib.

—No está aquí —me dijo para mi sorpresa en español.

—Buenos días —dije algo cohibida por la presencia de una mujer en niqad a la que apenas veía los ojos.

—Buenos días. Siéntate, voy a preparar té.

—No, no es necesario... No quiero molestar y creo que es mejor que me marche.

—Como quieras. ¡*Fi amini Allah!*

Al ver en mi cara que no la había entendido, la mujer dijo en español:

—¡Que Alá te proteja!

—Gracias e igualmente —contesté, confundida e impactada por la fuerza de su presencia, antes de salir por la puerta.



Seguía esperando el Uber en la entrada de la casa de Sahib cuando lo vi acercarse con su coche. Me miró confundido y estacionó el coche a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido y contento al verme.

—Sentí el impulso de venir, para estar contigo, para hablar..., pero creo que no ha sido una buena idea.

—¿Por qué?

—No debería ser tan impulsiva, tendría que pensar mejor lo que hago —me lamenté.

—Ya que estás aquí... ¡vamos dentro!

—No estás solo.

—¿Cómo dices?

—Hay una mujer... en tu casa. ¿Quién es *ella*? —Me atreví a preguntar.

—Es una larga historia...

En ese preciso momento llegó mi Uber.

—No debería haber preguntado... —De nuevo me lamenté por dejarme llevar. Si iba a marcharme en unos días, si no teníamos futuro, qué hacía inmiscuyéndome en su vida. —Es mejor dejar las cosas aquí. No tenía que haber venido —dije antes de irme hacia el coche que ya me esperaba—. Adiós, Sahib.

—Como quieras —respondió del mismo modo que la mujer del niqad y no me gustó su respuesta.



Apenas llevaba un rato en casa y Marta seguía dormida. Estaba aturdida por la falta de sueño y confundida por lo que acababa de ocurrir.

Tenía que reconocer que mi hermana llevaba razón, no podía continuar siendo tan impetuosa. Siempre había tratado de contrarrestar mi pasión y mi temperamento, aunque no solía conseguirlo. La mejor manera en los últimos tiempos había sido dejarme llevar por el ritmo que imponía David, como de pequeña lo había hecho con mi familia. A pesar de ello, en este momento de mi vida, necesitaba encontrar un equilibrio por mí misma. No es que fuese una persona fría o calculadora, tampoco me consideraba una egoísta, solo es que sentía que necesitaba pensar en mí, en mi futuro y plantearme conocer mejor a Sahib no entraba en mis planes, además si no podía trabajar en el proyecto tampoco pintaba ya nada en Dubái.

Por mucho que me atrajese y que hubiese disfrutado de su compañía, no podía obviar que, al igual que yo, él trataba de demostrar su valía y su capacidad, pero no ante sí mismo, ni siquiera a nivel profesional, sino ante un padre estricto y, desde mi punto de vista, intolerante, que lo frustraba y lo confundía. Si a todo ello uníamos el hecho de haber encontrado una mujer, de la que desconocía su existencia, en su casa, todo se complicaba mucho más.

Iba a volver a meterme en la cama, tras tomarme una pastilla para el dolor de cabeza, que empezaba a palpar en mi sien, de tanto pensar para tratar de aclararme, cuando escuché como alguien golpeaba con los nudillos en la puerta de la entrada.

Pensé en no abrir. Estaba segura de que sería Sahib y era mejor no volver a verlo. Saberlo allí, a solo unos metros, hizo que no me pudiese resistir y fui hacia la puerta dispuesta a volver a decirle adiós.

Respiré hondo y me llené de fuerzas para no flaquear. Adopté una postura erguida y firme, que no tardé en cambiar cuando vi quién me esperaba. Era *ella*.

Cuando se marchó, su pregunta aún repicaba en mis oídos: «¿Qué quieres de él?».

Había sido sincera. Después del modo en que ella se había abierto conmigo, no podía ser de otra forma, y la realidad es que no lo sabía. Solo había estado con él unos días, y aunque fuese cierto que había removido algo dentro de mí, no era suficiente. Puede que me hubiese apresurado en mi respuesta o, tal vez, no había sabido transmitirle qué era lo que sentía por él, pero todo era demasiado complicado y necesitaba aclararme, saber qué quería en mi vida antes que nada.

Decidí aceptar su súplica y alejarme de él; cómo no hacerlo conociendo su situación y lo que significaba Sahib para ella. Era lo mejor para todos. Ahora solo me quedaba volver a mi país con mi familia y tratar de reencontrarme, de nuevo.

Capítulo 26

Sahib

Un año después

—¡Esta noche salimos, te lo digo en serio! —Me advirtió George apuntándome con el dedo.

—Te he pedido muchas veces que no me señales, sabes que es una falta de respeto en mi cultura.

—Ya has decidido que no vas a volver, así que vete olvidando de todas esas restricciones, y solo tenlas presente si en un futuro tienes reuniones de negocios con árabes.

—Sigue sin apetecerme salir, no tengo ánimos —contesté en el mismo tono apagado que me acompañaba los últimos meses.

—Sahib, llevas más de un mes en mi casa y, salvo para las reuniones con mi hermano Michael, para tus temas jurídicos y económicos o para ir a los bancos, no has salido para nada. Te vas en un par de días, deberíamos celebrar tu nuevo comienzo.

—No estoy yo para celebraciones, no insistas por favor.

Vi cómo cabeceaba contrariado y se marchaba por el pasillo de su casa, donde amablemente me había acogido. La verdad es que tendría que hacer el esfuerzo y darle el gusto. No podía estar más que agradecido con George que, una vez más, me había apoyado y me había demostrado que era casi como un hermano. No había dudado en presentarse en Dubái cuando supo la delicada situación en la que *ella* se encontraba, y estuvo a mi lado cuando falleció. Además, me acompañó en la tormenta que se desató con mi padre tras su muerte y mi *decisión*.

Ella supo que en Dubái no encontraría mi lugar, por más que hubiese nacido allí. En esa tierra no iba a lograr la felicidad, sin mi abuelo y sin *ella*, supeditado a un padre con costumbres y deseos alejados de los míos, no iba a ser posible. Así que, siguiendo su última voluntad, había hecho escala en Londres para organizar mi nueva vida, ayudado por la única persona que me aceptaba tal y como era, con todas mis dudas y contradicciones, mi amigo George. Se lo debía.

Fui a buscarlo. Estaba en su despacho, tras el ordenador.

—De acuerdo, salimos, pero algo tranquilo. —A pesar de nuestros cuarenta y cinco años, George no había sentado la cabeza. Era un juerguista y un mujeriego incontrolable, al igual que su hermano Michael.

—Te vas a morir del aburrimiento. Me acaba de escribir mi hermano, James inaugura hoy su nueva exposición, así que copas de vino y canapés viendo unos cuantos cuadros. Seguro que hasta tú vas a pedirme que te saque de allí.

—No lo creo. Además, me apetece ver a James.

En cuanto lo dije, fui consciente de que verle significaba estar más cerca de saber algo de Lorena. Aún me dolía no haber tenido noticias de ella desde que se fue de Dubái. Cierto que estábamos algo tensos por nuestros temas personales cuando se marchó, pero que se desentendiese del todo de su diseño, de su edificio, y que incluso no quisiera mantener contacto con Peter, se me hizo incomprensible.

No sabía si me había decepcionado más como mujer que como arquitecta. Una cosa era no querer hacer frente a lo que había ocurrido entre nosotros y otra, muy distinta, abandonar en manos de su colega, por muy buen arquitecto que fuese —además de ser del agrado de mi padre — el seguimiento y la ejecución de la obra.

Pensar en el *Tanoura Building* me entristecía. Tras la decepción por la desaparición de Lorena, la implicación y el buen hacer de Peter, más su disposición a que yo participase activamente en todas las fases del desarrollo del edificio, me sirvieron de aliciente y distracción para superar su marcha. Ahora, al dejar Dubái y romper de forma definitiva con la empresa de mi padre, y por ende, con él y con mis hermanos, había renunciado a mi sueño de formar parte de ese gran proyecto.

Gracias a ese edificio la relación con mi padre llegó a estar mejor que nunca. Estaba satisfecho con el diseño, en cómo conseguí agilizar los trámites y aminorar los plazos, y con mi elección de Peter. Sin embargo, ese momento de acercamiento, que yo tanto había ansiado y que al fin tenía, se esfumó cuando la realidad que *ella* había tratado de ocultar me estalló sin previo aviso el día que la encontré inconsciente en mi casa.

Su corazón, ese órgano que era mucho más que un músculo por el amor que me había transmitido siempre, se apagaba. Tenía una insuficiencia cardíaca terminal. Me maldije por no haber visto las señales, por haberme centrado en estar ocupado para no pensar en Lorena.

Los médicos trataron de explicarme que hacía años que la padecía y que en muchas ocasiones su evolución era imprevisible, como en su caso. No había percibido la sintomatología que me explicaban, ya que su ropa tapaba la hinchazón de sus piernas, tobillos y pies, y la tos, de la que últimamente se aquejaba, *ella* la justificó con un enfriamiento mal curado, al que no le presté mayor atención.

Me entregué a su cuidado y desatendí casi por completo todo lo demás. Delegué en Fadi la mayoría de mis obligaciones, él se acercaba a casa con los documentos que tenía que firmar y me mantenía al día, y en Peter y en mi hermano Nasim todo lo relacionado con el proyecto del *Tanoura Building*.

De nuevo volvía a defraudar a mi padre, quien no comprendía mi entrega a alguien como *ella*. Las discusiones regresaron y llegó un punto en que dejó de importarme lo que decía o pensaba de mí. A través de su intransigencia, esa que lo hacía no aceptar mi comportamiento con *ella* y su situación, logré entender que siempre habría algo que podría reprocharme, cualquier excusa sería suficiente para decepcionarlo. Era una lucha estéril, porque nunca íbamos a ver el mundo con los mismos ojos, aun así, me costó aceptarlo.

Cuando se acercó su final, George estaba conmigo, y *ella* me pidió que, una vez partiera de este mundo, me fuese de allí y me centrara en buscar mi felicidad. Me aconsejó que volviese al lugar en el que nos vimos por primera vez, donde supo que no quería alejarse de mí y, en cierto modo, me salvó. *Me lo debes*, susurró casi en su último aliento. *Me debes intentar ser feliz, tanto como yo lo he sido a tu lado*.

Me hizo prometer que lo haría y a George que se asegurara de que así fuese. Sabía que era lo mejor, y ya no solo porque ella me lo hubiese pedido, sino porque sentía la necesidad de romper con todo lo anterior y empezar de cero. Una nueva vida me esperaba.



James exponía en la Mall Galleries. Había logrado en poco tiempo formar parte del elenco de artistas británicos que exhibían y vendían en ella. Se encontraba en pleno corazón de Londres, a un paso de Trafalgar Square, lo que nos obligó a tomar contacto con la parte más turística de la ciudad que, en esa época del año, principios de octubre, estaba ocupada por millares de turistas, y a salir con tiempo, lo que hizo que fuésemos de los primeros en llegar, incluso antes que el

propio artista.

En una sala cuadrada, blanca y diáfana, se mostraban las obras de James. Una chica me entregó un dossier de la exposición, titulada *Uncomfortable romantic relationships*. Por lo que ojeé, era un recorrido por distintas relaciones de parejas que no habían tenido el beneplácito de su unión en su momento.

Había que recorrerla siguiendo el sentido de las agujas del reloj y bajo cada pintura se explicaba la pareja sobre la que estaba inspirada. No me hubiese cuadrado nada el tema en el James que conocía de mi época de juventud, pero al nuevo y enamorado de una mujer andaluza, que nada tenía que ver con un frío y gris británico, le pegaba mucho.

Dejé a George con unos conocidos y me adentré a ver la muestra. James había trazado una línea histórica realizando composiciones pictóricas de estilo realista, llenas de detalles y de enorme profundidad.

Comenzaba con Cleopatra y Marco Antonio, se había atrevido a incluir a Jesús y María Magdalena, y mostraba en todo su esplendor las bodas de Susa, el enlace de Alejandro Magno con la princesa persa Parisatide.

Dando un salto histórico se aproximaba a las uniones de los conquistadores españoles, como la de Gonzalo Guerrero y la princesa maya Zazil Ha o la de Alonso de Grado y la emperatriz azteca Isabel de Moctezuma; en esta zona se acompañaba a las obras de numerosa documentación de la Ley de matrimonios mixtos que aprobaron los Reyes Católicos y que cambió la colonización de América, así como una reproducción del Cuadro de castas que recogía la denominación de las distintas uniones.

Un nuevo giro te situaba en la Europa de la Edad Moderna con los matrimonios del chino Arcadio Huang y la parisina Claude Regnier o el del diplomático del imperio británico James Kirkpatrick y la hindú Khair Un-Nissa entre otros.

La siguiente pared de la sala te adentraba en la Edad Contemporánea y los óleos venían acompañados de las fotografías que inspiraban las creaciones de James. Desde los primeros matrimonios interraciales, como los de Louisa y Louis Gregory, un afroamericano y una británica, y el de sir Seretse Khama, primer presidente de Botswana y príncipe de la tribu Bamangwato, y la también británica Ruth, hasta llegar a uniones de la actualidad, como la del exalcalde de Nueva York Bill de Blasio y Chirlane McCray.

Era la zona donde más obras había. La mayoría eran dibujos e incluso bocetos, las pocas pinturas eran de menor tamaño, excepto una que me dejó paralizado. No podía dejar de mirarla y de la confusión de los primeros instantes pasé a la seguridad de comprender quién era. En mi mente se agolpaban las preguntas. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había terminado *ella* retratada por James? ¿Por qué lo había hecho?

Me giré y traté de localizarlo. Durante mi visita la sala se había llenado y numerosas personas recorrían el comienzo de la exposición tapando de mi vista la entrada, que es donde imaginaba estaría James.

Volví a contemplar la pintura para cerciorarme, aunque era imposible no reconocer sus ojos, su sonrisa... La mirada de amor que desprendía había sido captada con maestría por el pincel de James.

—¿Es quien creo que es? —preguntó George a mi espalda.

—¿Dónde está James? Solo él nos lo puede confirmar, pero no tengo dudas, lo que no entiendo es qué hace *ella* aquí.

—Ahora mismo está recibiendo a los asistentes, y tú estás bastante alterado, vamos a tomarnos un par de copas de champán y a esperar que se despeje la sala. Después podrás

preguntarle con tranquilidad.

En ese momento lo vi entre el tumulto, no lo pensé y me dirigí en su busca. Debí de verlo en mi cara, porque se disculpó con una pareja que se acercaba a saludarlo, me miró y me señaló con la cabeza hacia una puerta que quedaba casi oculta, al ser del mismo blanco impoluto que las paredes. En cuanto estuve a su lado, la abrió y me hizo pasar a un despacho.

—Buenas noches, Sahib, me alegro de verte —dijo al entrar.

—No estés tan seguro de eso, James.

—Lamento oír eso...

—¿Qué hace Anisa en tu exposición? —le pregunté yendo directo al grano, no estaba para los formalismos británicos.

—Es una larga historia y no me corresponde a mí...

—He preguntado cómo, no es tan difícil —le corté impaciente.

—Lorena.

—¿Qué? —pregunté incrédulo.

No entendía nada. ¿Qué tenía que ver ella con todo esto? ¿Cómo era posible? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué? Mi cara de confusión debió de hacer que James se preocupara, porque me hizo sentar en una de las sillas y se apresuró a buscar agua.

—Sahib, siento todo esto, no sabía que vendrías... Yo... Ella...

—¡Basta! ¡Basta ya! —susurré.

Necesitaba tranquilizarme. Cogí el aire que me había empezado a faltar y llevado por un impulso, sin apenas pensarlo, le dije:

—Quiero que la quites de ahí... Te compro ese cuadro, cueste lo que cueste.

—No puedo vendértelo, Sahib —dijo James cada vez más incómodo con la situación.

—¿Cómo que no puedes? —pregunté alterado.

—No puedo vendértelo porque ese cuadro ya es tuyo.

—No entiendo nada, en serio.

—Habla con Lorena, ella te lo contará.

—No, no pienso volver a hablar con... tu cuñada, James. —Solo pronunciar su nombre me afectaba—. Me da igual cómo demonios ha llegado a tus manos su foto para que la pintes, me da lo mismo... Tengo claro que no la quiero de nuevo en mi vida —dije con la mayor frialdad que fui capaz de transmitir.

—Esa decisión es tuya, Sahib. Ahora, si me disculpas, tengo que seguir atendiendo la exposición. Cuando se vaya todo el mundo, si quieres, puedes llevarte el cuadro... Aunque te agradecería que me lo dejases hasta que finalice la muestra —comentó tenso antes de dirigirse hacia la puerta.

—James, espera —lo llamé antes de salir. No había sido justo con él y además... —Puedes disponer del cuadro, a *ella* le habría encantado, está preciosa y feliz, como era.

—Lamento tu pérdida, Sahib.

—Gracias, James.

—Gracias a ti por tu generosidad y...—iba a decir algo más, pero yo comencé a negar con la cabeza, ya que intuí que tenía que ver con Lorena. James asintió comprensivo. Sin más, salió para dejarme allí solo y confundido.

Capítulo 27

Lorena

—¡Sorpresa! —dijo mi hermana entrando en el despacho del estudio de arquitectura donde trabajaba.

—Marta, ¿qué haces aquí? No te esperaba.

—He venido a pasar unos días con mamá y papá mientras James está en Londres con la nueva exposición.

—Creí que te ibas con él.

—Sí, era la idea, pero tengo revisión médica la próxima semana y he pensado que mejor me voy después y... que podrías venir conmigo, aunque solo te quedes el fin de semana. ¡Di que sí!

—No es mala idea, desde que llegué de Dubái no he salido de aquí nada más que para ir a tus casas, en el campo o en Sevilla, y Londres suena de miedo. Una gran urbe, la expo de *tu* James, musicales, tiendas, restaurantes...

—Te recuerdo que todo eso lo tienes aquí, hermana, lo que pasa es que apenas sales.

—No es lo mismo —alegué en mi defensa. Mi querida hermana mayor ya me estaba sermoneando.

—No, la verdad es que no, aquí es mejor. El clima, el mar, todo concentrado en unos pocos kilómetros, a un paso de toda la actividad cultural de Málaga y ahora, a partir de octubre, mucho más tranquilo con menos turismo. Cuanto más viajo más estoy de acuerdo con papá en que como Marbella no hay nada.

—¿Cuándo has llegado? ¿Hoy? Y ya hablas como él. No tienes remedio, hermana —la regañé con cariño.

—La que tiene que poner remedio eres tú. Ha pasado un año...

—No quiero hablar de eso —la corté.

—Pues... ¿te gustó el piso que fuiste a ver ayer?

—No pude ir, temas de trabajo.

—Estás tirando el dinero en un alquiler, Lorena.

—Tampoco quiero hablar de eso —volví a interrumpirla.

—Bueno... ¿y de qué quieres hablar? —preguntó con una enorme sonrisa para no enrarecer el ambiente.

—Vamos a comer y te lo cuento fuera, aquí no.

∞∞∞∞

El despacho de arquitectura, para el que había empezado a trabajar hacía unos seis meses, estaba situado en un chalet en la urbanización de las Chapas, una zona a las afueras de Marbella. Le dije a mi hermana que me siguiera con su coche y puse rumbo hacia la zona de playa de la urbanización.

En esa época ya no era difícil encontrar aparcamiento y se podía ir a comer sin reserva previa. Me decanté por el Sugar Bay y su terraza abierta a pie de playa. Me apetecía sushi.

Una vez sentadas contemplando el mar y disfrutando de un buen albariño bien frío, Marta volvió al ataque.

—¿Vas a ir hoy a ver el piso? ¿Puedo ir contigo, si quieres?

—No iré, porque resulta que uno de los dos socios fundadores del estudio se jubila y al parecer el otro quiere largarse de Marbella. En el estudio todo son rumores y un mal rollo tremendo debido a la incertidumbre.

—¡Ostras! ¿Y qué se dice?

—Pues desde que van a liquidar la empresa y vender el chalet donde está el estudio, que vale un pastizal, hasta que está por llegar un nuevo dueño que la va a comprar.

—¿Tenéis proyectos ejecutándose ahora mismo?

—La verdad es que están pendiente de entrega en breve y no hay nada nuevo a la vista, es lo que más mosqueados nos tiene. Sabemos que han tenido reuniones con clientes, pero, cerrado lo que se dice cerrado, no hay nada nuevo en el horizonte. Así que, esa es la razón por la que no he ido a ver el piso, primero quiero saber qué pasa con mi empleo.

—Si este estudio cerrara, puedes trabajar en otro o decidirte a establecerte por tu cuenta.

—Aquí los estudios están muy consolidados... y ya tengo una edad, que es un plus por la experiencia, por otro lado, es un hándicap.

—¿Y qué piensas hacer?

—De momento, esperar a ver qué pasa... Tengo que reconocerte, hermana, que esto no era lo que me imaginaba cuando decidí instalarme aquí —me lamenté.

—¿Qué es lo que quieres, Lorena? —preguntó con tacto Marta.

—Sigo sin saberlo. Creí que centrándome en el trabajo llenaría mis días, y sí, estoy ocupada, pero no me siento plena. Estar cerca de nuestros padres, de nuestra tierra, del mar... es fantástico, era lo que yo quería. A pesar de todo, no sé... Los proyectos en los que colaboro no dejan de ser casas o chalets para ricos, no me malinterpretes, son alucinantes, aunque nada que ver con...

—¿Has hablado con Peter? —quiso saber Marta.

—No, no he vuelto a intentarlo. Él entendió desde el principio que era lo mejor para pasar página y así ha sido.

—Es un buen tipo.

—Sí, sí que lo es. ¿Cómo les va a él y a Fran? —pregunté para cambiar de tema.

—Procuran verse todo lo que pueden. Están muy lejos y demasiado ocupados. No lo tienen fácil, pero Fran dice que le merece la pena.

—Es difícil encontrar a alguien que merezca la pena.

—Para encontrar hay que buscar.

—Claro, como tú, ¿verdad? —repliqué con ironía—. ¡Vamos, si casi te cayó del cielo, hermana!

—dije divertida al recordar cómo se conocieron ella y James.

—También es verdad. —Rio feliz.

Seguimos charlando de nuestras cosas hasta que llegó la hora de regresar al estudio. Nos despedimos y quedamos para cenar al día siguiente en casa de mis padres. Era mi salida de los viernes noche desde que me había ido a vivir por mi cuenta, tras dejar su casa donde permanecí los primeros días. Una vez encontré empleo, me alquilé un pequeño apartamento en el puerto deportivo de Marbella pueblo. Era minúsculo, pero muy coqueto y con una terraza con vistas al mar que compensaba los pocos metros que tenía.

Al llegar al trabajo, el ambiente estaba aún más tenso que cuando me había marchado a comer, si eso era posible. Al abrir mi ordenador vi el correo causante del estrés que se respiraba. Nos informaban de que el próximo lunes habría una reunión informativa sobre el futuro de la empresa. La bomba había sido lanzada, ahora solo quedaba esperar a la explosión y evaluar los daños.

De nuevo me encontraba en una incertidumbre que hacía replantearme si hice bien dejando mi proyecto en Dubái. Algo que era mío y lo bastante relevante para darle el impulso a mi carrera que no acababa de llegar. En un futuro, cuando estuviese erguido, podría decir que participé en su diseño. Si bien, cómo explicaría que no formé parte de la ejecución y la supervisión de las obras, que lo abandoné a cambio de un dinero que seguía intacto en el banco.

Capítulo 28

Sahib

—En esta ocasión no te acompaño, amigo —se lamentó George.

—No te preocupes, ya has hecho mucho por mí estos últimos meses, pero en cuanto me instale te vienes de visita y te prometo que estaré de mejor ánimo.

—Eso no será nada difícil —dijo sarcástico.

—En serio, George... gracias. Gracias por todo, por venir a Dubái, por estar conmigo, por acogerme en tu casa, por ayudarme, junto con tu hermano Michael, a poner en rumbo mi patrimonio... mi vida en realidad.

—Eres como un hermano, Sahib. Eres de la familia, y para Michael también, así que estarás en buenas manos. —Nos dimos un abrazo y quedamos en vernos pronto.

∞∞∞∞

Un taxi me llevó a la zona de los vuelos privados del aeropuerto de Heathrow. Un cliente de Michael, con el mismo destino que nosotros, le había ofrecido viajar en su avión y así aprovechaba el tiempo para hacerle una serie de consultas jurídicas.

De origen ruso, pero nacionalizado en Inglaterra, Ivanov tenía negocios por medio mundo y era muy rico. Su apretada agenda hacía que aprovecharse cada minuto, y al parecer estas reuniones aéreas las hacían a menudo.

No tuvo inconveniente en que yo los acompañara. Había tratado de declinar la oferta y les propuse irme en otro vuelo, no quería ser una molestia. Sin embargo, Michael insistió en que era una oportunidad para hacer un contacto que me interesaría en un futuro no muy lejano, ya que Ivanov podría abrirme muchas puertas.

Los dejé con sus asuntos en cuanto despegó el avión y yo me sumí en mis pensamientos. Mi cabeza me llevaba una y otra vez a la noche de la exposición. A su retrato, a la fuerza de su mirada, a su sonrisa franca y limpia, a la vida que transmitía y que por desgracia se había apagado.

Nunca había visto la foto que había servido de base a James para hacer el cuadro, y me intrigaba. Me moría por saber cómo había llegado a sus manos, cómo había sido posible. Si hubiese sido una casualidad, cosas más raras pasaban, no me habría frustrado tanto como saber que le había llegado de la mano de Lorena.

Todo lo que conseguí sacar a James, tras la exposición, fue que ella se la dio cuando supo el tema sobre el que girarían sus retratos. Ya lo tenía casi todo listo cuando, hacía unos seis o siete meses, ella apareció con esa imagen y le pidió que la pintase. Al principio se negó, porque ya iba contra reloj, pero ella perseveró, le dijo que era importante, que tenía que ver conmigo, que era un regalo para mí... y tal fue su insistencia que terminó por aceptar. Ahora se alegraba de haberlo hecho, pues era una de las obras de las que más orgulloso se sentía, al haber sido capaz de plasmar la esencia y el amor que emanaba la fotografía en el lienzo.

Un poco antes de aterrizar, Michael me llamó para que me sentase junto a él e Ivanov.

Charlamos un rato de forma distendida sobre temas intrascendentes hasta que el ruso me preguntó sin rodeos en qué podía ayudarme. Yo no esperaba ese ofrecimiento tan directo, y debió de ver mi cara de asombro cuando apoyó su enorme mano, que iba en concordancia con su altura y tamaño, y apretándome el hombro, dijo con un marcado acento ruso: «los amigos de mis amigos son mis amigos, y sus enemigos también son los míos».

Cuando ambos empezaron a reírse a mi costa, ya que el color se había ido de mi cara al pensar que estaba ante un mafioso, y en mi cabeza no habían tardado en aparecer imágenes de rusos en coches a toda velocidad portando Kalashnikov, no pude más que reírme con ellos.

—En serio, Sahib, sé lo que es empezar de cero —dijo sin el forzado acento ruso. —Si puedo ayudarte lo haré, me da lo mismo trabajar contigo que con otro, siempre que no seas más caro, por supuesto.

Los tres volvimos a reír. Yo sabía que allí, donde había pensado instalarme, su comunidad era importante, y a pesar de que no estaba exenta de rumores y noticias de episodios desafortunados, lo mejor era tenerlo como amigo.



En cuanto bajamos del jet, se despidió de nosotros, no sin antes dejarme su tarjeta de visita y el contacto de su asistente personal, antes de subir a un enorme Bentley negro con las lunas traseras tintadas.

A nosotros también nos esperaba un coche, no era tan espectacular, pero la rubia que estaba apoyada en él, sí que lo era. Iba a mirarla con más detenimiento cuando vi que Michael se acercaba a ella más de lo necesario y dejaba un apasionado beso en su boca.

—Sahib, ella es Beatriz, mi socia.

—Encantado, Beatriz —dije al tiempo que le ofrecía mi mano para que la estrechara, a lo que ella respondió con una energía inusitada en una mujer. «Guapa y fuerte, perfecta para Michael», pensé.

—Igualmente —respondió con una sonrisa—. Veo por tu cara de sorpresa que Michael no te había hablado de mí. En Londres, él lleva sus propios temas. Aquí lo hacemos todo juntos. *Todo* —recalcó con una sonrisa pícaro—. Te quedarás con nosotros en casa. No me parecía bien que te alojaras en un hotel siendo casi de su familia. George me mataría.

En alguna ocasión, Michael había mencionado la palabra *partner*, pero como en inglés carecía de género, no me había imaginado que su socio fuese una mujer, y menos una como aquella, que estaba al tanto de quién era yo, y con seguridad de mis asuntos con Michael.

Salimos del aeropuerto con destino a la casa que intuí compartían. No se me había pasado por la cabeza que Michael tuviese pareja, pues en el último mes en Londres sabía por George que había salido a cenar, y a mucho más, con varias mujeres. Los dos hermanos comentaban sus conquistas y en alguna ocasión incluso habían salido los dos con la misma mujer, algo que era, desde mi punto de vista, poco decoroso.

En cierta ocasión les recriminé su forma de actuar y me tacharon de retrógrado y poco avanzado. Según ellos las relaciones afectivas habían cambiado. Ahora eran más abiertas y mientras se fuese franco en lo que se quería, no había problemas.

«Espabila ya, Sahib, o no vas a tener éxito con las mujeres» fue el consejo que me dio George. Aun así, lo cierto era que no había tenido ganas de estar con ninguna en el último año, ni tampoco tiempo para pensar en ese tema. En los pocos acercamientos con el género femenino

nadie había conseguido hacerme sentir ni una mínima parte de lo que ella despertó con su sola presencia.

Ahora empezaba un tiempo nuevo y para nada servía pensar más en lo que pudo ser y no había sido, tenía que pasar página, aunque me costara. Debía centrarme en instalarme, buscar una casa, hacer frente a mi nuevo negocio... y poco a poco todo llegaría. Le había prometido a Anisa que haría todo lo necesario para ser feliz e iba a intentarlo. Era mi nuevo comienzo.

Capítulo 29

Lorena

El lunes amanecí nerviosa. Esa mañana mi vida podía volver a dar un giro y, la verdad, ya estaba harta. Me había instalado allí para asentarme y centrarme, pero, al parecer, no iba a conseguir ni lo uno ni lo otro.

Salí a la terraza a respirar el aire cargado de salitre que me traía la brisa de la mañana. El rumor del mar apenas se veía enturbiado por el sonido de las zancadas de los corredores mañaneros, que ya ocupaban el paseo marítimo, y por el graznido de las gaviotas. Amanecer cada día frente a esa playa y disfrutarla desde la atalaya de mi terraza era un privilegio al que no quería renunciar, aunque ello supusiese seguir de alquiler. Además, visto lo visto, lo mismo había sido un acierto no haber comprado nada.

La noche anterior había escrito al estudio de Nueva York para comunicarles que estaba disponible, por si necesitaban mis servicios. Cuando dejé a Peter a cargo del proyecto en Dubái, había alegado problemas de salud, para no cerrar esa puerta en un futuro lejano que, al parecer, iba a ser más próximo de lo que había previsto.

Nada había salido como yo había imaginado. También era cierto que estuve distraída y ocupada en menesteres que no tenían que ver con mi profesión, y que, al final, no me habían traído aquello que yo esperaba que volviese a mi vida. De nada valía arrepentirme. Terminé mi café y me despedí de mi rinconcito del Mediterráneo.



Al llegar a la oficina el nerviosismo se masticaba en el ambiente. Desde la chica de recepción que junto a la administrativa cuchicheaban alteradas en la entrada, pasando por las caras de espanto de los dos interioristas y el paisajista, hasta la intranquilidad de los becarios y los aparejadores, e incluso de los dos arquitectos de proyectos, que no dejaban de andar de un lado para otro, hacían evidente que se acercaba el momento de saber qué pasaría con todos nosotros. Uno de ellos, Enrique, al único que consideraba más que un mero compañero, al pasar junto a mí me dijo:

—Están reunidos con alguien.

—¡Son solo las nueve! ¿Desde qué hora están ahí? ¿Y vosotros, cuándo habéis llegado? —pregunté, al ver que mi reloj marcaba menos cinco minutos para esa hora, que era la del inicio de nuestra jornada.

—Estamos intranquilos, la mayoría hemos pasado el fin de semana sin dormir —contestó Pablo, el otro arquitecto del estudio.

—Lo que tenga que ser será. Creo que deberíamos tranquilizarnos —dije para tratar de calmar algo a mis dos colegas.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? Seguro que están con un abogado para decidir qué ofrecernos por el despido. A ti, morenita, como eres la última en llegar, no te preocupa. Para mí, no es lo mismo veinte días que cuarenta y cinco por año trabajado.

—Deja de elucubrar, Enrique —le regañó Pablo, que se había dejado caer en una de las sillas contigua a la mía. —¿Has pensado qué hacer si cerramos, Lorena?

—Ayer escribí a la anterior empresa con la que trabajaba. No tengo muchas esperanzas, ha pasado un año y además no me apetece volver a salir del país... Si no queda más remedio habrá que hacerlo.

—Enrique y tú os podéis plantear muchas opciones... Yo, con tres hijos y una hipoteca... a ver dónde voy —se lamentó Pablo.

—Creo que es mejor esperar y no adelantarnos —dije más para mí que para ellos, ya que empezaban a contagiarme su inquietud.

—Lo dice la guapa que ya ha lanzado la caña en New York —replicó Enrique.

Iba a contestarle, porque aunque lo adoraba, cuando se ponía así no lo soportaba, pero justo en ese momento la puerta de la sala de reuniones se abrió.

Jorge, el socio fundador, que era quien se jubilaba, salió sonriente, lo normal en él, un señor cercano, jovial y afectuoso. Emilio, el otro socio, el que esperábamos que no se marchara, en cambio, no mostraba ningún signo que pudiésemos interpretar en su rostro. Ciertamente era una persona tranquila y con un saber estar, de esos que ya no quedaban y que yo admiraba, si bien en ese instante hubiese preferido a alguien más expresivo, porque la espera nos tenía al borde de un ataque de nervios.

—Buenos días a todos. —Nos saludó Jorge. —Antes de invitaros a entrar en la sala y que os comuniquemos las decisiones que hemos adoptado, quería haceros saber que ha sido un placer desarrollar mi profesión estos años con todos vosotros. Habéis aportado vuestro conocimiento, ingenio y esfuerzo en esta empresa que inicié hace ahora cuarenta años y al que se unió un joven Emilio una década después.

»Gracias a los que estáis aquí hoy, también a los que estuvieron y ya no nos acompañan, por haber participado en el crecimiento y consolidación de este estudio.

»Para mí llega una nueva etapa, por mi edad, los setenta no son los nuevos sesenta —dijo en tono divertido—, y ya es hora de disfrutar de la merecida jubilación; para Emilio se abren nuevos horizontes, al igual que para el estudio, que permanecerá creando nuevos proyectos.

El alivio que sentimos todos debió de ser tan evidente que Jorge añadió:

—Siento la incertidumbre que se ha generado con nuestra marcha. Hasta hace unos días, y en realidad justo hace escasos minutos, que hemos cerrado el acuerdo definitivo, ni nosotros mismo sabíamos qué iba a pasar.

—Hemos tratado de mirar por vuestros intereses, como hemos hecho siempre, y no ha sido fácil, sobre todo, por la parte que a mí me tocaba, porque os voy a echar de menos —dijo algo emocionado Emilio—. Sin embargo, podemos decir que estamos muy satisfechos, como esperamos que lo estéis cada uno de vosotros con el nuevo futuro del estudio.

Jorge le indicó a la recepcionista que atendiese las llamadas y nos invitó a los demás a pasar a la sala de reuniones. Una enorme mesa de cristal y acero, rodeada por una decena de sillas en piel blanca, llenaban el espacio bañado por la luz natural que se filtraba por los enormes ventanales. Estos dejaban ver los pinos que circundaban el chalet donde se ubicaba el estudio.

A la cabeza de la mesa, dos hombres enfundados en caros trajes hablaban algo dándonos la espalda. Jorge y Emilio se reunieron con ellos. Durante unos segundos, que por lo menos a mí se me hicieron eternos, al imaginar que podían haber cambiado de opinión, todos permanecimos en un tenso silencio, hasta que oímos decir a Jorge: «todo perfecto, lo hacemos así».

En el momento en el que se giraron se me paró el corazón y empezó a faltarme el aire. Cogí una de las botellas de agua de cortesía que había sobre la mesa y comencé a beber para

poder tragar y volver a respirar. No daba crédito, no sabía cómo era posible, pero... ¡Nuestro plan había funcionado y de qué manera!

Capítulo 30

Sahib

—¿Todo bien? —preguntó Michael.

—Aún no me lo termino de creer. Voy a tener mi propio estudio de arquitectura, a dedicarme a lo que siempre me ha apasionado y que había pensado que jamás...

—Ya es tuyo, no le des más vueltas, Sahib.

—Lo que ocurre es..., que todo esto... No sé cómo explicar la extraña sensación que me producen estas casualidades, sí, podrían llamarse así, *casualidades*.

»Anisa me pide empezar de cero aquí, donde nuestros caminos se encontraron; tu hermano viene a ayudarme en su final y termino con él en su casa, lo que hace que nosotros volvamos a vernos; tú tienes negocios aquí, desde hace unos años, ayudando a gente como yo a instalarse y gestionar su patrimonio, cosa que no entendía hasta que ayer vi a Beatriz —dije mirándole divertido—, y, de entre las oportunidades de negocio que había, justo en este momento, está este estudio. Todo esto es... ¡Es increíble!

—Pues créetelo y disfruta, amigo. Y, respondiéndote sobre Beatriz, ella tiene todo que ver en que yo haya diversificado mi actividad y pase temporadas en Marbella. Tenemos una relación muy... especial —dijo sugerente.

Oímos cómo la puerta se abría y le dimos la espalda, porque en ese momento yo negaba con la cabeza y había empezado a recriminar a Michael, del mismo modo que lo hacía con George, por la forma que tenían de manejar sus asuntos amorosos, que yo no terminaba de entender.

Jorge y Emilio se nos acercaron y nos mantuvimos reunidos para decidir el orden de la exposición. Primero Jorge detallaría los pormenores del acuerdo, después me presentaría al equipo y, tras ello, yo daría una pequeña charla. «Todo perfecto, lo hacemos así», dijo Jorge y yo asentí conforme.

Al girarme, fui recorriendo los rostros de las personas que habían entrado en la sala. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para continuar sonriéndoles a cada uno de ellos. El impacto que sentí al verla se diluyó ante el deseo que me atravesó en cuestión de segundos, lo que me hizo ser plenamente consciente, por más que me pesara, del poder que ella seguía ejerciendo sobre mí.

El codazo que me dio Michael, cuando vio a Lorena, no fue nada sutil, y mucho menos que se acercara a mi oído para decirme sorprendido: «me parece que vas a tener razón en eso de las *casualidades*», lo que provocó que Jorge me mirara inquieto. Traté de sonreír quitándole importancia e instándole con gestos que comenzara, para que no notara mi turbación, porque no podía creérmelo. En los últimos días, había luchado por apartar su recuerdo de mi mente y de repente estaba allí, en la sala de reuniones de la empresa que acababa de comprar.

Jorge y Emilio se adelantaron y nos dejaron a Michael y a mí un par de pasos por detrás, mientras comentaban a su equipo que, en breve, si aceptaban, sería el mío, los detalles de la nueva situación.

Respiré hondo para conseguir calmarme y controlar mi excitación. Esa que, una vez más, se había instalado en mí solo por el mero hecho de tenerla cerca. Esa que debía de aprender a manejar porque, por más que lo intentaba, si ella estaba presente se desencadenaba en mi

interior. Esa que impactaba en mi cuerpo, que me aceleraba el pulso y la respiración. Volví a inhalar y traté de concentrarme en la reunión.

Repetían el acuerdo que habíamos firmado hacía escasos minutos. Emilio se marchaba a India y Jorge, que pasaba a ser socio honorífico —una figura más institucional y pública que activa del estudio—, se iría desvinculando paulatinamente para que el tránsito fuese progresivo.

El apellido de Jorge continuaría apareciendo y precediendo al mío en el nombre del estudio. A partir de este momento pasaríamos a ser Sánchez-Molero & Alqasimi Estudio de Arquitectura. Ese aspecto quedaba pendiente de una posible modificación cuando mi nombre estuviese consolidado. La verdad es que todo habían sido facilidades y Jorge se había mostrado dispuesto y generoso.

No dejaba de buscar su mirada, que estaba fija en Jorge o Emilio, según hablaban. Estaba igual de hermosa, o puede que más, de cómo la recordaba. Su larga melena morena se había aclarado por el sol y su piel estaba bronceada dándole un aspecto radiante. Sus ojos castaños seguían igual de vivos y luminosos. Y su boca... *¡Yaa Allah!*

Me reprendí a mí mismo porque había sido verla y sin más había caído en la atracción que ella ejercía sobre mí. Tenía que ser capaz de controlarla y no olvidar que ella no quiso conocerme. Que no me dio una oportunidad.

La cara de todos los presentes se relajó cuando supieron que yo subrogaría sus contratos, respetando la antigüedad y los sueldos. Si alguien quería marcharse podía hacerlo. Recibiría una indemnización de cincuenta días por año trabajado más una carta de recomendación. Ambos socios dieron las gracias a los presentes por los buenos años de éxitos y les deseaban un futuro brillante en la nueva andadura de la empresa.

Llegó mi turno, una vez que Jorge me presentó.

Di unos pasos para acercarme a la mesa.

—Buenos días a todos. —Sabía que mi perfecto español les sorprendería, y sus rostros así lo reflejaron. —Antes que nada, me gustaría comenzar esperando que todos los presentes deseéis seguir formando parte de este proyecto. —Por más que lo intenté, mis ojos la buscaron para hacerle saber que también iba por ella. —Necesitaré toda la ayuda posible para mantener el nivel de calidad y, cómo no, el de facturación.

»No soy arquitecto. —Una nueva reacción hizo que algunos se miraran entre ellos, pero Lorena no apartaba sus ojos de mí y empecé a desear que no hubiese nadie más en esa habitación. —Hasta hace unos meses he sido director financiero de un holding en Dubái, que abarcaba negocios de gas, petróleo, turísticos e inmobiliarios, si bien mi pasión es la arquitectura. Así que, aunque no estoy titulado, es muy posible que mis conocimientos os puedan sorprender.

»Soy exigente, pero justo. Accesible y colaborativo, la puerta de mi despacho estará siempre abierta, salvo que vosotros la cerréis una vez que estéis dentro.

Tal y como lo dije me arrepentí al ver cómo ella sonreía y se mordía el labio inferior atrapándolo con sus dientes. Cogí una de las botellas de agua que había sobre la mesa y di un sorbo para poder seguir con mi discurso. Maldita Lorena y su capacidad de desestabilizarme.

—Dedicarme a la arquitectura ha sido el sueño de mi vida —continué con determinación—, por ello voy a esforzarme al máximo en conseguir, no solo mantener el nivel del estudio, sino en llevarlo a lo más alto. Si alguien no se siente con ganas o no es su momento para acometer este desafío, lo comprenderé y será libre de marcharse, aunque, como os he dicho al comienzo, me gustaría contar con todos vosotros. Muchas gracias.

—Ahora podéis volver a vuestros puestos y durante la mañana os iremos llamando, uno a uno, para tener una reunión individual con Sahib y para aclarar cualquier duda —dijo Emilio.

Fueron saliendo poco a poco de la sala. Sin embargo, ella seguía sentada. No apartaba sus ojos de mí, de una forma descarada, y traté de sostenerle la mirada en un primer momento. Como no sabía si quería que Jorge y Emilio supiesen que nos conocíamos y no tenía claro qué actitud quería tener con ella, decidí girarme, le di la espalda y me acerqué a Michael que hablaba algo con Jorge.

—Bueno, Sahib, te vamos a enseñar nuestros despachos, elige el que prefieras y yo me quedo con el otro, porque espero venir poco por aquí —dijo Jorge divertido.

—Vamos.

Salimos por la puerta del extremo contrario al de la entrada por la que habían accedido los empleados y que era donde se encontraba ella sentada. No pude evitarlo y, tras cruzar el umbral, me giré. Ella seguía allí mismo, no se había movido ni un ápice y, al ver que yo me volteaba para comprobar si estaba, sonrió con satisfacción.

«Descarada Lorena», pensé y dejé escapar un pesado suspiro, al darme cuenta de que mi sueño se podía convertir en una pesadilla, al tenerla cerca y al deber mantenerme lejos de ella. Porque, por más que la deseara, no pensaba volver a sucumbir a sus encantos.

Capítulo 31

Lorena

La mañana pasó y los *jefes* se fueron a comer juntos sin que a mí me pasaran al despacho para mi entrevista personal. ¿A qué narices esperaba para hablar conmigo? ¿Pensaba dejarme para la última para quedarnos a solas?

Estaba que me llevaban los demonios y había tratado de disimular ante mis compañeros, sobre todo con Enrique, que era quien más me conocía, para que no se percatasen de mi nerviosismo.

Con toda la tensión y la espera se me había ido el santo al cielo y me había olvidado de llamar a mi hermana. Habíamos quedado en que, en función de lo que pasara en la reunión, la llamaría para comer juntas y despedirnos antes de que esa tarde se fuese para Sevilla. Teníamos que organizar nuestro viaje del puente de octubre a Londres.

—Hola, Marta.

—¿Qué ha pasado? Me tienes preocupada, son las dos y no he tenido noticias tuyas.

—¿Te acercas por aquí y comemos?

—Mamá ya me ha preparado algo para almorzar con ellos, como no me avisabas... Cuéntame, ¿qué tal la reunión?

—Dame un minuto —le dije para salir de la oficina y poder hablar con total libertad—. ¡No te lo vas a creer, lo gordo no es qué ha pasado, es quién estaba! ¡No te lo puedes ni imaginar! ¡Qué fuerte!

—Cuéntame de una vez —me insistió.

—¡Sahib!

—¿Cómo? ¿Ya está aquí? ¿Pero, qué hace en tu estudio?

—¿Perdona? ¿Tú sabías que venía? —No me lo podía creer—. Marta me da igual lo que le digas a mamá. Te espero para comer juntas donde el otro día en media hora, que es lo que tardas. —Le colgué sin darle opción. No me dejaría tirada, sabía que vendría.

Me acomodé en la terraza, en la mesa más alejada y en la zona menos concurrida. Estaba segura de que la conversación iba a ser acalorada y no quería que me pusiese como excusa que molestábamos a la gente. Me tomé una copa de vino blanco para relajarme y, mientras la esperaba, me distraje mirando el mar que tenía el poder terapéutico de calmarme.

—Hola —dijo al sentarse, al tiempo que me sacaba de la abstracción en la que me encontraba—. Antes de que digas nada, lo siento y te debo una explicación. Es que James...

—¡Al cuerno con James, yo soy tu hermana!

—¿Me puedo explicar?

—Hazlo —le exigí.

—Verás..., el viernes, la mañana después de la exposición, hablé con James para ver qué tal había ido...

—¿Qué tiene eso de especial? Si estáis todo el día al teléfono cuando no estáis juntos —la interrumpí impaciente de tanto rodeo.

—Eres desesperante cuando te pones así.

—¡Ve al grano! Mi día está siendo muy estresante y no me queda ni una gotita de

paciencia, Marta.

—Sahib se presentó en la exposición con George, el hermano de Michael.

—¿Vio el retrato?

—¿Que si vio el retrato? James lo tuvo que llevar aparte para tranquilizarlo y...

—¿Qué sabe? ¿Qué le dijo James?

—Que te buscase, que tú tenías las respuestas.

—¡Gracias a Dios! —Me dejé caer en la silla más tranquila.

—¡A Dios no, a mi marido! —Ahora la que estaba enfadada era ella.

—Marta, yo...

—No..., no Lorena. Te he apoyado, te he justificado, te he cuidado, pero... ya basta. Si no te he dicho que Sahib venía a Marbella es porque me lo pidió James. —Cogió el aire que había empezado a faltarle y lo soltó—. Sahib le dijo que no quiere volver a verte, que no quiere saber nada más de ti. James sabe, por Michael, que Sahib no está bien... y además, tú... En fin, que James cree que no os conviene veros y... yo ya no sé qué pensar.

—Pero...

—¡No! —Me cortó Marta. —Eres mi hermana y te quiero, aunque a veces, no solo no te entiendo, sino que no soporto el modo en el que te comportas.

»Se me ha ido el apetito, y creo que no es buena idea que te vengas a pasar el puente conmigo y *mi marido*. Cuídate —dijo mientras se levantaba.

—Marta, lo siento, yo...

—Ya se me pasará... Aun así, no me vuelvas a hacer tener que elegir entre tú y mi marido. Seré yo quien decida del lado de quien estoy, por mí misma, basándome en lo que me dicte mi conciencia, y en este caso estaba con él. Lo dicho, cuídate.

—Avísame cuando llegues a Sevilla y hazme saber que está todo bien cuando vayas al médico.

—Lo haré. Hablamos.

Sahib había visto el retrato, pero, no solo no me había llamado, sino que no quería saber nada de mí. Sin embargo, ahora tenía que verme, estaba en mi estudio, o más bien yo en el suyo, e íbamos a hablar. Tarde o temprano íbamos a hablar. De repente, a mí también se me había quitado el hambre.

«¡Vaya telita con el jodido destino!». Porque estaba claro que nuestro encuentro había sido fruto de la casualidad, de otro modo mi hermana no se hubiese sorprendido de que yo supiese que Sahib estaba en Marbella.

Resoplé, temiendo la reunión con Sahib, que yo había anticipado como un divertido desafío para empezar a reconquistarlo, y que ahora no tenía ni idea de cómo se presentaría después de lo que me había dicho Marta.

Llegué a la oficina algo cabizbaja y al verme en ese estado extraño en mí, Enrique se me acercó.

—¡Ay morenita, qué carita más malita tienes!

—He discutido con mi hermana.

—¡Si tu hermana es un ángel en la tierra!

—Mira Enrique, sabes que te adoro... Sin embargo, hoy ya no me queda cuerda... así que, mejor no me enciendas, que no me vas a poder apagar la mecha, y te juro que exploto.

—Pues nada hija, te dejo tranquila.

Era cierto, lo adoraba. No solo era un estupendo compañero, sino que, del estudio, era el más divertido, sevillano como yo, y con mucho más arte. Me hacía reír y mejoraba todos y cada

uno de mis días. Para mí su cercanía y su afecto se habían vuelto casi necesarios. Así que, como no era plan de enfadar a Marta y a Enrique el mismo día, me acerqué a buscarlo. Moví su silla, lo retiré de su mesa y me senté sobre sus rodillas para abrazarlo.

—¡Oh, morenita! Tranquila, a Marta se le pasará, ya lo verás.

—No es solo eso —susurré en su oído con mi cabeza apoyada en su hombro. — El nuevo jefe...

—Ya, te pone nerviosilla. He visto cómo lo miras, con una cara... ¿me tengo que poner celoso?

—Si supieras... —Resoplé.

—Como ves, nuestros empleados son como una gran familia —oí decir a Jorge, que acababa de entrar junto a Sahib.

—Lo siento, Jorge —dije levantándome apresurada del regazo de Enrique.

—A mí, vuestras... *extravagancias* siempre me han parecido simpáticas. A partir de ahora tenéis que responder ante otra persona y creo que sería mejor que adoptaseis un comportamiento más decoroso —comentó amable como siempre.

—Yo lo agradecería —añadió Sahib con frialdad.

—Por supuesto, no volverá a pasar, creí que estábamos solos... —dije tratando de disculparme.

—No necesito explicaciones, solo que no se repita —me cortó Sahib.

—Bueno, ya está aclarado —medió Jorge para intentar distender el ambiente. —En un rato os llamamos a los que quedáis y terminamos las entrevistas.

Se marcharon por el pasillo en dirección a los despachos, mientras yo lamentaba la suerte que estaba teniendo ese día y lo peor era que aún no había terminado.

Capítulo 32

Sahib

Traté de disimular ante Jorge mi crispación. Ver a Lorena sobre el otro arquitecto, un tipo, aunque peculiar, bastante atractivo, me había alterado. Respiré antes de girarme y tomar asiento en el que había decidido sería mi despacho, aquel que, hasta hacía nada, era el de Jorge. Los grandes ventanales que dejaban ver los pinos y que entrase la luz a raudales me convencieron.

—Discúlpalos, Sahib. A Lorena le ha costado integrarse y Enrique es una persona empática y generosa, que junto a su marido Tomás, trata de hacerle su aterrizaje en Marbella menos duro. Aquí somos como una gran familia...

—No..., no pasa nada. No le demos más vueltas —dije algo confundido.

La Lorena que yo había conocido no habría tenido ningún problema para adaptarse a cualquier lugar o circunstancia y, por supuesto, no habría necesitado ayuda. Una ayuda que en este caso, para mi tranquilidad, estaba proporcionada por alguien que no tenía un interés en ella como el que despertaba en mí, por más que yo deseara no sentirlo. Al igual que aquel día de hacía un año, cuando la vi por primera vez, seguía sin comprender qué me pasaba con esa mujer.

—Bueno, pues ya solo nos quedan los tres arquitectos, que entiendo serán en quienes más te apoyes. Podríamos verlos juntos, son un gran equipo y trabajan en muy buena sintonía —comentó Jorge sacándome de mis pensamientos.

—Me parece buena idea. —Me sentí aliviado de no tener que enfrentarme a solas con Lorena en ese momento. Necesitaba tiempo y prefería templar mis emociones. — Puedes enseñarme algo de sus trabajos aquí, o previos, para hacerme una idea de sus capacidades y su creatividad.

Revisamos los últimos proyectos que se entregaban en breve. Me llamó la atención que todo lo que venía firmado por Lorena tenía un perfil bajo en cuanto al riesgo estético. Todo era correcto e impecable; aun así, muy convencional y, por ende, nada extraordinario.

Como sabía que había sido la última incorporación al despacho, me interesé por los diseños que Lorena presentó para optar al puesto. Y de nuevo, me desconcertó, ya que ni había rastro de los que me llevaron hasta ella, aquellos que me hicieron admirarla y contratarla, ni tampoco, ni una mención al *Tanoura Building*. No entendía nada.

Empecé a masajear mis sienes. Necesitaba salir del paso. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, aunque en realidad todo se concentraba en una sola, o más bien en una única persona. Aquella que me confundía sobremanera, pero que era a la vez quien tenía las respuestas a todo: Lorena. Aun así, iba a mantener las distancias. Era lo más conveniente.



Me despedí de Jorge, una vez me entregó la copia de las llaves de Emilio y me mostró las indicaciones de la alarma. Quedamos en que, al día siguiente, él descansaría y me dejaría a mi aire. Si lo necesitaba solo tenía que llamarlo.

La verdad es que la actitud generosa y cercana de Jorge estaban resultando un plus con el que no había contado y le agradecí todas las facilidades que me estaba brindando. Era cierto que había pagado un precio bastante generoso por aquel estudio de arquitectura, aun así, no solo su disposición, sino también su carácter jovial y abierto, respaldaban la convicción de que la adquisición había sido un acierto. Además, emprendía mi andadura con clientes que habían dejado a la espera hasta conocer el futuro de la empresa.

El principal activo del estudio era la realización de viviendas singulares, desde chalets más tradicionales a pretenciosas mansiones y, como no, reformas. Si bien, en lo que destacaban era en crear viviendas de lujo, donde en cada nuevo encargo proyectaban superar el anterior, motivo por el cual eran muy demandados.

El día había sido intenso y estaba agotado. Agradecí la reunión conjunta en la que Pablo llevó el peso por parte del grupo de arquitectos, demostrando seriedad y un gran conocimiento del mercado local e internacional, ya que, en alguna ocasión, ciertos clientes —a los que habían llegado a través de sus residencias en Marbella—, les habían propuesto encargos en otros países.

Lorena y Enrique habían escuchado atentos y aportaron algún detalle, de cuando en cuando, nada que hiciera que tuviesen que intervenir de forma individual. Puede que la situación en la que los había encontrado antes y mi forma fría de afrontarla les hubiese hecho mantenerse en un segundo plano, y dejaron el protagonismo al que en realidad era un compañero de igual posición en la empresa, aunque con mayor antigüedad.

No había hecho nada para que cambiasen esa actitud, más bien pasiva, durante la reunión. En parte era mejor de ese modo, poco a poco los conocería y sabría cómo se manejaban cada uno de ellos, incluso Lorena, que me tenía muy despistado con esa desconocida actitud conformista.



Cansado, pero bastante satisfecho, me dirigí al coche que me había prestado la pareja de Michael, Beatriz. Me moría por llegar a su casa, y al parecer aún no iba a poder ser porque, quien hacía que estuviese *bastante* y no del todo satisfecho, me esperaba apoyada en el capó.

—¿Cómo has sabido que este es mi coche? —pregunté para tratar de reponerme del impacto de tenerla a solas cerca de mí.

—Conozco todos los demás, era el único que veía por primera vez, así que no ha sido muy difícil —contestó con suficiencia y un toque arrogante propio de la Lorena que yo recordaba.

—¿Qué se te ofrece? —pregunté de forma distante.

—¿Se me ofrece? ¿En serio, Sahib? ¿Así vamos a hablarnos? —Cruzó los brazos sin dar crédito a mi actitud.

—¿De qué exactamente crees que tenemos que hablar?

—¡Pues anda que no hay de qué! Como... ¿qué haces aquí en Marbella? ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué has comprado el estudio? ¿Qué pasa con tu trabajo en Dubái? —Paró su atropellada retahíla de preguntas y sus aspavientos con las manos, cuando sin moverse buscó mis ojos. —De... ¿cómo estás? ¿Cómo llevas...? —dijo esto último suavizando su voz.

—No. —La corté con la mayor frialdad que logré mostrar para evitar que pudiese llegar a intuir lo que sentía en ese momento—. Yo, salvo temas relacionados con el estudio, no tengo nada más que hablar contigo, Lorena —zanjé y accioné el mando para abrir el coche.

—Quedamos en que cuando volviésemos a vernos seríamos amigos, ¿no lo recuerdas? —

preguntó algo triste y hurgó de nuevo en mis ojos para ver si me ablandaba, cosa que no ocurrió—. Lo tengo por escrito —dijo y recuperó algo su tono desafiante.

—Al parecer no soy el único que no cumple con lo que dice, así que, salvo para temas profesionales... —dije al abrir la puerta del coche.

—¿En serio?

—*Es lo mejor, créeme* —le dije utilizando las mismas palabras que ella empleó en el pasado conmigo—. Si no te importa apartarte, quiero irme a descansar, estoy agotado —contesté con la misma fría actitud.

Ella retiró el peso de su cuerpo que había mantenido apoyado sobre el coche y me cerró la puerta de un portazo para ponerse frente a mí. Esta sí era Lorena.

—Si no vamos a hablar y a tener una relación de cordialidad, no creo que pueda trabajar para ti —me amenazó aproximándose tanto que pude oler su perfume a vainilla, ese aroma que tantos recuerdos me traía, y que me hizo dar un paso atrás. —¿No eras tú el que me sacó de un coche porque querías hablar? — Ella salvó la distancia y siguió avanzando, poco a poco, pero con determinación. Cada vez estaba más cerca, tanto que notaba su cálido aliento en mi rostro—. ¿Qué pasa ahora? —su cuerpo casi rozaba el mío—. ¿No dices nada?

No, no dije nada porque en ese momento lo único que quería era besarla. Dejarme llevar por su fuego, convertir esa rabia en pasión, no pensar y solo sentir. Sentirla como la había recordado, enredada en mi boca y en mi cuerpo; como la había añorado cada tarde que visitaba las dunas del desierto y mi mente volaba a su cuerpo desnudo sobre la alfombra bajo las estrellas; como la extrañé en aquel sofá mirando al skyline de Dubái, que ya no fue nunca igual porque ella no estaba para compartir los atardeceres...

—Si crees que trabajar para mí puede suponerte un problema —dije tras recuperar la cordura y apartarme de ella lo suficiente para que su influjo no me hiciera capitular—, además de la indemnización que ha comentado Jorge yo me haré cargo de ofrecerte algo más.

—Esta vez no te vas a deshacer de mí con dinero, Sahib. Esta vez no. Es más, si quieres te devuelvo lo que me pagaste en Dubái... no puedo tocar ese maldito dinero —dijo con la voz rota—. ¡Uf! —exclamó tapándose la cara con las dos manos—. ¿Por qué me he equivocado tanto? —preguntó negando una y otra vez.

»Se acabó —susurró—, no puedo seguir así... Si no quieres hablar, nada de lo que he hecho, de lo que Anisa quería para ti..., ha tenido sentido.

—¿De qué estás hablando? —pregunté totalmente confundido y a punto de perder la cordura.

—¿Ahora quieres hablar? —preguntó con sarcasmo—. Mañana tendrás mi carta de renuncia. No quiero ni indemnización ni recomendaciones.

—No te puedes ir así. —La sujeté del brazo para retenerla.

—Sí, claro que puedo —dijo Lorena desafiante.

—¿Anisa? ¿Qué sabes tú de ella?

—Averígualo —dijo soltándose de mi agarre. Recogió su bolso del capó del coche y al pasar a mi lado para irse, añadió— ¡Ves cómo teníamos que hablar, Sahib!

Capítulo 33

Lorena

Aceleré para salir de allí y perder de vista a Sahib. Me incorporé a la autovía e hice un esfuerzo por concentrarme en el tráfico que, como siempre, era intenso. A mi mente venía una y otra vez aquella madrugada que pasé con Anisa y, sobre todo, aquella pregunta: «¿Qué quieres de él?».

Entonces no lo sabía, como le dije con sinceridad aquella noche de hacía casi un año. Sin embargo, después de todo lo que había pasado... De conocer su historia, su vida y de ver a través de sus ojos a Sahib, unido a todo lo que sentí y de lo que fui consciente cuando dejé Dubái, hicieron que terminara enamorada de él con la esperanza de que volviéramos a encontrarnos.

A lo largo de los pocos meses que tuve relación con Anisa, uní a mis recuerdos sus confidencias sobre Sahib. En ellas descubrí al hombre sensible, generoso, paciente, algo audaz, aunque siempre sin transgredir las normas, atento y amoroso con los suyos, que yo había percibido, tanto en Sahib como en el jeque, y que me habían llevado a saber *lo que quería de él*.

No paraba de tratar de entender qué había ocurrido para que el Sahib con el que acababa de discutir estuviese tan alejado del que yo había esperado encontrar, y una idea apareció en mi mente. Puede que, tal vez, mi marcha y la pérdida de Anisa lo hubiesen cambiado. Era posible. Aun así, su esencia debía de seguir en él y eso me daba pie a no perder la esperanza de hacer regresar al Sahib que conocí, al que me miraba con admiración, el que me deseaba, aquel que me tranquilizaba con sus palabras al arrullo de su voz.

Sí, cabía la posibilidad de que estuviese en su interior, pero una duda me asaltó. ¿No lo habría idealizado? Tal vez el tiempo y la distancia, junto a las historias de Anisa, me habían llevado a crear una imagen suya alejada de la realidad. Si lo pensaba bien, solo pasamos unos días juntos y con mucha probabilidad podía haber tergiversado mis recuerdos. Una memoria distorsionada que me habría hecho fantasear con un Sahib que nada tenía que ver con la persona con la quien me había reencontrado.

∞∞∞∞

Por fin en casa, después de uno de los días más desagradables que recordaba en los últimos tiempos, y tras dejar que algunas lágrimas se fueran por el sumidero con el agua de la ducha, pude sentarme frente a ese mar, que junto al vaivén de las hojas de las palmeras movidas por la brisa nocturna, lograban serenarme.

No tenía aquí ni el inmenso palmeral de la casa de mi hermana, ni el del jardín, que tanto se le parecía, del chalet de Sahib en Dubái, pero el par de hileras de palmeras que franqueaban el paseo marítimo y algunas situadas en la arena, sumadas a la visión, el olor y el sonido del mar, eran más que suficientes para conseguir evadirme y encontrar la calma que en ese momento tanto necesitaba.

∞∞∞∞

Amanecí temprano después de una noche de mal dormir. Al encender el teléfono me encontré con el mensaje de Marta de que había llegado bien a casa y que ya iba de camino a la revisión, que luego me contaría. En unos días todo volvería a ser como siempre. O eso esperaba, ya que tras cualquier discusión no tardábamos demasiado en olvidarla.

Decidí salir a correr, había descubierto que me despejaba la mente y me subía las endorfinas, y estas últimas las necesitaba con urgencia. Por costumbre, durante la carrera, me dedicaba a organizar el día. En ese momento, más que repasar la agenda, tenía que decidir cómo actuar. Una buena sudada y una ducha de agua fría me dejaron como nueva.

∞∞∞∞∞

Dejé mi coche en el mismo lugar donde, hacía unas horas, había discutido con Sahib. El recuerdo de la noche anterior, su frialdad y la forma de tratarme me convencieron de que hacía lo correcto. Tomé aire y salí para llevar a cabo lo que había decidido.

Como había imaginado, al ser temprano, el estudio estaba desierto y él no había llegado aún. Me fui a mi mesa, ordené y distribuí, por email, mis temas pendientes entre mis compañeros. Recogía mis objetos personales y los metía en una caja, como en las películas americanas, cuando Enrique entró por la puerta —solíamos ser los primeros en llegar, y lo aprovechábamos para ponernos al día de nuestras cosas—.

—¿A qué viene eso? —preguntó con la cara desencajada.

—Buenos días, a ti también.

—Si es lo que me estoy imaginando, de buenos no tienen nada, Lorena.

—Imaginas bien —respondí algo triste.

—Pero ¿por qué?

—Ayer no te lo dije... Es *él*.

—¿Cómo *él*? —preguntó Enrique confundido.

—Nuestro nuevo jefe, es mi *él*, ese del que nos hemos pasado horas hablando los últimos meses cada vez que tú y Tomás me dabais más vino de la cuenta.

—¡Oh! —gritó— ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo estás, morenita?

Enrique se acercó a mí, tras reponerse del impacto, y abrió sus cálidos brazos donde me dejé caer. Apoyada en su pecho me acunaba con dulzura. Su perfume con notas a madera e incienso me recordaba a mi ciudad y él, con su alegría y su cariño, era lo mejor que había encontrado en Marbella en los últimos meses.

—¡Ay, mi niña! Por lo que veo no ha ido bien el reencuentro, porque de otro modo estarías radiante y no con cara de funeral.

—Nada bien. En realidad ha ido fatal, así que prefiero no estar aquí para evitar nuevos roces, porque ni estoy preparada ni tengo ganas —dije cansada—. Mejor me voy antes de que venga. Ya lo tengo todo y le he dejado mi carta de renuncia en su mesa.

—No te vayas —me suplicó—, seguro que hay alguna solución.

—Necesito tiempo y distancia, otra vez. El mantra de mi vida —me lamenté.

—Dame otro abrazo —dijo en un fingido sollozo propio de su adorable dramatismo.

Me dejé mecer de nuevo por él y deposité un beso rápido en sus labios. Al separarnos y

girarme para coger mis cosas, vi que Sahib nos observaba desde la entrada con cara de pocos amigos.

Otra vez había montado una escena poco profesional. Lo miré con detenimiento sin saber interpretar sus ojos. ¿Qué era ese fuego que se veía en ellos? ¿Era desaprobación o era algo diferente? Fuera como fuese, no me iba a quedar para averiguarlo. Separó sus ojos de mí, dejó un escueto buenos días y puso rumbo a su despacho.

—La verdad, morenita, es que tienes muy buen gusto. Perdona que te lo diga en este momento, pero por Dios ¡qué hombre!

—¡Pues sí! —No pude más que reírme, con cierta amargura, y dejé escapar un profundo suspiro. —Es un defecto que tengo. Me gustan muy hombres.

—Pues, como a mí, viriles como mi Tomás.

—Te llamo luego, que me vendrá bien cenar en tu casa. —Hasta en estos duros momentos conseguía sacarme una sonrisa.

—Aviso ahora mismo a Tomás, para que te prepare algo rico.

—Y vino..., mucho vino blanco.

Iba a levantar el teléfono cuando empezó a sonar. Era una llamada interna. Enrique y yo nos miramos. Empecé a negar con la cabeza con insistencia y, a pesar de ello, él lo cogió.

—Sí, por supuesto. —Le oí decir al cabo de unos segundos.

Cuando colgó me lanzó una mirada maliciosa.

—Tú él dice que vayas a su despacho, ahora mismo.

—No, de eso nada —dije cogiendo mi caja dispuesta a marcharme.

—Lorena, te recuerdo que, aunque hayas dejado una carta de renuncia, no has cumplido los días de preaviso, te puedes quedar sin indemnización. No seas inconsciente.

—Me da lo mismo. Te veo luego.

—¡Lorena! —gritó, pero yo ya salía por la puerta en dirección a mi coche.

Acababa de cerrar el maletero, después de dejar allí la caja con mis cosas, cuando empecé a cruzarme con los compañeros que llegaban al estudio. Se repitieron los saludos y los buenos días. Si alguien me veía subir al coche tan de mañana, sin ni siquiera asistir a la reunión matinal, donde se planteaba el día y donde comentábamos las visitas de la jornada, se extrañarían y tampoco me apetecía mentirles, así que hice tiempo y disimulé con el móvil.

Ya no quedaba nadie por llegar, era el momento de alejarme de otro trabajo, que si bien no había sido uno de los más estimulantes a nivel profesional, sí lo había sido en lo tocante a lo personal. Pero esos tiempos habían terminado con la marcha de los dos socios fundadores y Enrique había llegado a mi vida para quedarse.

Eché un último vistazo al chalet. De estilo cúbico, con enormes ventanales y rodeado de pinos, era uno de los lugares más agradables donde había trabajado y me iba con una sensación agri dulce. Otro abandono. Una vez más a empezar de nuevo, y ya no me resultaba ni tan divertido ni tan excitante. Empezaba a estar cansada. Muy cansada.

Me giré para abrir la puerta del coche cuando oí cómo Sahib me llamaba.

—Lorena —dijo alzando la voz. —Lorena, espera.

Quería irme, pero no podía moverme. Mi cuerpo no reaccionaba. Estaba paralizada. Cuando lo sentí a mi espalda y escuché casi en un susurro: «Por favor, no te vayas. Así no.», me volví.

Algo en sus ojos me dijo que el Sahib que recordaba seguía ahí, que no me lo había inventado. Fue tal la emoción que sin pensarlo me dejé caer sobre su pecho y abracé su cintura. Él me atrajo hacia su cuerpo con fuerza y me abandoné a la reconfortante sensación de volver a

estar entre sus brazos, de sentir su calor, de notar su latido y el vaivén de su respiración, de oler su aroma masculino y exótico... Durante ese instante fui consciente de que quería estar a su lado, que quería tenerlo cerca.

Me separó de él con suavidad y buscó mi mirada. Al ver mis lágrimas, la preocupación tiñó su rostro y trató de limpiármelas con sus pulgares mientras yo sentía sus manos sobre mí. Él se seguía preocupando por mí. «Puede que no todo estuviese perdido», pensé y sonreí. Sin embargo, en lugar de devolverme el gesto, frunció el entrecejo confundido, su mirada se tornó distante, alejó sus manos de mi cara, dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—No puedes marcharte, tienes obligaciones que cumplir antes de abandonar la empresa.

—¿La empresa? —pregunté confundida.

—Estás en tu derecho de no seguir bajo la nueva dirección...

—¿Perdona? ¿Me estás diciendo esto en serio, Sahib?

—Por supuesto —contestó de forma automática, sin ningún atisbo de emoción.

—¿Qué diablos pasa contigo? Si Anisa te viera, no solo no te reconocería, sino que se disgustaría.

—¿Tú?... ¡Tú no sabes nada de ella! —Los ojos de Sahib se encendieron y recuperaron la viveza. Prefería su rabia mil veces antes que esa formalidad artificial que había adoptado.

—Puede que mucho más que tú, mucho más.

—Claro, claro..., Lorena.

—¿Acaso te contó alguna vez a ti algo del gran amor de su vida? Ese que sintió tras la pérdida de su marido, Abdel.

—Su gran amor desde entonces fui yo —me espetó con suficiencia.

—¡Ay, Sahib! —dije tratando de sopesar mis palabras, aunque estaba demasiado encendida y no pude medirlas—. No, no te voy a discutir que el amor que te profesaba era inmenso, tanto que gracias a ello, y a *ella*... , ¡hasta yo me he enamorado de ti! Pero fue otro hombre de tu familia, el más querido para ti, quien en secreto la colmó de dicha hasta que, como *ella* decía, Alá lo llamó.

¡Dios! En cuanto terminé de decírselo, ya me había arrepentido. ¿Cómo había podido hacerlo? *Ella* me confió su secreto y había bastado que Sahib me sacara de mis casillas para demostrarle que él no lo sabía todo de Anisa. Mi arrogancia y mi suficiencia me habían podido.

Su cara demudada me hizo ver cuánto le acababa de afectar lo que le había revelado. Desde que él había aparecido me había vuelto a dejar llevar, de nuevo no controlaba mi impulsividad, primero al discutir con mi hermana y ahora al traicionar la confianza de Anisa. Tenía que poner distancia y regresar a la serenidad que tanto me había costado conseguir.

Me subí al coche, arranqué y volví a dejarlo en el mismo lugar que la noche anterior. Seguro que mucho más confundido, si eso era posible.

Capítulo 34

Sahib

La dejé irse. Necesitaba asimilar lo que me acababa de decir. Quería salir de allí y perderme, pero ¿dónde? Apenas conocía la ciudad, tampoco tenía un lugar que fuese mío. En ese momento, eché en falta la intimidad de un hotel y por mi cabeza pasó reservar una habitación. Sin embargo, no quería ser descortés con mi anfitriona, aunque Michael ya había regresado a Londres, no era correcto. Por otro lado, era mi primer día en el despacho, no podía, o más bien no debía, irme sin más.

Al volver a la oficina, vi a los empleados alejarse con rapidez de las ventanas. Cogí aire para insuflarme fuerzas. Esto era muy distinto a Dubái; a ninguno de mis antiguos subordinados se les hubiese ocurrido observarme. Ni siquiera en Inglaterra, donde me había formado, con su discreción y formalidad, esta situación se hubiese dado. Aun así, esto era España, o más bien Andalucía, como me había advertido Michael, y aquí todo era muy distinto. ¿Sabría adaptarme a este carácter? ¿Había creído que todos serían como Anisa?

Me fui directo a mi despacho mientras todos aparentaban una normalidad muy lejos de ser real. Yo traté también de recomponerme y seguir como si no hubiese pasado nada, de modo que llamé a Pablo para que se reuniera conmigo.

—Buenos días, ¿paso? —dijo desde el umbral de mi puerta abierta.

—Buenos días, por supuesto. Toma asiento —comenté haciéndole un gesto para que se sentara frente a mí—. Me gustaría ver varios temas contigo, sobre todo la organización del día a día, quiero mantener en principio vuestra manera de trabajar, y para ello me gustaría apoyarme en ti.

—Gracias por la confianza —sonrió Pablo satisfecho, y supe que se entregaría al cien por cien en todo lo que le iba a proponer.



Me había centrado en el trabajo y, a pesar de mis esfuerzos, más de una vez vino a mi mente la conversación de esa mañana con Lorena. Conseguí llegar a la hora en la que salían a comer más o menos centrado. Esa era otra de las cosas que tenía que asimilar, un horario partido por horas destinadas en exclusiva al almuerzo, que en estas tierras era copioso y pausado, y si era posible acompañado de la siesta. Michael ya me había puesto en antecedentes y Pablo me lo corroboró, pues se trabajaba de nueve a dos y después de cinco a ocho, salvo en verano que hacían la jornada intensiva, estableciendo guardias por las tardes.

Un nuevo proyecto en un país desconocido, con costumbres y comportamientos que me resultaban ajenos, todo por poder alcanzar mi sueño —construir las ilusiones de los demás y dejar una parte de mí en ellas—, y tratar de ser yo mismo, lejos de la influencia de mi padre, de repente, me parecía una situación más dura de lo que había previsto. Si a ello se le sumaba la presencia de Lorena, todavía se complicaba más. Tenía mucho en qué pensar.



Pablo me había recomendado varios restaurantes para almorzar cerca de la oficina, algunos con vistas al mar —sabía que lo adecuado habría sido llevarlo a comer conmigo, pero necesitaba estar solo—, y me decanté por uno a la orilla de una playa.

Empecé a conectar con esta tierra. Comida sabrosa, ambiente tranquilo y selecto, buena atención y el mar de fondo, ayudaban a que mi decisión, de vender mis acciones de la empresa familiar a mi hermano Nasim y de dejarlo todo para empezar aquí, no me pareciese un total desacierto y conseguí algo de sosiego.

Allí seguía lo que ella me había dicho esa mañana y no conseguía sacarlo de mi cabeza. ¿Era cierto? ¿Podía creerme sus palabras? ¿Para qué iba a mentir? Cierto que estaba alterada y con Lorena todo era posible. Aun así, jamás, en lo poco que estuvimos juntos, necesitó decir algo que no fuese cierto. Por más que pareciera otra, era ella. Bastaba una chispa para que saliera su fuerza, su pasión, esa que me podía y que sabía que, en el fondo, quería volver a sentir.

Había dicho que se había enamorado de mí. Eso, de entre todo lo que me había revelado, era lo que más me había impactado. No dejaba de extrañarme cómo era posible que ella hubiese tenido contacto con Anisa; y mucho más que *ella* le hubiese revelado que, durante muchos años, fue la amante de mi abuelo, algo que yo no necesité escuchar de sus labios para confirmar mis eternas sospechas.

En qué modo, desde cuándo o por qué ellas habían mantenido el contacto, me generaban una enorme curiosidad, pero lo más sorprendente era que Lorena, en su ataque, me había confesado que me amaba.

De repente, vino a mí el recuerdo de cuando le pedí que me conociera y ella me preguntó que para qué. ¿Qué había cambiado? ¿Qué había ocurrido para que ahora sí? ¿Qué le había dicho Anisa?



Antes de que todos se fuesen de la oficina hice venir a quien, así me había dicho Jorge y yo mismo había visto, tenía más cercanía con Lorena en todo el estudio. Enrique entró y me miró con curiosidad.

Era un tipo alto y elegante, de maneras educadas y cuidadas, que llamaba la atención por su aspecto como de otra época, casi aristocrático. Pelo largo engominado, unas gafas metálicas redondas doradas y una indumentaria propia de los años de entre guerras, le hacían parecer salido de una película de Agatha Christie.

Aunque los empleados empezaban a marcharse, le pedí que cerrara la puerta. No íbamos a hablar de nada relacionado con el estudio. Necesitaba saber algunas cosas y, si de verdad él era su amigo, esperaba contar con su ayuda para averiguarlas.



Como había intuido, no me equivoqué con Enrique. Gracias a él todo podía cambiar. Empezaba

de nuevo el juego. Yo volvía a la partida, y aun sin tener todas las cartas a la vista, y sin saber si quería ganarla, iba a aprovechar que tenía ventaja. En la siguiente mano me tocaba mandar a mí.

Capítulo 35

Lorena

Llegué a casa de Enrique y Tomás sobre las nueve y media, para que les hubiese dado tiempo de terminar de preparar todo. Eran unos sibaritas. Tomás, un cocinillas estupendo, y Enrique, un anfitrión que cuidaba hasta el mínimo detalle.

Las cenas en su casa eran una exquisitez para todos los sentidos. No solo disfrutabas con el paladar, la vista era regalada con mesas decoradas con mimo, el olfato alegrado con velas aromáticas, y el oído deleitado con alguno de los discos de música clásica que atesoraban, donde además de la pieza te acompañaba el sonido de la aguja al girar por la superficie del vinilo.

Compartir la mesa y comentar los acontecimientos y pensamientos que les inquietaban o emocionaban, era fundamental en su relación de pareja. Era su momento. Todo un ritual que repetían a diario y en el que se esmeraban y deleitaban. Siempre me arreglaba para acompañarlos, ya que ellos se vestían para cenar —nada de ropa de andar por casa, ni pijamas—, pero hoy esperaba que me perdonaran.

Me sentía afortunada de cómo había sido acogida por ese matrimonio extraordinario, no solo en sus formas, sino, sobre todo, en su fondo, donde habitaba un gran amor.

Llamé al timbre de la puerta del chalet y al abrir vi que Enrique me esperaba en el porche del jardín delantero.

—¿Qué pintas son esas? —preguntó horrorizado al verme en vaqueros, con un jersey viejo ancho y zapatillas de deporte—. ¿Y ese peinado? —comentó sobre mi pelo recogido en un moño mal hecho.

—Perdóname, no he tenido fuerzas. Por favor, por favor... —supliqué.

—Conoces las reglas de sobra. ¡Anda!, sube conmigo a ver qué podemos hacer.

—No hace falta, además, ¿qué piensas que me puede servir de vosotros dos?

—Querida, tú y yo tenemos la misma talla, y de mi grandullón te puedes poner una camisa blanca a modo de vestido con un cinturón. ¡Oh, qué buena idea! —gritó entusiasmado.

∞∞∞∞

Al cabo de un rato, ataviada con algunas de las prendas que me había sacado, y después de pasarme la plancha por el pelo —porque por supuesto Enrique tenía plancha—, y de maquillarme —porque también tenía algunos productos de maquillaje—, bajé a buscarlos al pequeño jardín trasero, donde solían disponer la mesa cuando el clima lo permitía, como aquella noche.

Tal y como iba acercándome, oí la música. Sonaba la banda sonora de Memorias de África, una de mis favoritas. Me alegré de haberme puesto una chaqueta sobre la camisa, a modo de vestido, no solo porque había refrescado, sino porque le daba un aire muy parisino, muy chic. Contemplé mi imagen en el enorme espejo victoriano del salón y me gustó verme atractiva. Iba a ser cierto que cuidar la imagen era importante para ayudar a mejorar el estado de ánimo, puesto que ese reflejo hizo que me sintiese un poco mejor.

Con el espíritu algo más elevado, por sentirme bien en mi piel y gracias a la música, salí al jardín donde la mesa estaba impecablemente preparada. Bajo platos color cobre a juego con la cubertería, servilletas de hilo, copas ribeteadas también en el mismo tono, velas y un centro de nardos tardíos, que aromatizaban el ambiente, se distribuían para dos.

«¿Para dos?», pensé extrañada. Puede que Tomás no nos acompañara, aunque se me hizo raro que Enrique no me hubiese comentado nada. Iba a buscarlo a la cocina cuando, por la puerta que desde allí daba acceso al jardín, salía Sahib, con una botella de vino blanco en las manos.

Nos quedamos parados, a un escaso metro de distancia, uno frente al otro sin decir nada.

—Buenas noches. —Se atrevió por fin a decir él, algo cohibido.

Yo solo podía seguir mirándolo sin dar crédito a que estuviese allí, de pie frente a mí, a la espera de mi reacción ante su presencia. Ante el impacto de verlo, tras tratar de entender cómo era posible y tener claro que era cosa de Enrique, no supe cómo reaccionar. Estaba muy confundida por lo que había esperado de él ante nuestro reencuentro y lo que estaba viviendo desde que había vuelto a aparecer en mi vida. Nada era como había imaginado y no sabía cómo actuar.

—Lorena, yo... lamento mucho mi comportamiento.

Sus ojos buscaron los míos y la dulzura que emanaban me dijeron que el Sahib que yo recordaba podía ser real, que no se debía a una idealización creada por el tiempo y la distancia. Sentí tal alivio que mis hombros se relajaron. Cerré los ojos agradecida y no pude evitar suspirar antes de morder mi labio inferior con fuerza ante el deseo de que así fuera.

Él salvó la distancia que nos separaba. Acarició mi mejilla antes de colocarme un mechón de pelo tras de la oreja, en ese gesto que recordaba tan suyo. Me dedicó una enigmática sonrisa acompañada de una larga e intensa mirada y lo vi. Vi a ese hombre que me calmaba y me enloquecía al mismo tiempo, el que me admiraba como profesional y como mujer. Él seguía ahí, y en él estaban todos y cada uno de los Sahib de Anisa.

Allí permanecía el niño que Anisa había logrado transformar con sus cuidados. Ese que dejó de ser delgaducho y poca cosa —como ella lo describió—, por el que no dejaban de preocuparse su madre y su abuelo, y a quien ella logró dar vida, consiguiendo que comiese y sonriera, aquel verano, en una Marbella no muy distinta a esta. Ese de quien se quedó prendada como del hijo que nunca tuvo, y por el que dejó su país rumbo a tierras lejanas.

El pequeño a quien consoló por la pérdida de una madre y por la ausencia de un padre frío y hasta cruel. El adolescente a quien enseñó su idioma natal, para no olvidarlo, y alguna de sus costumbres, para que le quedase algo más que el recuerdo de su patria. El joven por quien vivió su segundo gran amor en la clandestinidad, por temor a que no lo entendiera o pudiera alejarlo de ella. El hombre que la trató, más que como a una madre, como a una reina, al ofrecerle todo aquello que deseaba, como aquella casa junto al mar, rodeada de un jardín, donde pasó hasta sus últimos días.

—Gracias por estar aquí. —Fue lo único que pude decir antes de que las lágrimas inundaran mis ojos.

—No, no llores..., no puedo verte llorar.

Se apresuró a dejar la botella sobre la mesa para poder estrecharme con sus brazos y yo me dejé arropar por su calidez durante unos segundos antes de tratar de disculparme.

—Perdona, no sé qué me pasa. Yo no soy de llorar... Bueno, más bien, no era. Ahora... No entiendo nada, la verdad —dije apoyando mi frente en su pecho algo avergonzada.

Él puso su mano bajo mi barbilla y la subió para que lo mirase.

—Es solo que... estás enamorada.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—Conociéndote, como creo que te conozco, no habrá sido tu intención, pero me lo has confesado esta mañana —contestó divertido.

—¿De todo lo que te he dicho te has quedado con eso? —pregunté con fingida indignación mientras colocaba mis manos sobre su pecho para separarme de él.

—Sí, de entre otras muchas cosas de las que espero una muy pormenorizada explicación —contestó al atrapar mi cintura y volver a pegarme a su cuerpo.

—Maldito arrogante, yo no te debo nada... —Seguí con el juego y alcé la cara desafiante.

Y no pude seguir hablando porque mi boca quedó atrapada por sus labios que me besaron con fuerza, con tanta pasión, que dejaron mi mente y mi cuerpo aturdidos.

Capítulo 36

Sahib

Me costó separarme de ella. Volver a tenerla entre mis brazos, después de saber lo que sentía por mí, era demasiado tentador, pero necesitaba comprender muchas cosas antes de dejarme llevar y enredarme de nuevo en su juego.

—¿Cenamos?

—¿Cenar? ¿De verdad tienes ese tipo de hambre? No lo parece —dijo insinuante Lorena. Me encantaba ver que volvía a ser ella, descarada y segura de sí misma—. ¿O me has besado porque es la única forma en la que eres capaz de callarme?

Me separé de ella, porque si seguíamos así de cerca, no podría resistirme a besarla de nuevo, y ese no era el plan. Aun así, no pude más que sonreírle ante su ocurrencia y, en realidad, me hubiese gustado estar callándola de ese modo toda la noche. Me acerqué a una silla, la retiré de la mesa y la invité con un gesto a que se sentara.

—No sería correcto no disfrutar de esta cena, después de los esfuerzos de Tomás, en la cocina, y de Enrique, que ha hecho posible que estemos aquí para hablar.

—¿Quieres... hablar? No es lo que decía ese beso —dijo sin dejar de sostenerme la mirada ni moverse para seguir con su juego de seducción.

—No es que lo quiera, Lorena, es que lo necesito. Puede que tú tengas las cosas claras; sin embargo, yo debo resolver aún muchas dudas.

—¿Y entre ellas está lo que sientes por mí? —preguntó directa.

—No tanto lo que siento como a dónde me conduce.

—No sabes si te convengo, es eso —dijo pensativa.

—¿Por qué no cenamos, charlamos un rato y nos ponemos al día? —Hice de nuevo un gesto para que se sentase a la mesa.

—Yo no tengo hambre, aunque sí me beberé una copa de ese vino que acabas de traer.

Cogió el sacacorchos eléctrico, que estaba en una mesa auxiliar, que servía de apoyo al servicio de la cena, y tras abrirla llenó dos copas. Me ofreció una y chocó la suya con la mía diciendo:

—Por la alocada e imprudente de Lorena que no deja de equivocarse.

—No, no lo veas así —dije tratando de reconfortarla.

—¡Ah, no! ¿Entonces cómo?

—Más que alocada, yo diría divertida y espontánea; más que imprudente, arriesgada y audaz. Y no creo que pase nada porque te equivoques si es para tratar de encontrar tu lugar en el mundo..., de encontrarte a ti misma.

—¿Cómo consigues siempre ver la mejor versión de mí? No termino de entenderlo.

—Yo tampoco, pero me da igual la razón, solo sé lo que veo cuando te miro, lo que siento, lo que provocas en mí... —dejé mis palabras en el aire que ella terminó en mi lugar.

—Y a pesar de ello...

—Tenemos que hablar, Lorena. ¿O no es cierto lo que sientes por mí y solo quieres pasar un buen rato? ¿Estamos en el mismo punto donde lo dejamos la última noche de Dubái? Porque si solo quieres divertirme, yo no estoy dispuesto, no lo estaba entonces y mucho menos lo estoy

ahora.

—No, claro que no. Han pasado demasiadas cosas...

—Sentémonos y cuéntamelas.

∞∞∞∞

Sobre los restos de la cena, miraba a Lorena con ternura. Quería transmitirle mi apoyo. Los comentarios de Jorge sobre sus dificultades para adaptarse en Marbella ahora tenían sentido, al igual que ciertos comportamientos que no habían parecido propios de la Lorena que yo conocí.

Me contó cómo, una vez que dejó Dubái, se arrepintió en el mismo instante que puso un pie en España. A la primera llamada de Peter fue consciente de que no podía seguir con el proyecto, le superaba la situación de haberlo abandonado. Le recordaba que había perdido su oportunidad, y que a pesar de la indemnización no volvería a tener una oferta como aquella, su tren había pasado. Y Peter lo entendió.

Lo que en principio iban a ser unos días en casa de su hermana Marta, para descansar del viaje, se convirtieron en semanas y más tarde en meses. Se vio sumida en una crisis existencial. Había fracasado a nivel personal y profesional. Se sintió triste, angustiada e insatisfecha. No sabía qué hacer con su vida y se cuestionó todas sus decisiones anteriores.

Gracias a los cuidados de su hermana y de James, y a que insistieron en la necesidad de que viese a un profesional, porque temieron que hubiese entrado en un estado depresivo, pudo seguir adelante. Después Anisa le dio un propósito para salir de nuevo al mundo.

—¿Cuándo y cómo conociste a Anisa?

—La última noche, después de la discusión en el coche y que tras ella chateáramos quedando como amigos, sentí que necesitaba verte..., así que fui a tu casa. Como de costumbre, la puerta estaba abierta y me atreví a recorrer las estancias para buscarte. Regresaba del jardín cuando la vi en el salón. Me esperaba. Me dijo que no te encontrabas allí y yo... me marché. Pedí un coche y entonces te vi.

—Sí, recuerdo que al encontrarnos comentaste que había una mujer en mi casa, pero ella me dijo que no habíais hablado nada, que te habías marchado sin más.

—Y así fue. Lo que no te dijo es que vino a verme al apartamento al cabo de un rato.

—¿Al apartamento? ¿Cómo sabía ella...? —pregunté extrañado.

—Fadi, tu asistente personal, no solo informaba a tu padre, ella también le recompensaba con generosidad para saber de ti. La tenía al día de todo, era increíble lo que se preocupaba por cada detalle que tuviese que ver contigo.

—Y entre esos *detalles*... estabas tú.

—Exacto —dijo con cierto orgullo, sin poder evitar una amplia y dulce sonrisa.

—¿Para qué fue a verte? ¿Qué quería?

—Quería lo de siempre, proporcionarte seguridad, evitarte problemas, cuidarte..., en definitiva, velar por tu felicidad. —Buscó mi mano sobre la mesa y la estrechó. —Fue muy directa, se presentó como la mujer de tu vida, la que cuidaba de ti, como si de una madre se tratara, y lo único que necesitaba saber era qué quería yo de ti.

»Entonces lo desconocía, y así se lo dije. En aquel momento lo único que creía tener claro es que quería instalarme en Marbella y montar mi propio estudio. —Tuvo que parar a coger aire y beber agua.

Intuí que en ese punto volvía a rememorar lo mal que lo había pasado. Busqué sus ojos y esta vez fui yo quien apretó su mano para insuflarle ánimos.

—En cuanto supo que iba a venirme a vivir a Marbella, su expresión dura e intransigente cambió. Anisa necesitaba mi ayuda, quería buscar información sobre su familia con la que había perdido el contacto al irse a Dubái. Me contó, por encima, algo de su vida, lo imprescindible para despertar mi curiosidad y simpatía hacia ella. Por supuesto, le dije que podía contar conmigo. Nos intercambiamos los teléfonos y quedamos en contactarnos.

—¿Por qué no recurrió a mí? —pregunté más para mí mismo.

—Porque ella ya sabía que se moría, Sahib.

—Pero... pasaron meses desde tu marcha hasta que su enfermedad se agravó.

—Eso no lo sé, imagino que intuiría que le quedaba poco tiempo y no quería preocuparte.

—¿Cuándo volvisteis a tener contacto? —pregunté para tratar de ordenar y entender los pasos de Anisa.

—A principios de la primavera, lo recuerdo a la perfección porque fue como un resurgir. El invierno me había sumido en las tinieblas de la melancolía, y el nuevo despertar de la naturaleza, tan latente en la casa de campo de mi hermana, se me contagió. Aunque, la realidad es menos poética, ya que creo que lo que de verdad me ayudó fue la terapia y que el tratamiento farmacológico empezaba a hacerme efecto —sonrió para disipar el dramatismo a ese momento de su vida.

»Como te decía, volvía a tener ganas de hacer cosas y de repente recibí el mensaje de Anisa que me preguntaba si me había olvidado de ella, que le quedaba poco tiempo.

—Por esas fechas descubrí su insuficiencia cardíaca.

—Lo sé y también cómo la cuidaste. —De nuevo buscó mi mano al ver cómo yo cerraba los ojos y apretaba mis labios.

—Tranquila, continúa —la animé a seguir a pesar de lo duro que era recordar esos días.

—Empezamos a tener contacto casi a diario. Me dio un motivo para salir de casa de mi hermana. El empujoncito que me hacía falta para animarme a trasladarme a Marbella. Primero estuve unos días en casa de mis padres y más tarde alquilé un pequeño apartamento frente al mar. —Paró para beber agua otra vez.

—Estás cansada, y entiendo que esto es muy duro para ti..., yo no sabía...

—Tranquilo, ahora estoy bien. Volver a trabajar, vivir sola, Enrique y Tomás, mi familia... todo ha ayudado. Hace un par de meses que dejé la medicación y sigo viendo a una psicóloga.

Me costaba imaginar a Lorena, con su vitalidad y su fuerza, desolada, perdida y sin energías. Fui consciente del esfuerzo que le había supuesto y empezaba a entender algunas cosas. Volví a estrechar su mano con la mía para trasladarle mi apoyo.

—Vamos a hacer una cosa —dijo con dulzura—. Es muy tarde, y conociendo a Enrique, te habrá dicho que no hay prisa para que le avises cuándo deben volver, pero mañana es miércoles y ambos trabajan...

—¡Es cierto! Qué desconsiderado por mi parte; voy a escribirles para que vuelvan, es casi la una de la madrugada. —Puse un rápido mensaje por el móvil—. Perdón, continúa que te he interrumpido.

—Vamos a mi casa, allí puedes oír todos nuestros mensajes. Además de algunas llamadas, casi siempre nos enviábamos audios y guardo todos y cada uno de ellos. Así que, ¿quién mejor que la propia Anisa para contarte todo?

Capítulo 37

Lorena

Me despertaron los rayos del sol que se filtraban a través de la ventana acariciándome la cara. Había dormido profundamente y, aún somnolienta, el recuerdo de la noche anterior me hizo dar un salto de la cama y dirigirme al salón, donde había dejado a Sahib con mi teléfono, para que oyese mis audios y los de Anisa.

Me decepcionó ver que no estaba. En esos escasos segundos, había albergado la esperanza de encontrarlo dormido en mi sofá, al no verlo en mi cama; en cambio, el único rastro de la presencia de Sahib en mi casa era una hoja doblada bajo mi móvil.

Me tuve que sentar de golpe al leerla, porque en lugar de una nota de disculpa por su ausencia o algún otro gesto cariñoso, era mi carta de renuncia al empleo en el estudio sobre la que había escrito: «No conforme».

¡Eso no me lo esperaba! ¿Qué no había entendido de nuestra conversación? ¿No había oído los audios? ¿A qué venía esto? ¿No tenía nada que decirme?

—¡Uf! —resoplé contrariada.

En ese momento me entró un mensaje al teléfono. Era del grupo de la empresa, y el que escribía era Sahib.

[Buenos días, reunión general hoy a las 10 a.m. Todos.]

Ese *todos* estaba claro que iba por mí.

Miré el resto de los mensajes. Tenía varios de Enrique, el último de hacía unos minutos, histérico porque no sabía nada de mí. Uno de mi madre, ayer no la había llamado y me preguntaba si iba todo bien, lo que significaba que mi hermana ya le habría dicho algo de nuestra discusión.

¿Cuándo dejarían las dos de urdir a mis espaldas? Sabía que se preocupaban por mí. Y ahora, al estar cerca, era aún más latente que cuando vivía en el extranjero. Tenía que asumir que había cosas que no cambiarían nunca, salvo que la que cambiase fuese yo.

Mi madre aún no había renunciado a la idea de verme sentar la cabeza. Tenía todavía la esperanza de que o regresara con David o apareciera otro buen hombre que me metiese en vereda. Ella era de una generación que no entendía que yo no estuviese preocupada por tener cuarenta años y seguir soltera y sin hijos. Decía que un marido y varios críos me repondrían del todo de mi *batche emocional*. No había logrado que comprendiese que eso no tenía que ver con lo que me había pasado. Ciertamente sentía pena y frustración por mi fracaso con David, pero sobre todo era por no haber logrado mi éxito profesional. Un éxito que en realidad había exagerado, que no era tan necesario; sin embargo, no lo había entendido de ese modo y había luchado por destacar, me desgasté tratando de demostrar mi valía, y cuando alguien supo ver en mí algo excepcional lo abandoné... Todo eso unido al desarraigo que sentí al no saber ya cuál era mi lugar después de años viviendo fuera, era mucho más doloroso que no tener pareja o hijos. A pesar de ello, a ella no le entraba en la cabeza. «Las cosas de mi madre», pensé sin poder evitar una sonrisa.

No había ningún mensaje de Marta. Le escribí yo.

[Buenos días, hermana. ¿Qué tal fue ayer en la revisión? Espero que todo siga bien. Por aquí, yo tratando de poner orden en mi vida. He hablado con Sahib y tengo que aclarar qué hacer con el trabajo. Voy a prepararme para ir al curro, luego, si puedes y quieres, me gustaría hablar contigo. Si no, que tengas un buen viaje a Londres. Diviértete. Besos.]

∞∞∞∞

A las nueve menos cuarto entraba por la puerta del estudio. Le había dicho a Enrique que nos veíamos allí un poco antes de la hora, como hacíamos a veces, y su respuesta fue un sinfín de emojis de palmas y de flamencas bailando.

—Buenos días —dije al entrar en la oficina.

—Buenos días, morenita. ¡Ven para acá, que me tienes en ascuas!

—¡Ya te vale, guapo! Menuda encerrona la de ayer.

—¡Dios! Cuando te vi aparecer con esas pintas, con la mesa tan mona que te había montado y el menú delicatessen de mi Tomás... ¡Ay, que me pongo a divagar! Cuenta, cuenta... ¿Cómo fue?

—Pues, la verdad, es que no sé qué decirte.

—¿Cómo que no sabes? Vamos a ver, cenar, cenasteis, y estuvisteis hasta la una, y después él te llevó a tu casa... —dijo viniéndose arriba.

—Sí, pero para escuchar mis audios con la mujer que lo crio, aquella quien dejó todo atrás para ayudar a su madre enferma y a su abuelo a criarlo, y que siguió cuidándolo hasta el final de sus días.

»Le dejé intimidad en el salón mientras yo me preparaba para irme a la cama, donde le insinué que lo esperaba. Debí quedarme dormida, aunque lo hice con la seguridad de que me despertaría para enredarnos entre mis sabanas y...

—¿Y? —preguntó expectante ante mi silencio.

—Que se largó. El único rastro de su paso por mi casa es la carta de renuncia que le dejé ayer con un *no conforme* enorme.

—¡Oh! —exclamó encantado. —Ahora entiendo ese vestido. ¡Esto se pone emocionante!

—No me puedo creer que estés disfrutando con esto, Enrique —lo amonesté.

—Un poquito de entretenimiento, ¡me encanta!

No pude replicar porque en ese momento se abrió la puerta del estudio y entraba Sahib, tan condenadamente guapo como siempre. No se le apreciaba ni ápice de cansancio en sus ojos verdes. Su rostro, afilado y cubierto por su espesa y cuidada barba, estaba fresco. Una leve inclinación de cabeza y un escueto buenos días, no me dieron ninguna información sobre en qué punto estábamos.

A los pocos segundos, empezaron a llegar el resto de los compañeros y solo me dio tiempo a ponerle una mueca de desaprobación a Enrique, que sonreía pletórico, después de ver mi cara de pánfila ante la presencia de nuestro jefe.

∞∞∞∞

A eso de las diez, pasamos a la sala de reuniones. Una vez todo el equipo técnico estuvo reunido, Sahib comenzó a hablar. En su perfecto español, al que ahora le reconocía el deje suave del acento andaluz, que en el pasado me intrigaba tanto, nos anunció la captación de un nuevo cliente que traería diversos encargos al estudio.

—La empresa Nov-Kov, perteneciente al señor Ivanov Novikov, nos ha contratado para diseñar la reforma de su nueva casa aquí, en Marbella, en la Milla de Oro. Además, quiere remodelar un hotel que ha adquirido en Tetuán y está, junto a otros empresarios, sondeando diseños de distintos estudios para la construcción de un edificio de oficinas en Londres.

De repente en la sala se formó un revuelo entre la sorpresa, la emoción de los becarios y el reparo de los más veteranos, que veían que aquello no era para nuestro estudio —sí la mansión en uno de los barrios más lujosos de Marbella, pero hoteles, edificios... se salía un poco de nuestro ámbito, y ahora sin Jorge y, sobre todo, sin Emilio, que era quien siempre emprendía esos proyectos internacionales, era excesivo—.

—Silencio, por favor —nos pidió un Sahib extrañado ante nuestra reacción o, tal vez, por no estar acostumbrado a que no se le escuchase con el más absoluto respeto y sin que nadie dijese nada, si no se le preguntaba directamente. Esto no era Dubái con sus formalismos.

—Verás, Sahib —dijo Pablo tras tomar la palabra—. Voy a exponer mi punto de vista, que creo que coincidirá con el de mis compañeros, si lo ves bien.

Jamás había escuchado a Pablo con tanta parsimonia, pero recordé que, de nosotros tres, era quien estaba casado, con hijos y una pesada hipoteca a sus espaldas. El pobre no quería meter la pata.

Sahib le animó con un gesto de cabeza a que continuase.

—Ahora mismo, tras tu llegada, retomamos las peticiones de los clientes que teníamos pendientes. En el día de ayer, cerramos un par de reformas y la obra nueva de una vivienda... de mil metros cuadrados construidos —dejó este detalle para que el nuevo jefe, que no era arquitecto, entendiera la envergadura del proyecto.

—Lo sé, me lo comunicaste ayer tarde, y te felicité. No entiendo, ¿cuál es el problema? —preguntó con el rictus cada vez más desencajado.

—Somos un estudio mediano...

—Eso lo decidiré yo, ¿no te parece? —le interrumpió Sahib.

—Por supuesto, por supuesto... Yo me refería en nuestras actuales circunstancias.

—Verás, Pablo, te agradezco tu preocupación y que trates de analizar la situación, es más, he sido yo quien te ha pedido que así sea. Entiendo que, al no ser arquitecto, creas que... puede que no sepa qué me hago. Y agradeceré que me avises de aquello que estimes... no procedente. Este no es el caso.

»Tú, con varios becarios, uno de los aparejadores y un delineante, te encargarás de los proyectos que, de forma tan eficiente, cerraste ayer —dijo mirando a Pablo.

»Enrique, tú diseñarás y supervisarás la ejecución de obra de la mansión del Sr. Novikov. He visto varios de tus trabajos y estoy seguro de que ese aire moderno y actual, sin prescindir de buen gusto, encajará a la perfección. —Enrique sonreía satisfecho y más ancho que un pavo que, tratándose de él, sería un pavo real, de largas y brillantes plumas. —Búscate tu equipo.

»Para vuestro conocimiento, he dado orden en administración para que empiecen a buscar personal de los puestos que necesitéis, así como nuevos arquitectos.

De nuevo, un murmullo se extendió en la sala. Sahib volvía a no entender qué nos pasaba y miró a Pablo, quien ya no sabía si le convenía hablar sin que le preguntaran. Lo vi coger aire con fuerza y se arrancó.

—Hasta ahora, antes de contratar nuevo personal se ha recurrido a la promoción interna. Es cierto que con Lorena, que llegó después que algunos de sus compañeros, hubo una excepción. Su experiencia hizo que...

—Di que fue por mi edad, no te cortes Pablo —le interrumpí para darle oxígeno, y conseguí que mis compañeros se echaran unas risas, que a Sahib no le hicieron ni una pizca de gracia.

—Concreta, Pablo —le inquirió Sahib.

—Pues que..., habría que reconocer méritos y antigüedad a nuestros actuales becarios antes de pensar en contratar nuevo personal —concluyó Pablo.

—Me parece correcto —dijo Sahib.

Algo cambió en el ambiente, pues los jóvenes de la empresa miraban con admiración a Sahib. Un jefe que venía con energías y ganas de hacer más grande el estudio, de coger más encargos y, además, con proyección internacional, que iba a darles la oportunidad de consolidar sus carreras.

—La remodelación del hotel la va a supervisar Jorge. Como sabéis, le apetecía viajar, y al parecer su mujer es una enamorada de Marruecos. Pensaba contratar a alguien externo. Si bien, veremos los méritos de los presentes para encargarse del trabajo, planificarlo, firmarlo, supervisarlos..., aunque siempre bajo la mirada de Jorge. Del mismo modo, seleccionará a su equipo y, si hay necesidad, se contratará personal. Solo tenéis que avisar en administración.

»Para concursar por el edificio de oficinas en Londres, ya tengo claro varios diseños. Solo me queda decidir, junto a su arquitecto, que se encargará de todo en caso de ser seleccionados, cosa que espero, cuál será el más idóneo.

—Entiendo que, para ese tipo de proyecto, has previsto contratar a alguien de fuera —comentó Pablo, quien tal y como lo dijo se le cambió la cara, porque no debería haber hablado. Estábamos acostumbrados a no tener ningún tipo de filtro con nuestros anteriores jefes y le estaba costando no decir lo primero que se le venía a la cabeza.

—No, eso no será necesario —dijo y buscó mi mirada para continuar tras un silencio—. Ese arquitecto, más bien arquitecta, es Lorena.

De repente, todo el mundo me miraba sin dar crédito a lo que acababa de decir Sahib. Para mis compañeros, salvo para Enrique, yo era a quien se le encargaban los trabajos más sencillos en los meses que llevaba en el estudio.

Nos sostuvimos la mirada durante unos segundos, que se me hicieron eternos. Ahora entendía el *no conforme* y por qué estaba allí. De nuevo juntos para sacar adelante alguno de esos diseños que hicieron que me buscara para hacerlos realidad. Apreté con fuerza los labios para evitar llorar. Como en los últimos meses, mis lágrimas pujaban por salir con una facilidad que me desesperaba. Maldita sensibilidad que, una vez se había instalado en mí, no conseguía deshacerme de ella.

—¿Qué dices, lo hacemos? —me preguntó Sahib directamente, como si allí solo estuviésemos nosotros, como si el mundo se hubiese parado en ese instante, en el que, de nuevo, él me daba la oportunidad de brillar en mi profesión.

—Sí, lo hacemos —contesté y no pude más que dibujar una enorme sonrisa en mi cara.

Mis compañeros empezaron a aplaudir y alguno, para horror de Sahib, silbó de forma estrepitosa, pero una vez repuesto de la impresión, me devolvió la sonrisa.

Capítulo 38

Sahib

No podía dejar de mirarla. Su sonrisa me tenía cautivo y sucumbí a su efecto al devolverle el gesto. Necesitaba romper esa conexión, no era ni el momento ni el lugar, además, aún tenía muchas cosas que aclarar con Lorena... y conmigo mismo.

—Continuemos —observé para que cesaran los aplausos.

—¡Por favor! —Salió Pablo en mi ayuda al ver que continuaban los murmullos.

Cuando conseguimos que volviese la calma, la euforia en sus caras ante las nuevas perspectivas del estudio no había desaparecido; eso me alegraba y daba aliento. El equipo tenía las mismas ganas que yo, estábamos en sintonía y era primordial para iniciar esta nueva andadura profesional con fuerza.

—Basándonos en el reparto de los proyectos que acabo de hacer, id organizándoos, cualquier cosa estoy a vuestra disposición —comenté dando por concluida la reunión. —Lorena, a ti te espero en mi despacho —dije antes de salir de la sala.



No se hizo esperar. En menos de cinco minutos la vi acercarse a través de la pared de cristal de mi oficina. Se había arreglado para la ocasión —«muy propio de ella», pensé sin poder evitar una sonrisa—. Un ceñido vestido de punto rojo se ajustaba a su figura dibujando sus deliciosas curvas. El generoso escote me iba a obligar a centrarme en sus ojos, para no perderme en su cuerpo y mantener la cabeza donde debía tenerla.

—¿Se puede? —preguntó con suavidad.

—Por supuesto, te esperaba. Vamos a sentarnos mejor en la mesa de reuniones, allí tengo los planos. —Me levanté y dejé que ella se acercara a la mesa delante de mí para poder contemplarla con detenimiento desde atrás. —¡Uf! — Suspiré ante su visión y al notar, del mismo modo que el día que la vi por primera vez, el efecto que ella me causaba.

—¿Todo bien? —preguntó con una media sonrisa maliciosa, que dejaba claro que era consciente de lo que provocaba en mí.

Ella no sabía nada de lo que iba a pasar en la reunión que acabábamos de tener, así que se habría vestido de ese modo con el propósito de martirizarme y, a pesar del giro de los acontecimientos, no iba a dejar pasar la oportunidad de hacerlo.

—Solo me preguntaba... Sé que esto no es Dubái, aun así...

—¿Aun así...? —preguntó al sentarse mientras se subía su ajustado vestido por encima de las rodillas para dejar a la vista, al cruzarlas, sus piernas bronceadas.

—Nada, nada... dejémoslo.

—Se nos están acumulando las cosas por aclarar, Sahib. ¡Tú mismo!

Me senté frente a ella, apoyé mis codos sobre la mesa, dejé descansar mi barbilla en el dorso de mis manos y la miré fijamente. Ella me sostuvo la mirada y adoptó mi misma

posición. Podía oír el ritmo de nuestras respiraciones y cómo se acompasaban. Un leve movimiento en la comisura de sus labios me indicó que trataba de contener las ganas de reír y yo no pude evitar hacerlo.

Me apoyé en el respaldo y la miré tras recuperar la compostura.

—¿En qué punto estamos, Sahib? —preguntó Lorena tomando la iniciativa.

—Debemos empezar eligiendo uno de tus diseños. Había pensado ver los terrenos a través de Google Earth y tener una panorámica del entorno...

—¿Cómo? —preguntó interrumpiéndome— Yo... me refería a nosotros.

—Ese tema es mejor tratarlo fuera de aquí. En este entorno nos debemos ajustar a una relación estrictamente profesional, en nuestro comportamiento y en los... *detalles* —dije al tiempo que recorría con la vista su indumentaria.

—Pero...

—Lorena, sé que tenemos cosas que aclarar, y ten por seguro que lo haremos, aunque todo eso tendrá que esperar. Este estudio es ahora mi prioridad, de él depende mi futuro, lo he dejado todo atrás...

—¿El trabajo es tu única prioridad? ¿Qué pasa conmigo, con nosotros, eso también lo has dejado atrás?

—Te recuerdo que fuiste tú quien desapareció y quien decidió quedarte atrás. Tú intrigaste con Anisa para que dejara de estar bajo la influencia de mi padre, para que emprendiera una nueva vida; de modo que necesito encontrarla antes de decidir si quiero compartirla con alguien, y si quiero que ese *alguien*... seas tú.

Esta vez no había tenido necesidad de besarla para dejarla callada.

—¿Estás dispuesta a mantener una relación estrictamente profesional cuando estemos en el estudio? —le pregunté adoptando un tono neutro que no reflejara el miedo que sentía a que dijese que no—. Te estoy ofreciendo, y esta vez sí, siempre que ganemos la adjudicación del proyecto, que puedas ver hecho realidad uno de tus magníficos edificios. —Y aquí, sí dejé que mi admiración por su capacidad creativa hiciera aparición.

—¿Lo que te interesa de mí son mis servicios como arquitecta?

—A Sánchez-Molero & Alqasimi Estudio de Arquitectura, sí.

—¿Y a ti, Sahib?

—Ahora mismo... no lo sé —contesté sin que apenas me saliera la voz del cuerpo, ya que, a pesar de que era lo que me dictaba mi cabeza, lo que sabía que me convenía, lo que de verdad deseaba era decirle que quería todo con ella, que me daba igual sus errores, el daño que me había causado su ausencia, sus argucias para hacer que acabara aquí y que ella tuviese otra oportunidad..., que tuviésemos otra oportunidad.

—De acuerdo, no voy a volver a dejar escapar la posibilidad de marcar un antes y un después en mi carrera. El resto... lo iremos viendo.

—Me alegra volver a trabajar contigo —le confesé.

—No te alegres tanto... todavía. Tengo fama de exigente, mandona, obsesa... Sorteas a quién le tocará trabajar conmigo, no te digo más.

—Si necesitas tu propio equipo, solo tienes que pedirlo.

—¿Puedo pedirte lo que quiera? —preguntó con voz insinuante y empezó a reír al ver mi cara de estupor, al temer cualquier cosa. —Quiero trabajar en el despacho de Emilio, bueno el que ahora es de Jorge, como él se va a Marruecos... ¿Puedo?

Me llevé la mano a mi barbilla y comencé a acariciármela. Había sido consciente en la reunión que existía una especie de orden dentro del equipo, y ella no hacía mucho que había

llegado, aun siendo arquitecta de proyectos. Además, lo que íbamos a llevar entre manos aún no era una realidad.

—No, aunque es cierto que hay que redistribuir los puestos —iba hablando al mismo tiempo que pensaba—. Ese despacho se lo voy a dar a Pablo y a Enrique, tú puedes trabajar aquí conmigo, hay que dejar espacio para las nuevas contrataciones. Si sacamos esta mesa de reuniones de aquí, podemos habilitarte una zona de trabajo, así seremos más eficientes, y siempre dispongo de la sala de reuniones para atender a los clientes.

—¿Estás seguro de que me quieres tan cerca? —preguntó maliciosa.

—¿Tan irresistible te crees? —contesté entrando en su juego, al que no podía resistirme más.

Retiró la silla, y al levantarse, recolocó su vestido y lo ajustó a su cuerpo sin dejar de mirarme. Esgrimió una amplia sonrisa de satisfacción antes de decir:

—Ya lo creo, además sé que a ti te lo parezco.

—Me lo parecías... —contesté; si bien dudé que hubiese logrado darle toda la autenticidad que pretendía a mis palabras.

—Todo se andará, Sahib —dijo al girarse para salir de mi oficina—. Voy por mis cosas y ahora vuelvo... para trabajar.

Una vez que la perdí de vista por el pasillo, no había dejado de mirarla hasta que desapareció, fui consciente de lo endiabladamente complicada que iba a ser aquella situación. Sus diseños merecen la pena el riesgo, me dije para convencerme de que era por eso, por lo que la quería tener cerca.

«Voy a poder resistirme», me repetí varias veces para conmoverme, pero... ¿podría?

Capítulo 39

Lorena

El miércoles, después de la intensidad de los dos últimos días y una vez que, tras hablar con mi hermana, sentí que nuestro rifirrafe ya estaba casi olvidado, me fui a la cama agotada pero contenta. Poco a poco todo se iba poniendo en su sitio. A la mañana siguiente me despertó una llamada de mi móvil.

—¿Sí? —contesté con la voz pastosa y aún medio dormida.

—¿Dónde estáis todos? —preguntó un Sahib bastante alterado.

—¿Cómo dices?

—Lorena, son casi las diez de la mañana y aquí no ha llegado nadie. No entiendo nada... —contestó con un tono de preocupación, casi de alarma.

—¡Ostras! ¿Nadie te ha dicho que hoy es festivo? Es doce de octubre, se celebra el día de la Hispanidad.

—Doce de octubre... —repitió a media voz, seguido de un profundo suspiro y un largo silencio—. Para mí esta fecha tiene otro significado —dijo Sahib algo contrariado, antes de añadir—, y no es digna de celebración.

En ese momento, tuve la certeza de que se refería a la última vez que nos vimos en Dubái justo hacía un año. Yo no compartía que hubiese sido todo malo esa noche. Recordaba la estupenda cena y sobre todo cómo nos divertimos en la sala de fiesta, además, a partir de cierto momento, ya no era doce, sino trece de octubre. Fui a contestar algo ocurrente sobre aquello; sin embargo, sentí que no estaba de humor y me callé.

—¿Sigues ahí, Lorena?

—Sí, ¿necesitas algo, Sahib?

—Yo... —contestó algo confundido.

—Si no he entendido mal, solo esperas de mí una relación profesional, como no es día laborable, voy a dormir un poco más.

—No, Lorena, yo dije... —Y no oí más porque le colgué.

Bostecé, me estiré, volví a apretujar la sabana y la colcha contra mi pecho, me giré en posición fetal y me dispuse a dejarme abrazar por Morfeo un poquito más, con una sonrisa de satisfacción en la cara.

∞∞∞∞

No sabía cuánto había pasado cuando lo que me despertó fue el timbre de la puerta. La mayoría de los pisos del bloque eran apartamentos turísticos y salvo un par de residentes, con los que apenas me cruzaba, no conocía a nadie allí. Iba a dejar que quien fuese se largara, cuando llamaron otra vez.

—¡Ya voy! —grité molesta al tiempo que salía de la cama—. ¿Quién es? —dije una vez tras la puerta.

—Abre —inquirió.

No lo hice esperar y abrí, sin pensar que solo llevaba puesta una camiseta de tirantes y un short de seda con los que solía dormir. En cuanto me vio, se le cambió el gesto de su cara, me empujó con suavidad dentro del piso y cerró con rapidez.

—¿Cómo abres la puerta así? —preguntó Sahib sin dejar de escudriñarme de arriba abajo.

—Tal y como me lo has pedido... ¡Cualquiera no abría la puerta! Además, eras tú. ¿Qué haces aquí? —le pregunté dirigiéndome al baño, donde me puse una bata por encima, antes de salir y reunirme de nuevo con él en el salón.

—Yo, lo que dije fue que en el entorno laboral nos comportáramos de forma profesional.

—¿Y has venido hasta aquí solo para decirme eso? Podías haberme llamado.

—¡Me has colgado, Lorena! —contestó algo fuera de sí.

—Podías haber insistido... pero querías verme, ¿verdad, Sahib? —pregunté acercándome a él, que no se había movido de la minúscula entrada, que en realidad era una zona del salón delimitada por una alfombra, un espejo, una consola y un perchero donde descansaba mi colección de bolsos.

Dejó que yo me colocase frente a él. Estábamos tan cerca que me fue fácil, y muy agradable, dejar descansar mi mano sobre su pecho. Sus ojos no dejaban de mirarme y yo leía en ellos el deseo; a pesar de ello, se mantenía en su lugar sin tocarme, no cedía al despliegue que estaba haciendo de mis encantos.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —preguntó confundido.

—¿En serio no lo sabes? —indagué mientras mi otra mano se enredaba y comenzaba a jugar con el pelo de su nuca.

—Necesito tomar distancia y pensar. —Se separó de mí y deshizo nuestro contacto. Cerró los ojos, tomó aire y se dirigió hacia mi pequeño balcón abierto al mar.

Ya era cerca de las doce del mediodía y el sol posicionado en el sur le iluminaba el rostro, de modo que sus ojos verdes brillaban con intensidad. Se apoyó en la barandilla y se perdió por unos instantes en la visión del vaivén de las olas del mar, de los transeúntes del paseo marítimo e, imaginaba que también, de la hilera de palmeras que lo bordeaban.

—Las palmeras me recuerdan a mi tierra —susurró—. Aun así, echo de menos el desierto, las dunas... La verdad, no sé bien qué hago aquí —dijo con un deje de desesperación en su voz, que hizo que me preocupara y no me atreví a decir nada.

Se giró dejando caer su peso en la baranda y me miró, con cierta dureza, antes de continuar hablando.

—Si en Dubái vivía bajo el influjo de mi padre, de lo que él quería, esforzándome por llegar a ser lo que esperaba de mí, bajo las normas del país en el que nací, pero del que no me sentía parte, aquí he llegado con la intención de cumplir los deseos de la persona que era como la madre que nunca tuve la suerte de conocer. Convencido de que lo que quería era lo mejor para mí, con la ilusión de comenzar de cero, de dedicarme a lo que me gusta... —Tuvo que parar para coger aire, e intuí que fuerzas para continuar con aquello que me tenía que decir.

»Sin embargo, descubro que la finalidad era dejarme de nuevo a merced de otra persona. De una que me lleva a hacer cosas que no comprendo..., que me desestabilizan..., en una cultura que tampoco es la mía. —El halo de decepción que vi en sus ojos me sobrecogió y supe sin lugar a dudas que se refería a mí.

Tenía que elegir bien las palabras, hacerle entender... y de repente empecé a sentir miedo. Una inquietud que no había sentido jamás. Tenía miedo a perderlo. Miedo a

desaprovechar la oportunidad que tenía de volver a llegar hasta él.

Me acerqué, lo tomé de la mano y lo conduje al salón para que tomara asiento en el sofá. Yo me senté frente a él sobre la mesa baja para que pudiese mirarme a los ojos, y esperaba que estos pudiesen transmitirle que todo lo que iba a decirle era verdad.

—No voy a negar que Anisa y yo hemos... confabulado, aunque a mí me gusta más pensar que lo que hacíamos era soñar juntas, imaginar una vida mejor para ti, que es lo que siempre ha querido y buscado Anisa. Te adoraba hasta tal punto... —Callé al ver cómo bajaba la cabeza. Esperé hasta que sus ojos volvieron a los míos—. Su propósito solo era que te alejaras de tu padre, fue a mí a la que se le ocurrió que podía ser en Marbella, y a ella le gustó imaginarte cerca de la que durante un tiempo fue su ciudad, además de donde os conocisteis.

»Ambas fantaseamos con la idea de que una vez llegases, si estaba para nosotros, *la providencia, el destino o la suerte*, como a ella le gustaba decir, nos volvería a unir. ¿Cómo iba a imaginar que comprarías el estudio? En aquellos meses yo ni había encontrado trabajo. Soy buena proyectando a futuro, pero solo espacios y edificios, no en esto... Te lo aseguro. —Una leve sonrisa en su rostro me animó a seguir.

»También fue cosa mía que James pintara a Anisa con Abdel, cuando ella aún era Ana, antes de su conversión al islam. La foto que da origen al cuadro la tomó un periodista que fue a cubrir el fin del protectorado en Marruecos. Era familiar lejano de los amigos con los que Anisa se quedó cuando sus padres dejaron Tetuán y, en agradecimiento por la acogida y la ayuda, hizo retratos de todos ellos en esa época.

—Yo nunca había visto esa imagen —susurró Sahib.

—Estaba aquí, en Guadalhorce, el que un día fue su pueblo. Me la dio una hija del único de los hermanos de Anisa que sigue, o seguía, con vida.

—¿Encontraste a su familia, Lorena?

—Sí, a ese hermano, que ya estaba demasiado senil, y a la hija que lo cuidaba. Ella siempre sintió curiosidad por esa tía que nunca conoció y me recibió con amabilidad y cierta expectación. De pequeña había oído rumores en el pueblo sobre ella, pero cuando preguntaba a su madre —a su padre nunca se atrevió— ella le daba evasivas, y salvo lo que había oído decir sotto voce a algunas viejas del pueblo, no conocía su historia.

»Al mudarse para cuidar a su padre, que vivía en la casa que fue de sus abuelos, en una limpieza apareció una caja con recuerdos antiguos y algunas fotos. Al enseñárselas a su padre, este la reconoció en la imagen que inspiró el retrato de James, y le contó por fin la historia de su tía o, más bien, la parte que él conocía.

»La de aquella hermana que no abandonó Marruecos por amor, cuando su familia retornó a España tras el fin del protectorado. Que más tarde, siendo una joven viuda, regresó para hacerse cargo de su madre enferma, y que terminó marchándose lejos para atender al nieto de un árabe rico, que conoció cuando servía en Marbella. El resto de la vida de su tía pudo contársela la propia Anisa.

—¿Por qué lo del cuadro, Lorena?

—Dejé de tener contacto con ella... Sabía qué pasaría tarde o temprano, pero, me puse nerviosa. No tenía modo de saber si le harías caso y te animarías a empezar una nueva vida y, en caso de hacerlo, que fuese aquí. —Paré para coger aire y mirarle, necesitaba que entendiese—. Quería volver a verte...

—¿No era más fácil llamarme por teléfono, o subirte a un avión y venir a Dubái? —preguntó confuso.

—Después de nuestro último encuentro, de la manera en que me comporté contigo, de

desentenderme por completo del proyecto de tu edificio...

Me levanté de la mesa y fui a la cocina. Necesitaba un café y tomar distancia. Comenzaba a alterarme y tenía que mantener la calma para esta conversación. Por fin estábamos hablando y necesitaba que no se convirtiera en una discusión y una retahíla de reproches.

—¿Quieres un café, Sahib?

—Sí, por favor.

—¿Leche? —pregunté.

—Lo tomo solo, Lorena.

—No sé ni cómo tomas el café —murmuré lamentándome.

Lo oí levantarse y lo noté tras de mí.

—No quisiste conocerme. —Ahí estaba el primer reproche. Suspiré. Me giré buscando sus ojos.

—¡Me equivoqué, Sahib! —grité—. Y lo lamenté desde que me alejé de ti, y fui consciente de que había perdido la oportunidad de estar con el único hombre por el que había sentido algo desconocido en mi vida. Por eso regresé a por la foto, por eso convencí a un reacio James a pintar el cuadro en el último momento, por eso iba a enviártelo con una misteriosa carta para que tuvieses que venir a buscarme. —Más que hablar escupía las palabras.

La calma que me había propuesto se había esfumado por completo.

—Antes de que te vayas, Sahib —la expresión de sus ojos y su mandíbula apretada me decían que estaba al límite de su paciencia—, déjame decirte que hay una gran diferencia en esa *manipulación*, que crees que se ha trasladado de Dubái a aquí...

—Tú dirás —dijo desafiante—. ¡Dilo! —me pidió acercándose, al ver que yo no contestaba.

—Que... yo te quiero, Sahib —susurré.

Capítulo 40

Sahib

No podía seguir con aquello. Estaba a punto de flaquear. Verla tratando de explicar que todo lo que había urdido era porque quería estar conmigo, hacía que la deseara aún más, si eso era posible.

Había aspirado a no sucumbir a lo que ella me hacía sentir, pero no podía más. Oírla decir que me quería, a ella... A la mujer que rechazaba las ataduras, la que solo pretendía disfrutar, la que no buscaba una relación porque no quería que ningún hombre determinara su vida..., era demasiado difícil.

Sin embargo, aguanté mis impulsos, que estaban al límite, porque necesitaba saber.

—¿Desde cuándo? —pregunté ante su estupefacción.

—¿Cómo? —preguntó confundida.

—La última vez que nos vimos, dejaste claro que lo único que querías era que lo pasáramos bien. Es más, recuerdo que me llegaste a decir algo así como: «no me vayas a decir que te has enamorado de mí». ¿Qué ha cambiado?

—Yo, yo he cambiado, Sahib.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije. —Se llevó ambas manos a la cara y comenzó a negar con la cabeza. Me dolía verla así, pero tenía que estar seguro.

—Necesito entender para confiar en ti, Lorena.

Dejó el café intacto sobre la encimera, regresó al salón y se dejó caer sobre el sofá. Esta vez fui yo quien se sentó en la mesa para mirarla fijamente.

—Mis dos últimos días en Dubái los pasé entre deseando verte aparecer y luchando por no ir a buscarte, a pesar de que le dije a Anisa que me alejaría de ti. Marta me aconsejó que desistiera si no estaba segura, que no estaba bien jugar con tus sentimientos. Ella vio cómo me mirabas en la cena y supo, antes que yo misma, que estabas enamorado de mí.

»Yo no lo creía posible. ¡Apenas habíamos pasado tiempo juntos! Cierto que fueron unos días muy intensos en los que yo no quise pensar qué estaba haciendo..., qué estaba sintiendo...

»Mi hermana me advirtió de que, si no tenía claro lo que quería contigo, era mejor que lo dejase estar. Y, en contra de lo que acostumbro a hacer, le hice caso. Para mí Dubái era solo una etapa para mi siguiente destino, que pretendía fuese el definitivo, y estaba centrada en ello, focalizada en mi futuro profesional, nada más.

—Entonces, entenderás mi actual situación. Porque ahora soy yo el que está en ese punto —dije, no sin cierta ironía.

—Sí, claro que te entiendo..., pero estaba confundida. En cuanto regresé me di cuenta de lo equivocada que había estado, de lo ciega que había sido, de que había dejado escapar algo más que la mejor oportunidad laboral de mi vida.

—Sigo sin comprender, Lorena.

—Como sabes, cuando llegué decidí pasar unos días en casa de mi hermana. Me sentía fatal por haber renunciado, pensaba que había fracasado como arquitecta y también... como persona.

»Al estar con ella y James, fui consciente de que yo nunca había tenido lo que ellos tenían. Es más, pensaba que no lo necesitaba, que ese tipo de relaciones no eran para mí. Si bien, hubo algo en el modo en que James la miraba... que era igual a como tú me mirabas a mí. Y lo vi, lo sentí... y me di cuenta de que había dejado escapar, por mi ambición o por mi testarudez, la posibilidad de tener un amor de verdad, uno de auténtica entrega, uno que no había sentido, que jamás creí que podría ser para mí... Y comprendí que yo también quería eso en mi vida y que lo quería contigo. Necesitaba que me volvieras a mirar así, solo tú, Sahib.

—¿Por qué no me llamaste en ese momento?

—¡Porque tenía miedo! Como lo tengo ahora... Entonces, porque no sabía qué era lo que me estaba ocurriendo..., yo no creía que eso pudiese estar pasándome a mí...

—¿Y ahora? —quise saber al ver que no continuaba.

—Porque no quiero volver a perder la oportunidad de estar juntos.

No podía seguir allí sentado sin abrazarla. Estaba abriéndose a mí como nunca imaginé que fuese capaz, así que me puse en pie y salí de nuevo al balcón. Necesitaba andar, pensar... y apenas había espacio en ese pequeño apartamento. Empezaba a sentirme encerrado.

—Sahib —dijo a mi espalda y no me volví a mirarla—, no quiero pensar que me he enamorado de un recuerdo idealizado y del hombre que creé a través de las palabras de Anisa.

Me giré y vi en sus ojos que me estaba ofreciendo un ultimátum.

—Desde que volví a oír tu nombre en Londres, supe que todo lo que había tratado de hacer para olvidarte había sido en vano. En cuanto te vi... *¡Yaa Allah!* El suelo volvió a moverse bajo mis pies, como aquel primer día que apareciste en mi oficina, sin embargo, esta vez sería diferente, yo me mantendría alejado de ti.

»Entonces, te vi encima de Enrique... Y supe que iba a ser imposible. —Suspiró. —Jorge, al ver mi reacción, que no pude ocultar, me explicó vuestra amistad, y cómo él te había ayudado a adaptarte, lo que me confundió enormemente, ya que lo que oía no se correspondía con la mujer fuerte, segura e, incluso, arrogante que yo conocía.

»Al verte llorar en el aparcamiento y confesarme que estabas enamorada de mí bajé todas mis defensas. En cuanto te abracé estuve perdido, y aunque luché por reprimir mis deseos, al final te busqué y organicé nuestro encuentro en casa de Enrique.

»Estaba dispuesto a volver a intentarlo. Aun así, antes necesitaba entenderte. ¡Cuál fue mi sorpresa, cuando oí vuestros audios, al descubrirme manipulado! Y no solo por ti, sino también por Anisa...

»Otra vez sentí que esto no era más que un juego para ti. Un juego que sé que yo inicié y del que formé parte, y en el que no te voy a negar que he entrado de nuevo porque algo me arrastra hasta ti. Sin embargo, no sé si puedo seguir... nos sé si puedo más...

—Yo no quiero jugar contigo, Sahib. ¿Qué tengo que hacer para demostrarte que mis sentimientos son sinceros..., para que veas que deseo estar junto a ti?

La angustia en su voz y cómo su mirada buscaba la mía con desesperación me desarmaron por completo.

—Ten cuidado con lo que desees, Lorena.

—¿Por qué? —me preguntó sin entender.

—Porque se puede hacer realidad. —Y sin querer frenarme más me acerqué, tomé su cara entre mis manos y la besé. —¿Qué quieres de mí, Lorena? —pregunté sobre sus labios, preso del deseo que sentía en mi interior—. ¿Qué quieres...?

—Quiero todo, Sahib. Contigo... lo quiero todo.

Y mi boca volvió a buscar la suya con la intención de no dejarla escapar nunca más.

Epílogo

Meses después

—Otra casa que no va nada contigo, Sahib —comentó George cuando vio que abría la puerta de acceso para el coche de un típico chalet andaluz.

—¡Mira allí! —dijo señalando unos azulejos sobre la verja de la entrada.

—Villa Ana. —Leyó George—. No entiendo.

—Antes de convertirse al islam y adoptar el nombre de Anisa, *ella* se llamaba Ana. Lorena pensó que era una señal. —No pude reprimir una sonrisa al recordar aquel momento. —Ni siquiera estaba entre las propiedades a la venta que nos iban a enseñar. Beatriz y Michael nos habían seleccionado una serie de viviendas que sí serían como tú esperabas. Esta casa simplemente se nos apareció.

—Ya estás como James, diciendo cosas que no tienen sentido. ¿Cómo se aparece una casa?

—Verás, decidimos venir a la playa que está aquí al lado y buscando dónde dejar el coche, aparcamos justo en la puerta. En ese momento, la chica de la inmobiliaria estaba colgando el cartel de venta. Lorena me miró, vio el nombre de la propiedad, sonrió y entró. En menos de un minuto le estaba enseñando la vivienda. Cuando puso un pie en el jardín y vi el brillo en sus ojos, supe que esta iba a ser nuestra casa.

—Lo dicho, ya estás como James, abducido por una andaluza.

—Lo mismo habría que buscar una para ti, porque tu hermano ya ha sucumbido con Beatriz... ¡ese sí que está abducido! —Reí divertido.

—¡Menuda es Beatriz! Con una como ella... no te diría yo que no, amigo.

Tuve que dejar mi coche detrás del de Lorena porque varios vehículos ocupaban los espacios bajo la pérgola donde solíamos aparcar.

—¿Celebráis algo? —preguntó sorprendido de ver los cinco coches en la parte delantera mientras sacábamos el equipaje del maletero.

—Que yo sepa, no.

—¿Le has dicho a Lorena que no habéis ganado el concurso del edificio del ruso?

—No, anoche era tarde cuando salimos, y esta mañana con el vuelo tan temprano... Tampoco quería decírselo por teléfono. La verdad es que ahora me alegro de que no me acompañara a Londres. No sé cómo se lo va a tomar... Tenía tanta ilusión.

—Bueno, pues esperemos que no haya reunido a la gente para celebrarlo —dijo George al tiempo que levantaba las cejas con preocupación.

—Sea por lo que sea... ¡Vamos allá! —Cogí fuerzas y nos dirigimos hacia la casa.

La puerta estaba abierta, imaginé que para facilitar la entrada de los invitados. Dejamos las maletas en el hall y seguimos el ruido de las voces que nos llevaron hasta el jardín trasero.

Era una cálida mañana de domingo. Sobre la mesa, bajo el porche, había preparado un succulento *brunch* —no había que ser muy listo para ver la mano de Enrique y Tomás en todo aquello—, y alrededor de ese festín estaban sentados nuestros amigos y la familia de Lorena, por la que me sentí acogido desde el primer momento.

Dejé que George se acercara primero y me quedé parado contemplando la escena.

Saludó a su hermano Michael, a James, a Marta y a Beatriz y se presentó al resto. Lorena lo

integró de inmediato, le buscó sitio y empezó a contar quién era para aquellos que no lo conocían. Ella y George habían hablado alguna vez a través de la pantalla en nuestras frecuentes videollamadas, pero era la primera vez que se veían en persona y, como era de esperar, trató a mi mejor amigo como si fuese el suyo.

Miró hacia donde yo estaba. Me sonrió y encogió su nariz arrugando su cara en una mueca divertida; se la veía pletórica. Su madre la llamó y reclamó su atención, lo que me permitió seguir observando y dando gracias por cómo había cambiado mi vida, en todo y cada uno de sus aspectos.

Trabajaba en algo que me apasionaba. El estudio en breve pasaría a ser Álvarez & Alqasimi Estudio de Arquitectura. Cuando nuestra relación se hizo evidente en el trabajo fue aceptada con naturalidad, y pese a que creí que podría entenderse como un cierto nepotismo por mi parte hacerla socia, la plantilla lo vio como lo más normal. No dejaba de sorprenderme el carácter extrovertido y relajado de esta cultura, aunque lo hacía para bien.

Al vivir en una ciudad cosmopolita, donde una multitud de nacionalidades residían, no me sentía un extraño, y, mucho menos, gracias a como fui recibido por la familia de Lorena. Era tal mi buena relación con ella que algunas veces se ponía celosa por cómo su madre me trataba, sobre todo al darme caprichos y atenciones que Lorena pensaba que tenían que ser para ella, a lo que su madre solía contestar con un: «hay que tenerlo contento que te tiene que durar». Al principio no entendí esa relación madre e hija, en cambio, ahora me divertía y disfrutaba con esos falsos enfados entre ambas, que eran el resultado de un enorme cariño.

Nuestro hogar, sobre el que Lorena tenía proyectadas varias posibles reformas, y en el que insistió vivir en cuanto lo adquirimos, porque sabía que me ahogaba en su minúsculo apartamento —que yo había comprado para que ella pudiese ir allí cada vez que quisiera perderse en las vistas de su terraza—, tenía algo que me hacía conectar con esta tierra en otros tiempos y eso me acercaba a Anisa.

Donde *ella* estaba presente, sin lugar a dudas, era en el jardín, tanto que parecía que su mano había pasado por allí. Las mismas plantas que recorrieron en su día mi casa de Dubái se distribuían de forma similar aquí, incluidas las palmeras que a Lorena le fascinaban, no solo porque le traían el recuerdo de Anisa y la hacían sentirse cerca de su hermana Marta, sino porque le gustaba recordar que nuestro amor se había forjado entre dunas y palmeras.

Lorena volvió a mirarme y levantó las cejas extrañada de que no me acercase, así que, como era de esperar por su carácter efusivo e inquieto, se levantó y comenzó a andar hacia mí. Ella era lo mejor de todo lo nuevo que había en mi vida. Ella, que junto a Anisa habían hecho posible mi felicidad, y ahora yo tenía que darle la noticia de que no habíamos ganado el concurso.

No concebía cómo no habían sido capaces de ver la genialidad de su diseño. ¿Iba a ser cierto lo que ella repetía, de que fuera por lo que fuese, yo no era imparcial con sus obras? No, no iba a admitirlo, porque me impresionaron antes de conocerla, cuando no influía nada lo que sentía por ella en la manera en la que valoré su trabajo. Además, el desarrollo arquitectónico que habíamos presentado era brillante, jugaba con los volúmenes, tenía fluidez espacial y era atemporal. Estaba convencido de que otros *factores* habían intervenido en la decisión final.

—Hola, ¿qué haces aquí sin quitarme los ojos de encima?

—Hola. —La atraje hacia mí para rodearla con mis brazos y sentirla. Dejé un suave beso sobre sus labios y después otro en la frente, antes de apretarla con más fuerza.

—No nos han dado el proyecto —dijo, sin ningún atisbo de duda. No estaba preguntando.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté buscando su mirada.

—Me lo acabas de decir, no han hecho falta las palabras.

—No lo entiendo, de verdad, Lorena, imagino que...

—Ya, ya, ya... No pasa nada, Sahib.

—Yo tenía la seguridad... Era tu momento, tu nueva oportunidad.

—No, ahora no es mi momento para un proyecto en Londres, para estar lejos de casa, de mi familia, de ti... —Y ahora fue ella quien se apretó contra mí con fuerza.

—Pero, tú querías...—Busqué de nuevo su mirada.

No pude seguir y la miré extrañado.

No comprendía cómo una enorme sonrisa seguía pintada en su cara. Yo había anticipado que ella no dejaría de sonreír, para hacerme ver que no pasaba nada, a pesar de lo duro que habíamos trabajado, de que se nos escapaba, o más bien a ella, una nueva gran oportunidad. No entendía cómo no había perdido la viveza de sus ojos. Había aprendido a leer en ellos y estos no se habían nublado con un halo de tristeza como esperaba.

Ella seguía feliz a pesar de haber perdido el concurso.

—No entiendo nada —le dije confundido.

—Iba a daros la noticia juntos, por eso están todos aquí. Yo había propuesto un desayuno y, como ves, a Enrique se le ha ido de las manos. —Comenzó a reírse relajada, nada afectada por la noticia—. Bueno, lo que te iba diciendo..., que teniendo en cuenta que eres parte implicada...

—¿Te han dado otro proyecto? —La interrumpí esperanzado. En esos meses, yo había insistido en presentarnos a todos los concursos para los que teníamos capacidad de ejecución. Era ambicioso y confiaba en nuestra firma y nuestros empleados, pero sobre todo en ella y su talento.

—Podríamos llamarlo así. Aunque me lo has dado tú..., y no en tu faceta de socio.

—¿Qué me estás queriendo decir?

Sus preciosos ojos marrones se abrieron aún más y la emoción hizo que se mordiera el labio inferior con fuerza mientras no dejaba de sonreír.

—¡Vamos a ser padres!

Me quedé paralizado ante la noticia. Solo podía mirarla hipnotizado ante la emoción y la felicidad que la envolvía y que empezaba a atravesarme. De nuevo ella provocó que el suelo se moviera bajo mis pies y un torrente de sentimientos se instaló en mi pecho. Nunca imaginé ser tan feliz.

—Un hijo, es nuestro nuevo y gran proyecto —dijo tomando mi cara entre sus manos.

—Gracias por tanto, Lorena —dije antes de besarla y atraparla entre mis brazos para hacerla girar dando vueltas sobre mí, mientras ella no dejaba de reír.

—No me las des todavía, que nos tenemos que repartir las noches sin dormir.

—¿Ya sabes que va a ser tan difícil como tú? —pregunté sin poder dejar de sonreír.

—Más, y que será una niña, y... se llamará Anisa.

—Gracias otra vez, Lorena.

—Te quiero, Sahib. Te dije que lo quería todo contigo, y esto es solo el principio... Además, aún me debes *mi* edificio.

FIN

Antes de irte y si te has quedado con ganas de saber más sobre Anisa, **sígueme en Instagram @ro__galvez, envíame un mensaje privado con tu e-mail y te regalo el capítulo inédito** con la conversación entre ella y Lorena —seis meses antes de la llegada de Sahib a Marbella—, donde se desvela su historia. Te va a encantar.

Agradecimientos

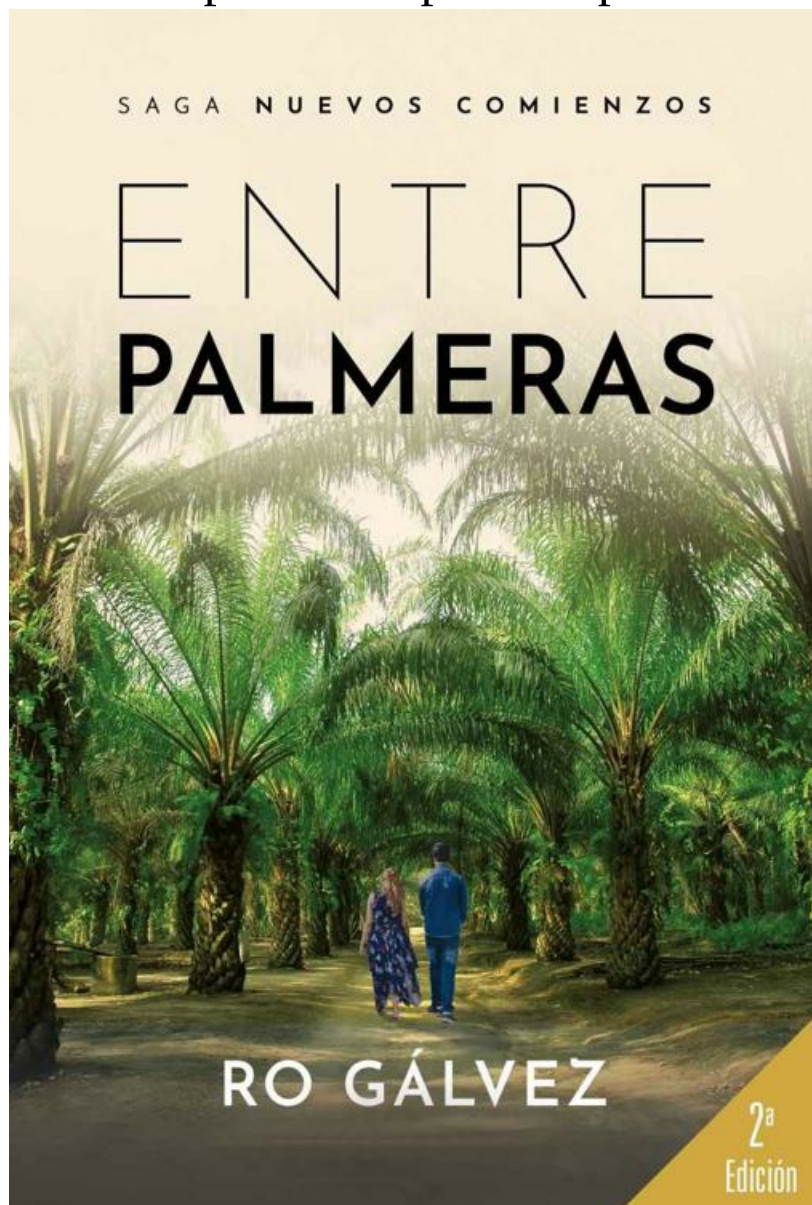
Debo comenzar dando las gracias a todos los lectores, principalmente lectoras, que querían que siguiera escribiendo sobre el universo creado en *Entre Palmeras*. Ese empuje ha sido decisivo para aparcar otras historias que rondan por mi cabeza, pero que ya llegarán.

Como siempre, empezar por ese grupo de grandes mujeres que me acompañan en esta maravillosa aventura: a mis palmeras —Carmen, Rosa y Francis—, por estar ahí en todo momento y desde el principio; a mi prima María Eugenia, por las largas tardes de correcciones; a mis lectoras beta, por su inestimable labor; a Fátima Perdigueros (@lecturasdefaty), lectora voraz de romántica y *bookstagramer*, quien de forma certera me hizo darle una vuelta a la historia para dejarla más redonda; a Flora, por revisar todo lo escrito sobre Dubái y aportar la visión de alguien que ha vivido allí; a Cristina A., por el ojo avizor y porque ya está pensando dónde vamos a hacer las presentaciones de esta nueva novela; a Sandra Moya (@libertyeable20) porque me ayuda en todo y para todo y, cómo no, a mi editora, Santi Marín, por confiar de nuevo en mí.

No podría terminar sin dar las gracias a mi familia, en especial a mi madre y a mi marido, mis dos principales promotores, y a todos los amigos que me arropan e instan a continuar con esta divina locura que es escribir.

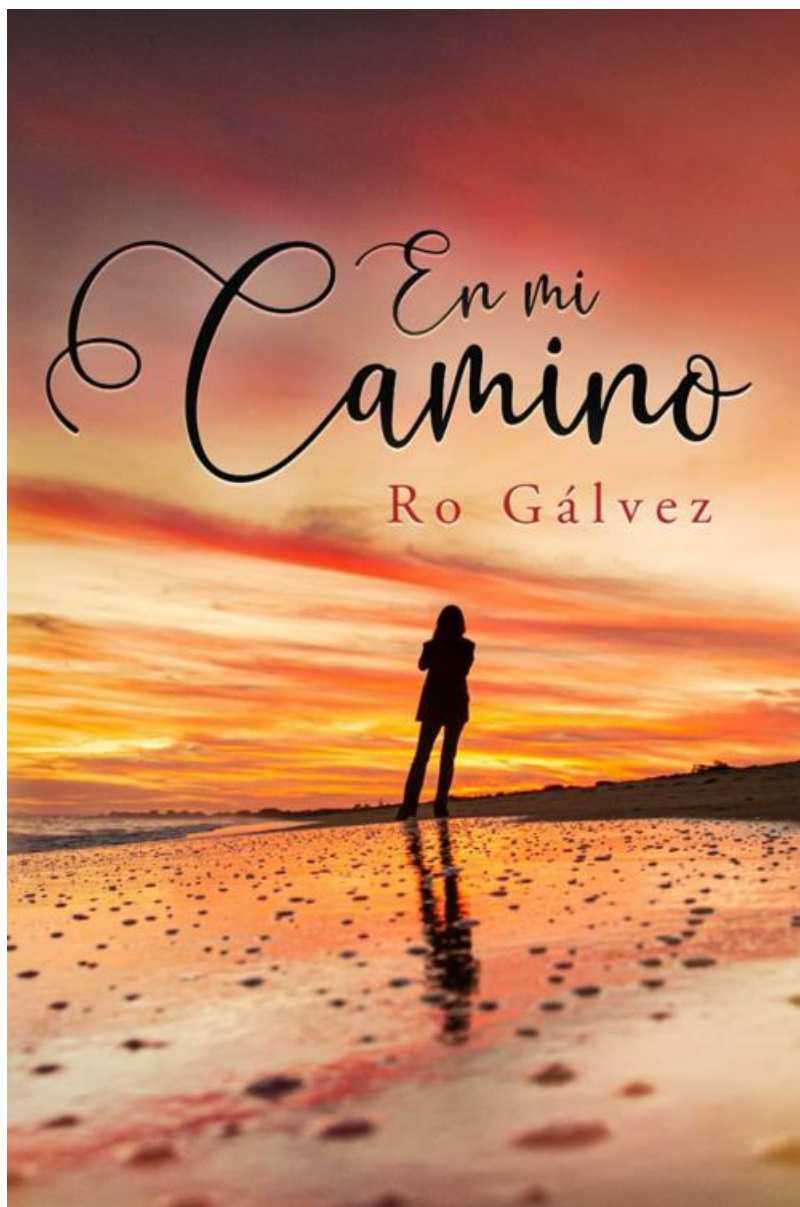
A todos, gracias.

No te pierdas la primera parte de Nuevos Comienzos



Cuando James viaja a la soleada Andalucía a resolver los asuntos pendientes de la herencia de su madre no imaginó lo que le aguardaba, o más bien quién: Marta. ¿Cómo alguien que trastorna tanto tu vida te puede atraer de manera tan incontrolable? ¿Tiene sentido correr el riesgo de apostar todo a la carta menos esperada? ¿Puede tu madre, que ya no está, guiarte en un nuevo camino? A veces la vida sorprende dando nuevas oportunidades, la persona de tus sueños estaba disfrazada de todo lo contrario y la vida puede ser, contra todo pronóstico, simplemente maravillosa. Eso sí, el camino será de todo... menos fácil.

Otros libros de la autora



¿Quién soy? ¿Qué he decidido yo realmente? ¿Qué quiero?

Cuando, tras la muerte de su madre, Claudia decide poner fin a su matrimonio y hacer el Camino de Santiago para pensar en su futuro, no imaginaba todo lo que descubriría, tanto de su pasado como de sí misma.

Durante su peregrinación encontrará mucho más que una experiencia transformadora. La posibilidad de una nueva vida y un amor inesperado se abrirán paso en su camino.

Sin embargo, dejar atrás todo lo anterior es más complicado de lo que esperaba y, además, no todo es lo que parece...

En Mi Camino es una historia de autodescubrimiento, amistad, familia, empatía, amor, pasión y nuevos comienzos. Con momentos emotivos y un toque espiritual, esta novela cautivará

especialmente a quienes buscan reinventarse y encontrar la felicidad.

Biografía

Nacida en Sevilla en 1973. Licenciada en Derecho en la Universidad de Sevilla. Desarrolló su carrera profesional en la Banca hasta el año 2012, cuando una larga enfermedad la obligó a apartarse de su trabajo habitual.

Tras unos años y empezar una nueva vida, decide estudiar nuevamente en la Universidad de Sevilla para cursar Antropología y comienza a escribir ensayos de corte académico. Con su primera novela, *Entre Palmeras* (2023), realiza una incursión en el género romántico donde espera encontrar un futuro cargado de nuevos proyectos. Con su segunda novela, *En mi Camino*, refleja una de sus nuevas aficiones: hacer el Camino de Santiago.

Actualmente, vive en Sevilla con su marido y su hijo.

Instagram: [ro__galvez](#)